PAREDÓN Y DESPUÉS

ENRIQUE GIL IBARRA







www.elortiba.org

Paredón y después

(Los corderos mueren en silencio)

Enrique Gil Ibarra



Para aquellos amigos y compañeros

que escribieron esta historia con su alegría, su dolor y su muerte.

Y para los que siguen escribiéndola con su vida.

E.G.I.

"Nada es verdad. Todo es permisible"

Hasan Ibn-al-Sabbah

Jefe de los Hashishiyya

1

Durante la guerra de secesión norteamericana, cuando regresaban las tropas a sus cuarteles sin tener ninguna baja, escribían en una gran pizarra "0 Killed" (Cero muertos). De ahí proviene la expresión "O.K." para indicar que todo está bien.

Bajamos primero Jote y yo, solamente con armas cortas en el cinturón, de manera que no llamamos la atención de nadie. El Tupi estaciona el auto frente a la parrilla y espera, con el motor en marcha. El auto es un peugeot 504 nuevito, que acabamos de afanar en Barrio Parque, abandonando el otro auto que traíamos que ya estaba demasiado quemado. Son las 13:30 de un domingo de 1976, y nos dirigimos hacia la puerta de la parrilla casi completa, sin mirar hacia atrás, seguros de que, en cuanto entremos, se bajará el Pingüi con el FAL para hacer la contención. A partir de ese momento, llamar la atención o no, no será importante.

Entro, y Jote me sigue inmediatamente. Barremos la parrilla de una ojeada, y lo vemos, con una mina que no es su esposa, sentado a una de las mesas del fondo, de cara a la puerta. En la mesa de al lado, inconfundibles, los dos culatas de civil que según sabemos no son "patas negras" sino "federicos".

Despreocupadamente, nos aproximamos. Tenemos que aprovechar los escasos segundos hasta que el Pingüi se baje del auto y los custodios vean un tipo con un fusil en la puerta, pero afortunadamente el local es chico. En menos de dos segundos estamos casi en posición. Como quedamos, Jote se ocupa de los culatas y yo del objetivo en primer lugar y después lo apoyo si es necesario. Es evidente que esta guerra de mierda nos despertó a todos un sexto sentido, porque

todavía estamos acercándonos cuando el coso levanta la vista y nos mira directamente. Larga un grito ininteligible -de aviso a la custodia, pienso- mientras empieza a incorporarse, tirando la mano para atrás de su cintura. Pero el tiempo no le alcanza: ya tengo la nueve en la mano, y le pongo tres balas en el pecho. Cuando me giro para apoyar a Jote, veo que no es necesario: cada uno de los culatas tiene un balazo en la cara y Jote ya se está replegando hacia la salida mientras cubre el local abanicando lentamente la pistola.

(La puntería de Jote -nunca supe su nombre real- era famosa en la zona. Imbatible en los entrenamientos, se cagaba de risa cuando el Pato Viejo lo criticaba porque tiraba a la cabeza y no al cuerpo. Estaba seguro de no fallar. Pero el Pato Viejo le decía que el problema no era ése, sino que al apuntar a un blanco más chico, se necesitaban unas décimas de segundo más, y esas décimas podían hacer la diferencia. Posiblemente tuviera razón, ya que Jote fue secuestrado meses más tarde luego de un brutal enfrentamiento en San Juan y Boedo, en Capital Federal, donde murieron tres de los cuatro policías que intentaron detenerlo. El cuarto le acertó varios tiros antes de que Jote pudiera enfocarlo. Creo que lo llevaron vivo a Coordinación, en la calle Moreno. Nunca apareció).

De espaldas, los dos retrocedemos hacia la puerta, donde el Pingüi acaba de asomarse solamente para mostrar el FAL y desanimar cualquier posible intervención. Cuando salimos a la calle, Tupi sigue sentado detrás del volante del auto, pero con su revólver mantiene a raya a un curioso con una camisa payasesca que dejó a su mujer y a sus dos nenes en la vereda de enfrente y quiso cruzar "para ver qué pasa". La mujer le exige desesperada que vuelva, los chicos lloran, dentro de la parrilla parece que todo el mundo grita.

El Pingüi nos hace señas de que subamos rápido al auto y en cuanto lo hacemos él se manda al asiento del copiloto. Tupi arranca antes de que cerremos las puertas y cruza a contraluz la Avenida Mitre cuando ya se empiezan a escuchar sirenas. Minutos más tarde y como estaba previsto,

apenas cruzamos la vía del tren un pelotón de milicianos pone en el paso a nivel un colectivo de la línea 22 y le prende fuego, dispersándose luego por Don Bosco. Paramos atrás del barrio Gráfico y Jote y yo nos bajamos y pegamos sobre las chapas del auto dos patentes de contact que provisoriamente servirán, hasta que Tupi y Pingüi lo abandonen detrás de Ezpeleta. En cuanto las chapas yutas están colocadas, el Tupi sale arando y nos hace un gesto de adiós con la mano. Caminando tranquilos, nos vamos con Jote a la casa de Fito, donde dejaremos los fierros y nos tomaremos unos mates. El Comisario a cargo de la Cárcel de Encausados del Camino Negro (que después sería llamado "El pozo de Banfield") no va a torturar a nadie más.

2

Quilmes es un gran partido de la provincia de Buenos Aires. Exceptuando algunos lugares bastante lujosos, como el barrio parque de Bernal, se alternan en toda su geografía casas modestas con barrios pobres y zonas francamente miserables. Era igual en 1971, cuando fui a vivir a una casa que estaba muy cerca de allí, en Wilde, partido de Avellaneda. En pareja, con 17 años, traía ya dos años de militancia, inicialmente en Vanguardia Comunista, a la que me acerqué por medio de un grupo de teatro en el que participaba.

A los quince, cuando dejé el Nicolás Avellaneda, vivía en una horrible pensión de Capital Federal, en la calle Sarmiento entre Paraná y Montevideo.

La pensión estaba estratégicamente ubicada a una cuadra del café La Paz, a tres de La Academia y a dos de La Giralda. Descubriendo la noche de Buenos Aires, me sentía feliz haciendo la vida lumpen y sabrosa del que se siente libre, joven y con un indubitablemente brillante futuro por disfrutar. En las salas de alquiler de la Asociación del Profesorado Orquestal, el grupo de teatro

“ATAC” preparaba la “maravillosa” obra “Para montar a Treumún”, que logró el récord de dos representaciones a sala llena -cuatrocientas butacas repletas de parientes y amigos- en el salón de un colegio en la avenida Belgrano. De los quince o dieciséis actores-estudiantes que integrábamos el grupo dirigido por Pedro Calles (nom de guerre, off course), aproximadamente diez integrábamos el Movimiento Nueva Cultura, frente cultural de Vanguardia Comunista *(VC)*, representada a nivel estudiantil universitario por el “TUPAC” (Tendencia Universitaria Popular Antiimperialista Combativa).

La militancia en la izquierda revolucionaria, por aquella época, era en realidad bastante limitada y carecía, a decir verdad, de *charme.* No podían compararse las pintadas y volanteadas, ni siquiera los actos relámpago con molotov incluidas, con el accionar mucho más claro y directo de las organizaciones armadas peronistas. Además, debemos tomar en cuenta que, para nosotros, los de **VC**, caer presos representaba quince días en Devoto y la patente de revolucionario. Para los combatientes de las orgas, era otra cosa. Ya a partir del 72, la masacre de Trelew y la debacle de Ezeiza cambiarían definitivamente mi posición política.

Poco a poco, los cuestionamientos me carcomían: ¿qué carajo hacía yo allí si la realidad pasaba por otro lado? En medio de eso, a mediados de 1971 conocí a la que luego sería mi primera esposa, Graciela, amiga de una compañera del grupo. Empleada del Correo estatal, Graciela no militaba. Como corresponde, solucionar esa falencia se convirtió en uno de mis objetivos prioritarios. Pero por supuesto, la relación bajo esas bases comenzó a profundizarse rápidamente, y llegamos entonces a mi mudanza a Wilde, abandonando las luces del centro por una pareja comprometida con la realidad política y social.

El trabajo se hizo imprescindible, y un tío de Graciela, funcionario municipal, concretó el favor de gestionar el conchabo en una fábrica de mangueras de automóviles sobre la avenida Calchaquí, muy cerca de la Johnson. De 6 a 14,30, me había proletarizado.

Evidentemente, los obreros de la fábrica me necesitaban tanto, que a los tres meses era delegado general. El único inconveniente, que en mi ignorancia no tomé en cuenta, era que por reglamentación sindical el delegado general no puede ser menor de 21 años. Los directivos de la fábrica, que sí conocían ese insignificante detalle, me dejaron caminar unos días, como para ver si el cerebro me daba para entender las realidades de la vida.

No me daba.

Claro, el logro principal de un militante en esos años era conducir una huelga exitosa, y yo ansiaba ese papel. Los operarios más experimentados, -quiero decir, los "auténticos" operarios- que generosamente habían declinado en mi favor sus candidaturas a delegado durante las elecciones internas, hicieron hincapié en las urgentes necesidades de mejoras salariales. Como mínimo, podría indicar que mi primera conversación gremial con los directivos fue escabrosa. A mi parecer, la huelga era la alternativa digna y mi opinión coincidía con el mandato recibido de mis compañeros. La empresa se encargó de desengañarme rápidamente convocando uno por uno a los obreros y ofreciendo pagarles las horas extras al cincuenta por ciento o, de lo contrario, la puerta de salida. Salvo uno, al que llamábamos La Hormiga, todos aceptaron. (La Hormiga se llamaba en realidad Catalino Yolando. Era obvio -y él lo contaba con humor- que sus padres esperaban una niña y no pudieron superar la decepción). Pero a pesar de su nombre, La Hormiga tenía unos huevos de plomo: se negó a negociar y fue despedido junto conmigo, luego que la empresa "descubriera" el artículo de los 21 años, e indicara que, por consiguiente, yo no estaba amparado por la estabilidad sindical, hecho que los dos sindicatos (Federación de Empleados y Obreros del Caucho y la Unión Obrera Metalúrgica) que tenían ingerencia en la fábrica, se apresuraron a confirmar.

Es necesario mencionar ahora que durante mi ¿trabajo político? en la fábrica, me había identificado como Juventud Peronista. Si bien no estaba encuadrado todavía en Montoneros, consideré entonces (primera pequeña cobardía) que la única manera de integrarme convenientemente era

adoptar la identidad política de la gente, que no era precisamente el marxismo leninismo. Tiempo mas tarde aprendería que esta táctica se denominaba entrismo y que mi ingenuidad de esos momentos me hacía sentir injustamente inteligente (aunque un tanto deshonesto, lo confieso).

Los trabajos se sucedieron. OCA-Intercargo fue el lugar donde recalé a continuación y, ¡oh caramba! tampoco tenía sindicato ni comisión interna. Me apresuro a aclarar que creo que en aquel momento esa empresa no formaba parte del grupo Yabrán, sino que sus dueños eran, si la memoria no me traiciona, la familia Starck, uno de cuyos miembros era un notorio músico de rock. Convencido de que había aprendido la lección terminé cometiendo, inevitablemente, el mismo error. Hubo, no obstante, una diferencia sustancial: efectivamente quedó constituido el sindicato en la empresa, y la Comisión Interna fue avalada por el Sindicato de Empleados de Comercio. Claro que yo no pude integrarla por expreso pedido de uno de los representantes del Sindicato, que me objetó porque, según dijo, mi afiliación no constaba (¿se habría perdido?) y, como es lógico, no afiliado, no delegado. Sin embargo, se portaron bien: mi despido fue con todas las de la ley, y hasta me pagaron la indemnización. Y aquí también debo rescatar de la memoria a un compañero: el Negro Gauna, que me ofreció "en nombre de los muchachos" hacer lo que yo quisiera, hasta la huelga por mi reincorporación. Pero, a los 19 años, con plata en el bolsillo y la sensación de que, de todas formas, había conseguido el objetivo, le contesté que no pusieran en riesgo lo que habían ganado, que el sindicato no iba a apoyar y que, igualmente, estaba harto de hombrear bolsas de correspondencia. Y me fui con viento norte a trabajar de operario de mantenimiento a Subterráneos de Buenos Aires, donde me prometí firmemente, alentado por un ultimátum de mi suegra, no meterme en más despelotes por un tiempo.

Y así fue. Un tiempo como de seis meses, luego del cual mi hermano mayor, militante peronista desde el 68, me consiguió un trabajo de cadete en el diario Noticias.

El jefe de cadetes del diario era el Gringo, dirigente de la UES con el que de entrada nos llevamos para la mierda. Pero hoy reconozco que no era culpa de él. Olvidé mencionar que mi soberbia era en ese entonces insoportable (algunos amigos me llamaban "Mendieta: el hombre emperrado" y opinan que lo sigo siendo) y que yo sentía en ese ámbito una real inferioridad: estaba rodeado de “bronces” combatientes de las organizaciones armadas, a las que con mi falta de conocimiento de la jerga yo seguía llamando “formaciones especiales”, como las había denominado Perón, sin darme cuenta que la expresión contenía una clara descalificación política.

Una tarde, en el sucucho donde se preparaba el café para la cuadra, el Gringo se dio el lujo de humillarme merecidamente. En la pared, raspada sobre la pintura amarilla, habían grabado la estrella de Montoneros bajo la leyenda: L.O.M.J.E.

Y yo, que no perdía ocasión de ilustrar (a cualquiera que se pusiera delante) sobre las tácticas imprescindibles para ganar una guerra popular y prolongada de acuerdo a lo explicado exhaustivamente por Mao Tse Tung, ignoraba absolutamente que eso quería decir "Libres o Muertos, Jamás Esclavos". Fue entonces el Gringo quien se ocupó irónicamente de desasnarme, frente a los demás cadetes del diario.

Pero además de boquifloja, yo quería sentirme parte de todo. De manera que llevé al diario mi pistola calibre 22 y la guardé en un cajón en la sala de télex. Obviamente, si bien ya era peronista, no estaba como dije encuadrado en la organización y por lo tanto no tenía ninguna función en la seguridad del piso. Pero, si todos los compañeros “importantes” tenían un arma, yo no podía ser menos. Aunque, ¿de qué sirve tener un fierro si nadie se entera? Ergo, había que mostrarlo, y lo hice con uno de los compañeros corta cables.

Al día siguiente, la pistola no estaba. Conversación con mi hermano, que luego de putearme prometió averiguar. A los dos días, la pistola retornó, acompañada de una “amable” invitación del jefe de seguridad e Intendente del diario para visitarlo en su oficina. El “Pelado” Julio era buena

persona, pero sus filípicas eran legendarias. (El “Pelado” era Julio Troxler, sobreviviente de los fusilamientos del 9 de junio de 1956 y Jefe de la Policía Federal durante el gobierno de Cámpora. Fue asesinado por las Tres A).

A las dos horas, regresé al piso con las orejas coloradas, soportando las burlonas miradas de los demás cadetes, pero con un as en la manga: convencido por mi hermano de que yo podía ser algo boludo, pero un buen fierrero, el “Pelado” había aceptado hacerme un lugar en el esquema de seguridad del diario.

Pese a todo esto, hacía bien mi trabajo, porque me sentía orgulloso de estar allí. A los pocos meses, me animé a pedirle a Horacio (el Perro) Verbitsky que me diera la oportunidad de escribir. Harto de tales pedidos, el Perro me aclaró que no me comportara como un pelotudo. Que si me daba la oportunidad, pero se descubría que no servía, volvía a trabajar de cadete y sin chistar. Tenía un mes de plazo.

Un mes parece poco. Pero con maestros de lujo, por poco que uno ponga no se puede fallar. El Perro me mandó a Información General, para que Rodolfo Walsh –nada menos- me sacara lustre. Mi primera nota se tituló: “Subieron los grandes, blancos”. Y se refería -¿no es evidente?-, al precio de los huevos.

Se desesperaron sucesivamente conmigo Juan Gelman, Luis Guagnini y Paco Urondo. Pero finalmente pude escribir una nota suficientemente aceptable como para que Horacio Verbitsky y Miguel Bonasso consideraran que el staff de cronistas no perdería demasiado con mi inclusión. Ya era periodista. ¿Y la militancia? Encuadrarme se había convertido en una obsesión. Pero no quería volver al trabajo sindical. La alternativa era el territorio. Y el indicado para encontrarme un lugar era Paco. Rompiéndole insistentemente las pelotas, logré que me concertara una cita con un tal Urbano, responsable de una zona cercana a mi casa: la localidad de Don Bosco, un lugar pequeño y residencial, ubicado entre Wilde y Bernal.

Una semana después, a las cinco de la tarde, me encontraba con Urbano en la pizzería Oriente, frente a la estación de trenes de Quilmes. La Oriente era famosa en toda la zona sur por sus medialunas de manteca, y descubrí inmediatamente que con Urbano teníamos por lo menos algo en común. Mientras devorábamos ingentes cantidades de medialunas, mi nuevo "respo" me explicaba detalladamente mis obligaciones: iba a integrarme a una pequeña Agrupación en funcionamiento, en carácter de militante raso "y que no me creyera que por trabajar en el diario y conocer a oficiales importantes de la orga iba a tener trato preferencial". Además, tenía que mudarme, ya que mi domicilio estaba registrado en el diario, y eso era una falla de seguridad. Y, por otra parte, ¿qué pasaba con mi mujer? ¿Se integraría también, o había deficiencias por ese lado?

La mudanza no era problema: con Graciela ya estábamos cansados de vivir con tanta familia (una suegra, una abuela y tres hermanitas), y habíamos pedido a sus tías que nos prestaran la casita que tenían atrás de la suya en Sarandí, cerca del viaducto. Graciela, por su parte, estaba de acuerdo en integrarse, de manera que tampoco era un inconveniente. Y en cuanto a conocer oficiales importantes, yo pensaba que Urbano estaba fantaseando un poco. No tenía conciencia real de que esos "cumpas" con los que hablaba y trabajaba todos los días fueran tan pesados. ¡Si hasta me había atrevido a inmiscuirme insolentemente en un duelo escrito entre Juan Gelman y el "Ara" Abramovich, que frecuentemente competían pegando cuartillas humorísticas en verso en las paredes de la redacción! (Si bien es cierto que –aunque amablemente- ambos me pusieron en mi lugar rápidamente con sendas cuartillas de un nivel inalcanzable para mi).

Puestos de acuerdo, Urbano me citó para encontrarnos en Don Bosco, a la noche siguiente, para la reunión donde me presentaría a mis futuros compañeros.

La reunión se hizo en la casa de Tobi, un compañero con aspecto nórdico de unos 24 años, lo que lo convertía en el mayor del grupo. Conocí allí al Chino, el Indio, Robin y Rulos, al que muchos años después volvería a encontrar en muy distinta situación.

Ellos eran los compañeros de la Agrupación más cercanos a la organización, lo que los convertía automáticamente en la conducción de la misma, conducción a la que yo de hecho me integraba. Me di cuenta entonces que a pesar de las admoniciones de Urbano, sí parecían tener peso mis supuestas "relaciones" con "importantes oficiales".

Todos, salvo el Rulos y yo, que ya me estaba mudando a Sarandí, eran de Don Bosco. Conocían perfectamente el territorio, y hasta conducían por intermedio del Rulos una sub-agrupación que se llamaba "La Joven Argentina" y que había sido creada por un muchacho del barrio, bastante anárquico, que no quería integrarse a la JP pero que aceptaba las "sugerencias" que el Rulos le trasmitía.

En total, contábamos con aproximadamente veinte compañeros, con distintos grados de compromiso.

Desde las primeras semanas, comenzaron a evidenciarse las diferentes concepciones dentro de la Agrupación. Tobi y el Chino, los mayores en edad, eran por naturaleza conciliadores, preferían el trabajo político de superficie. Robin, el Indio, Rulos y yo, tal vez por ser más jóvenes e impacientes (me suena un poco absurdo escribir ahora, casi treinta años después, sobre diferencias de carácter basadas en distancias etarias de cuatro o cinco años, pero efectivamente las hubo) tendíamos al foquismo y a las acciones militares. Y estábamos apoyados en esto por Urbano, que venía de los Descamisados y que por lo tanto tenía que demostrar que era más Montonero que nadie.

De manera que habitualmente nuestro trabajo militante era nocturno. Caños en las vías del tren, pintadas en todo el barrio, falsas cajas explosivas en el puente sobre la avenida San Martín, a razón de una acción por semana. Teníamos la ventaja de que Tobi era electricista. Sus falsos circuitos en

un paquete bomba eran visualmente tan reales, que en una oportunidad pudimos darnos la satisfacción de cercar –a las seis de la mañana- con un vallado de tres metros de diámetro el mástil de la plaza de Don Bosco e izar la bandera de Montoneros, que permaneció hasta las once sin que la policía se animara a tocarlo para desactivar la supuesta bomba, ya que un solo corte a un cable bastaría teóricamente para hacerla estallar. Finalmente, al no llegar el camión de explosivos, y comprendiendo los canas que estaban quedando en ridículo, hicieron un cordón de seguridad para alejar a la gente y decidieron hacer explotar la "bomba" a tiros. Fue muy interesante observar sus caras cuando "explotaron" los varios kilos de zanahorias, papas, remolachas y legumbres varias que habíamos puesto en el paquete.

Mientras tanto, mi trabajo en el diario proseguía viento en popa. Después de la nota que me valió el "ascenso" a cronista (la cobertura del asesinato de la familia Chavez, en La Plata), siguieron otras que contribuyeron a inflar mi ego, haciéndome perder la perspectiva.

Luego de un reportaje al primo –desconocido hasta ese momento- de Perón, yo creía realmente que el mundo periodístico era un terreno virgen a conquistar. Fue el Perro el que tuvo que ocuparse de colocarme el certero hondazo entre los ojos, amenazándome con mandarme de una patada en el culo al Descamisado si no entendía que Noticias era un diario y no un periódico partidario. Para esas fechas, ya se acercaba el primero de mayo de 1974, y en la cuadra la discusión política sobre la actitud a tomar era permanente. Bernetti y Silvia Rudni eran "halcones": opinaban que la ruptura con Perón era inevitable y que esa situación nos blanqueaba ante la gente. El Ara, el Perro, Juan, Miguel, eran más moderados y, se demostraría luego, concientes de la realidad, posición a la que adhería, desde otra ubicación partidaria, el actual senador de la UCR Leopoldo Moreau, quien también por ese entonces, al igual que Pablo Giussani, cobraba sus dinerillos de los Montoneros aun cuando "no coincidía con la lucha armada".

Lamento confesar que íntimamente yo no integraba la lúcida corriente de los moderados. Al igual que tantos otros compañeros, incluyendo para nuestra desgracia colectiva a la Conducción Nacional, supuse erróneamente que el enfrentamiento abierto con Perón contribuiría al esclarecimiento de los difusos márgenes del campo popular y por consiguiente y por definición, nos ubicaría como conducción de ese campo popular del que Perón, de acuerdo a nuestros criterios, se apartaba. A la distancia, creo que nuestra única disculpa para ese garrafal error, si es que vale la pena darla, es que a los veinte años se puede hablar de guerra popular y prolongada, pero en la práctica "prolongada" significa, a esa edad, unos cinco o diez años más o menos, nunca cincuenta.

Recuerdo que la evaluación de probabilidades de supervivencia para un combatiente era, en ese momento, de unos tres a cuatro años. Haciendo memoria, revivo conversaciones con compañeros donde afirmábamos que vivir hasta los treinta era un lujo, y hasta los cuarenta un desastre. La mística y el heroísmo –cuidadosamente alentados por la Conducción- no mejoraban el panorama. El gordo Tuncho (aspirante de la Columna Sur 2) me confesó una vez, es cierto que con un poco de vergüenza, que él fantaseaba que **cuando** lo mataran (no **si** lo mataban) se imaginaba en el ataúd, cubierto por una bandera argentina y otra de montoneros, y seguido por una multitud de miles de compañeros, "que llevarían su nombre a la victoria".

Debo insistir entonces en que la historia ha tergiversado la realidad: Perón no echó de la plaza a los Montoneros. Los Montoneros fuimos a la plaza a confrontar a Perón. Desde la inicial desobediencia a la orden de no llevar banderas de la organización (fuimos con banderas argentinas limpias para pasar los controles y las letras plásticas y los aerosoles preparados para pegarlas o pintar las banderas una vez dentro de la plaza), hasta la consigna que se cantó cuando apareció Isabel: "no rompan más las bolas, Evita hubo una sola", todo logró provocar al General y sacarlo de sus casillas. La medición de fuerzas era el objetivo prefijado a lograr, y lo destacamos hasta en las fotografías que se tomaron luego de la retirada, cuando con el gran angular se enfocaba la plaza

semi vacía. Es más, hasta la conducción de Montoneros comprendió más tarde que allí comenzó la decadencia, y aceptó pasivamente que se tergiversara años más tarde la consigna que las columnas montoneras coreaban durante la retirada. Los textos que rememoran el hecho afirman que se cantaba: "Conformes General, conformes los traidores, nosotros a luchar"; pero la consigna real fue: "Conformes General, **usted** con los traidores, nosotros a luchar".

Es evidente que los hechos producidos por la organización a partir de ese día confirman claramente la delirante fantasía del Pepe Firmenich al evaluar que Montoneros había obtenido el suficiente "prestigio ante las masas" –para utilizar su fraseología rimbombante- como para disputarle a Perón el liderazgo del Movimiento Peronista. No responde a otra cosa el insólito y desastroso pase a la clandestinidad posterior, que deja desamparados y en riesgo a todos los compañeros de superficie, y que es justificado por un documento interno en el que se afirma que los compañeros deben respaldarse en el pueblo, como si 1974 fuera el equivalente político de 1972, cuando los Montoneros eran "los muchachos" y recibían el aplauso y la adhesión de la casi totalidad del movimiento peronista. Pero en el territorio estábamos lejos de estos análisis críticos. El pase a la clandestinidad no nos afectaba excesivamente ya que, como he mencionado, la Agrupación funcionaba en la práctica fundamentalmente desarrollando acciones cuasi militares.

Esto no impedía nuestro crecimiento. Si bien había pasado ya la etapa del "engorde" de 1973, cuando la afluencia de compañeros –especialmente en las universidades- era masiva, los sueños heroicos y justicieros de todo adolescente medianamente inteligente colaboraban para que las incorporaciones de cuadros fueran permanentes. A fines de 1974 yo ya era aspirante** y conducción de la Agrupación de Don Bosco, que contaba con veinticinco militantes, cinco de ellos milicianos jefes de pelotón, cerca de cuarenta adherentes y un grupo de periferia integrado por colaboradores y familiares bastante importante. Teníamos tres casas operativas seguras, dos autos

(robados) armas cortas y largas para quince compañeros, y la zona era conocida como "El Fortín" por los compañeros de la Columna.

****Aspirante**: suboficial. La organización Montoneros no utilizaba –al contrario que el ERP- grados militares. Un militante se integraba en ámbitos de acuerdo a su nivel: agrupación (militante de JP,); miliciano (conducción de agrupación, equivale a soldado o cabo); Unidad Básica de Aspirantes (UBA, conducción de pelotón o pelotones de milicianos, equivale a sargento, pero que "aspira" a ser oficial), Unidad Básica Revolucionaria (UBR, suboficiales que conducían pelotones de milicianos pero que **no** querían asumir la responsabilidad de oficiales);*

Unidad Básica de Combate (UBC, oficiales plenos de la organización, equivalente al grado de Teniente y superiores). Luego venían los niveles superiores de oficiales: Jefe de UBC, Jefe de Columna, Jefe de Regional, y por último los oficiales Superiores (Conducción Nacional).

Unitarios y Federales (en el siglo XX)

Laica o Libre es la historia de tu tierra.

Y más atrás los sones de mazorca

ponchos rojos,

tacuaras enarbolando desgraciadas cabezas,

cadáveres podridos en marchas y vidalas.

Dorrego asesinado, Urquiza padre

Rosas que se expande, tirana Buenos Aires.

Así nacimos.

Germen de generaciones postergadas

y yermas, estériles diatribas.

Lo que no pudo ser

nos estrangula y hiere.

Rebuscando rescatables signos

entre los desperdicios de la historia.

Renegando los mitos -ocultamientos cómplices-

venganzas incumplidas.

Así nacimos.

En fogones turbios, solidarios,

con folclóricas voces en las dunas de arena

y La Ventola de Valeria.

El vino calentando las hirvientes venas

un reguero de juventud y fuerza.

Así nacimos.

Aullidos de rebelión entre los números

y las filosofías,

palabras de parición bajo las letras.

Algún ronco grito del hachero chaqueño,

quizás un reclamo de la Córdoba en llamas

nos urgía.

Banderas olvidadas

padres timoratos y desesperanzados

nos legaron la brisa de futuro impredecible

que arrimó a nuestros rostros

la dureza de la nube oscura, del viento huracanado,

del tum-tum ritual de los tambores

señalando la hora del destino.

La tribu nueva,

(generación con rumbo y pertenencia)

pensó que la verdad no era imposible

y resolvió entregar su sangre entera.

Para vengar las décadas inanes

para abonar tu suelo y tus fronteras

para plegarse a la historia

de los cuentos, las hadas, las leyendas.

Para tenerte en brazos, poseerte

de una vez para siempre

y que canciones en futuros lejanos

mantuvieran viviente la memoria.

Libremente,

cruzamos el Jordán para ofrecerte

nuestra ira de halcones, nuestra gloria,

nuestro propio Sueño de amor, locura y muerte.

3

La primera vez que entré en la villa Itatí fue con Santiaguito. El era en ese entonces mi responsable en la organización. Santiaguito era (visto con los ojos de hoy) un chico bastante simpático. De clase media alta, fino y delicado, estaba casado con una compañera de la orga que tenía un nivel

superior. Tenían un hijito con un grave problema de hipertrofismo muscular, pero esto lo supe mucho más tarde. En ese momento, nos llevábamos bastante mal. Yo le criticaba duramente sus desviaciones pequeño burguesas (que no eran demasiado diferentes de las mías) y el me criticaba mi personalismo y mi soberbia (en lo que estaba totalmente acertado).

Cuando llegábamos a la villa, la gente nos miraba. Eramos "montoneros". Hoy evalúo cuánto orgullo inmerecido cabía en nuestros cuerpos inflados, y no puedo menos que sonreír. Pero en ese momento parecía que estábamos destinados a cambiar esa miserable vida de los "compañeros villeros", y nos sentíamos sin duda portadores de un designio cuasi sagrado. Quizás en muchos casos divisábamos respeto cuando en realidad las miradas denotaban miedo.

(Sentí claramente esa diferencia el día de la muerte de Perón, cuando caminábamos por la avenida con la columna sur, y las personas que estaban haciendo la cola para ver el cadáver del General nos observaban. Algunos, calladamente. Otros, insultándonos por lo bajo. Pero en todos los ojos pude leer claramente el temor. No era miedo a lo que vendría. Era miedo de **nosotros**. ¿Qué otros desbarajustes podrían causar esos "muchachos" a los que ya pocos comprendían? ¿Qué incoherencias podrían esconderse detrás de esas sonrisas soberbias y las camperas abultadas escondiendo los fierros?)

En Itatí teníamos un compañero que era el responsable de la villa. Como no sé si vive todavía, prefiero no mencionarlo claramente. Su rancho de chapas estaba muy cerca del rancho que servía de Unidad Básica de la Jota perra *(Juventud Peronista de la República Argentina, derechista, dirigida por Julio Yessi)*, y por eso ir a visitarlo siempre requería cierto cuidado para no provocar un enfrentamiento al pedo. Cuando llegamos, recibí mi primera lección de convivencia práctica con los "compañeros villeros". El cumpa nos invitó a comer y Santiaguito, como correspondía, aceptó. En un momento en que el compañero salió de la casa, Santiago me dijo: "no va a ser agradable. Pero tenés que comer lo que te sirvan, ¿estamos?". Canchero, ni siquiera respondí. Me cambió la cara

cuando vi al cumpa entrar y descolgar de los tirantes del techo unas tiras de carne oscura cubiertas de moscas verdes. Mientras las sacudía para espantar los bichos, el cumpa nos decía sonriente: "una sopa y unos bifes, compañeros. No hay mucho, pero lo compartimos". Y por supuesto que nos estaba homenajeando con lo mejor que podía ofrecer. Probablemente nuestra comida significara que por la noche sus hijos se contentarían con mate y galletas.

Debo confesar que a partir de esa experiencia nunca volví a entrar a una villa de visita con las manos vacías. Obsequiar a los compañeros villeros llevándoles vituallas era de lejos mucho más simple que retener en el estómago esos pedazos de carne. Mi respeto hacia Santiago creció varios puntos esa tarde, aunque luego del almuerzo me costaba digerir el postre de su sonrisita irónica y sabia.

4

Creo que fue a mediados de 1977 cuando mataron a José Amigo. Ya estaba desconforme con la política de la orga. Me habían trasladado por cuestiones de seguridad al Area Federal, y estaba bastante desvinculado de la Columna Sur. Sin embargo, todavía me quedaban amigos y contactos, aunque toda la organización había perdido la retaguardia familiar ya que, desde mi última encanada en 1975, tuve que mentirle hasta a mi familia, y prometer que me abriría de la militancia. Luego del golpe, mi hermano se había exilado en Colombia y mi vieja estaba convencida de que yo no tenía ya nada que ver con la organización. Mientras tanto, Graciela (mi mujer de ese entonces) era una compañera clave en el sector de inteligencia de la orga bajo las órdenes de "Neurus" y a mí me habían puesto como segundo de Jarito Walker para hacer la revista "Evita Montonera".

Varios meses después me encontré en el parque de Villa Domínico con “la Tana” María Cristina Lesteroff, que fue secuestrada posteriormente en dudosas circunstancias, y había quedado como

responsable de mi zona cuando fui trasladado. No soportó la tortura y delató compañeros, hecho que me consta personalmente: mi suegra y mi cuñada de 15 años fueron secuestradas debido a ella, que llevó personalmente a la marina hasta la casa familiar. No obstante, mi suegra y cuñadita salieron. De la Tana no tuve más noticias.

"La Tana" era la novia de José, y me dio la noticia: aparentemente, José estaba esperando un colectivo en la avenida Andrés Baranda, cuando vio que se acercaba lentamente una camioneta de la Policía de la provincia de Buenos Aires. Aunque estaba desarmado y era legal, José llevaba encima unos volantes. Creo que hubiera optado por arriesgarse a que no pasara nada, pero según la Tana vio que dentro de la camioneta estaba el Rulos, evidentemente detenido. Rulos, antiguo compañero de mi agrupación, conocía a José perfectamente, y éste supuso -equivocadamente, es importante aclararlo- que Rulos se había quebrado y marcaba compañeros por la calle. Sin dudar más, José salió corriendo y fue acribillado por la espalda sin recibir advertencias ni orden de detención (igual no les hubiera dado bola).

La Tana me dijo que había intentado hablar con la mamá de José, pero que la familia no la miraba con buenos ojos. Además, comentó indignada que la orga se había lavado las manos. Fue en ese momento cuando le informé mi descontento con la orga y que estábamos juntándonos un grupo de compañeros con la idea de abrirnos y formar un grupo distinto, que se llamaría FAR(P) -Fuerzas Armadas Revolucionarias (Peronistas)*, rescatando la denominación de la vieja FAR que había desaparecido al fusionarse con Montoneros- Cristina manifestó poco entusiasmo y algunas dudas, y lanzó entonces la insinuación fatal: "creo que si José estuviera vivo hubiera estado de acuerdo, no?". Coherente con mi estupidez, le respondí justamente lo que ella no quería escuchar: "No. José siempre fue muy verticalista y con poca iniciativa". Estoy convencido de que esa respuesta cruel, injusta e inoportuna fue la causante de que finalmente Cristina siguiera en la orga hasta su posterior secuestro (y desde luego que me incluyera en su lista de botoneados, claro).

(*) Efectivamente, bastante más tarde constituimos dicho grupo, aunque sólo logramos reunirnos compañeros de segunda y tercera línea y en un número muy reducido. Sin embargo, la principal dificultad no fue el escaso número sino las diferencias tácticas que nos impidieron llegar a conclusiones sobre los pasos a seguir. En resumen, luego de algunas pocas reuniones y un par de pequeñas acciones de ensayo nos autodisolvimos sin pena ni gloria.

5

En la primavera de 1975 hacía tiempo que Santiago se había ido a otra zona y me había dejado como responsable. En esa época, nuestra área de operaciones se extendía desde Bernal hasta Berazategui, incluyendo Quilmes y Ezpeleta. A Urbano lo vi por penúltima vez una tarde de verano que cayó de sorpresa en mi casa de Sarandí, cosa que estaba absolutamente prohibida, y nos sentamos en el piso del patio, a pleno sol, para conversar un rato. Recuerdo que en una esquina del patio, en su cuna, estaba mi hijita de 8 ó 9 meses, custodiada por mi perra "Camila", una boxer adquirida en su momento por mi hermano con "garantía de raza pura" a la que infelizmente le había crecido el hocico. La perra se acostaba debajo de la cuna de la nena e impedía gruñendo amenazadoramente la cercanía -a su juicio indebida- de cualquiera que no fuéramos su madre o yo.

Entre recuerdos jocosos de las perradas que nos habíamos mandado en la zona, y sesudos análisis políticos sobre la situación nacional, Urbano me preguntó:

-¿Vos creés que vamos a ganar?

Absolutamente convencido de la inevitabilidad de la victoria, le contesté con el "manual del correcto Montonero", explayándome sobre la obligatoria toma de conciencia de las masas, que a partir del golpe identificarían al verdadero enemigo y todas las huevadas consiguientes de los documentos de la C.N. que por supuesto él conocía mejor que yo.

Me miró casi compasivo, tomó un larguísimo trago de su botella de cerveza, sacudió levemente la cabeza y me estampó:

"Pelotudo, ¿sabés cuándo perdimos? Cuando nos peleamos con Perón. ¿Vos te creés que yo me metí en esto para ser ministro del Pepe cuando supuestamente derrotemos al Ejército, a la Marina y a la Aeronáutica? ¿Te pensás que cuando tenga poder, el Pelado Carlos va a ser muy diferente de lo que puede ser López Rega? No, cumpa, yo entré en esto para traer a Perón, no para ver al Pepe presidente. Nosotros servimos para combatir, pero no estamos listos para gobernar, ni para entender a la gente. Vamos a perder, hermanito, precisamente porque no estamos preparados para admitir la posibilidad."

Claro que no le di pelota. Urbano, como dije, venía de los Descamisados, y nunca le había gustado demasiado la rígida estructura de la orga. Supuse que su comentario derrotista era intrascendente y pasajero. De todas maneras, tal y como me dijo Urbano al despedirse: "igual, estamos jugados. Hay que darle pa´ delante".

Años más tarde encontré a Urbano por última vez en Diagonal Norte y Esmeralda, creo que en 1980. Iba caminando por la calle en compañía de otro hombre, alto y delgado, de pelo corto y bigotes. Yo, que iba solo, inmediatamente me acerqué para abrazarlo: "Estás vivo, hermano, que alegría". Urbano -y era él, sin duda alguna- me miró fríamente, lejanamente, y me respondió: "te estás confundiendo, flaco, no te conozco". Insistí, -era imposible que no me recordara- y reiteró lapidario: "no seas boludo, viejo, me confundís con otro. Nunca te vi en mi vida". Urbano miró a su compañero y, con un seco "vamos" siguió caminando, dejándome parado en la mitad de la vereda. Minutos más tarde, superada la desilusión, comprendí que mi viejo amigo probablemente me había salvado la vida una vez más y espero de verdad que esa última lealtad no le haya costado demasiado caro.

6

"...si Evita viviera

mataría a López Rega"

Conocí a Memo Bettanin en Filosofía y Letras, en 1974, poco antes de la clandestinización de las agrupaciones de superficie. (Cuando dejó la facultad, Guillermo fue Aspirante de la columna Norte, lo apresaron en esa zona del Gran Buenos Aires y fue asesinado unos días después en la comisaría donde lo habían "desaparecido" y torturado. No cantó).

Memo era el responsable de la Juventud Universitaria Peronista (JUP) de Filo, y yo caí ahí una noche con tres milicianos porque me mandaron para ayudar a 'garantizar' la toma de la Facultad. Había cerca de treinta compañeros estudiantes, de distintas agrupaciones políticas. Cuando llegamos, ya estaban organizados en grupos para la guardia, y me reservé el laburo de 'rondín' para poder controlarlos un poco, ya que algunos hasta parecían desear que vinieran los "fachos" a sacarnos. No parecían comprender que si la derecha decidía retomar la facultad, no iban a venir a pedirnos por favor que saliéramos. Empecé a indignarme cuando fui a tomar un vaso de sopa a la cocina, donde uno de los grupos preparaba café, mate cocido, pan con manteca y caldo. Me encontré allí con una piba que no tendría más de 18 años, chiquitita, que escuchaba humildemente a un cabrón de veintipico, probablemente dirigente de alguna agrupación de ultra izquierda, que la puteaba a los gritos porque "no había dulce de leche para el pan con manteca". Después de solucionar el 'problemita', me fui hasta la cueva de la JUP, a charlar un rato con Memo. Ya conocía a su hermano mayor Leonardo (el ex-diputado de la JP), y confieso que no me caía nada bien, de manera que tenía un poco de prejuicio. Sin embargo, Memo no tenía nada que ver con su hermano. Era un tipo claro, bien humorado -juguetón, diría-, que inmediatamente me hizo sentir como si fuéramos amigos de largo tiempo. Si estaba algo molesto por nuestro desembarco en 'su' terreno, que indiscutiblemente le restaba autoridad, no lo demostró en absoluto y, por el contrario,

empezó a preguntarme cosas de la zona sur. En un momento, me pidió el fierro para verlo. Yo había llevado esa noche un revolver viejo, calibre 44, negro y enorme, que impresionaba de sólo verlo. Estaba a punto de avisarle a Memo que tuviera cuidado, porque el percutor estaba limado, cuando la detonación retumbó en toda la facultad. Un poco aturdidos, nos miramos fijamente. Memo se volvió para tranquilizar a un pibe de JUP que entró al cuarto a la carrera y, cuando giró de nuevo, largó la carcajada y señalando algo a mi espalda balbuceó, ahogado de risa: 'bueno, por lo menos le pegué a él'.

Al darme vuelta, yo también comencé a reírme descontrolado. La foto de López Rega fijada a la pared, que los muchachos usaban como blanco de dardos, lucía un hermoso agujero, justo entre los ojos.

Mucho más tarde, recuperadas la tranquilidad y el arma, descubrí que mi trabajo de 'rondín' en esa toma era más ridículo que necesario: a la absurda consigna: 'Patria' que obligatoriamente debía pronunciar cada vez que entraba a un aula para que me contestaran: 'o muerte', debí añadir una oportuna ceguera ocasional para no ver a las parejas de compañeros que, cansados de su guardia, matizaban el aburrimiento haciendo el amor, completamente olvidados de su 'responsabilidad' revolucionaria.

7

Estamos en el verano de 1975/1976. El barrio queda en Ezpeleta, y se llama Pintemar. Allí hemos formado poco a poco una Agrupación de JP bastante fuerte, que ya cuenta con más de veinte compañeros, entre militantes y milicianos. Inclusive, varios de estos últimos serán muy pronto aspirantes a oficiales de la orga. Yo participo ya casi desde afuera, porque los muchachos se conducen casi solos. Es más, mi responsable dentro de la orga, el Pato Viejo, ya está analizando mi

traslado. Pero esta noche el ámbito de conducción de la zona analiza un operativo: hay que "tomar" toda la zona de la estación de trenes de San Francisco Solano. Se comprometerán en la operación más de treinta compañeros, participarán desde militantes hasta oficiales. Mi ámbito tiene en ese operativo una tarea simple: tenemos que "recuperar" un colectivo de la línea 98 a la salida de la terminal, bajar educadamente a los pasajeros, mantener "guardado" (sano y salvo) al chofer mientras dure la operación y llevar el colectivo desde Quilmes hasta Solano para concluir prendiéndole fuego en la avenida principal, cortando el tránsito, a las 7 de la tarde de un día hábil.

Quedamos en que yo voy a manejar personalmente el tema del colectivo, así que con el Pato Viejo y Jote nos vamos en auto al día siguiente a testear el recorrido. Cuando estamos llegando a Solano, al cruzar un viejo puente sobre un arroyo, una pinza de la cana provincial. La pasamos sin problemas, ya que estamos limpios, pero eso plantea una pregunta: ¿la pasaremos igual con el bondi? Jote (que no va a ir en el colectivo) afirma sin dudar que si. (Ultimamente, con Jote empezábamos a tener problemas de relación. Mi posible traslado -que en realidad representaba también un casi seguro ascenso en la estructura de la organización- le parecía cuando menos injusto, y casi seguramente inmerecido. En realidad, los inconvenientes empezaron cuando caí preso el año anterior, y al salir la orga decidió clandestinizarme. Obviamente, eso implicaba no trabajar, y durante varios meses los compañeros del ámbito tuvieron que aportar parte de sus sueldos para mantenernos a mi y mi familia*).

Yo no estoy tan seguro de que la operación pueda hacerse de esa forma, pero el Pato Viejo plantea una opción de fierro: "se hace así o no se hace -y si se hace, lo hago yo-; si no se hace, tendremos que discutir por qué". (Esto significa: "¿tenés huevos para hacerlo o no?"). Puestos en eso, la respuesta es ineludible. Elijo a dos compañeros para apuntalar la cosa: Juan me va a acompañar en el colectivo, y Rulos va a "guardar" al chofer.

Los fierros: me toca -como de costumbre- mi viejo .38 y como concesión especial el Pato Viejo me entrega una granada que ni él sabe cómo funciona (es "recuperada" del ejército, y debe tener tantos años como él). Juan llevará un .32 y a Rulos (que es el que tendrá menos posibilidades de conflicto) le encajamos una Ballester Molina calibre 22 que tiene un solo cargador, pero que impresiona como una once veinticinco. Desde un auto, el Pato Viejo y Jote nos harían la contención con armas largas (luego me enteraría que el compañero que tenía que entregarlas había faltado a la cita, así que la contención fue un chiste: Jote manejaba y el Pato portaba una vieja metra PAM).

Arreglamos que Juan y yo tomaremos el colectivo a la salida de la terminal, como pasajeros comunes. Podemos elegir uno cualquiera de los primeros tres que salgan a partir de las 17 horas. A las 5 de la tarde del "día D", llegamos a la parada. En el primer y segundo colectivo suben demasiados pasajeros (me comentaron después que, al irse el segundo colectivo, Jote había sugerido al Pato Viejo que probablemente nos habíamos "cagado en las patas", y que no haríamos la operación). En el tercero, no hay opciones: subimos con Juan después de unas doce o quince personas. Juan se va para el fondo, yo me ubico en el primer asiento detrás del chofer, ese asiento que nadie quiere mientras haya otros disponibles. Esperamos que el bondi se aleje unas diez cuadras de la terminal, y girando la cabeza le hago a Juan la señal convenida. Mientras él se levanta del asiento del fondo, saco el revolver y me inclino hacia el espaldar del chofer, mientras me incorporo. Le coloco suavemente el fierro en los riñones y le susurro: "quietito, macho, somos montoneros". Ni pestañea. Me mira de reojo y me contesta: "pero no tengo plata, recién salimos". "No somos chorros, somos montoneros -le repito- queremos el colectivo". Mientras, Juan le endosa a los pasajeros no sé que camelo sobre un conflicto gremial, y les informa que el colectivo sale de línea desde ese momento. Protestas, puteadas varias, resignación al fin. Ordeno al colectivero que salga de la avenida y se estacione en una transversal. A medida que los pasajeros van bajando, el chofer les va devolviendo el dinero de los boletos. Juan ni siquiera ha tenido que

sacar el arma, y yo trato de que no se vea. Cuando la gente termina de bajar, insistiendo en que "podrían haber avisado antes de salir", indico al chofer que se ubique en uno de los asientos de a dos, con la espalda contra la ventanilla y los pies sobre el asiento. Juan se pone la chaquetilla del colectivero y se dispone a manejar. Aparece -por fin- el auto de contención con el Pato y Jote. Se ponen adelante y arrancamos.

Como quince minutos más tarde, llegamos a donde -en esa época- Avenida La Plata se hace de tierra. Allí nos espera Rulos, bastante impaciente. El petiso está peinado para atrás, con kilos de gomina. Supongo que imagina que así no lo reconocerán. Hago bajar al fercho y le advierto: "te quedás acá, con el compañero. Si no hacés huevadas, en un par de horas te vas a tu casa. Si hacés cagadas, perdés. Mostrále, petiso". Tal como habíamos quedado, Rulos se levanta apenas el suéter para mostrar la culata de la pistola que lleva en la cintura. Vista así, parece una 45. El chofer musita apenas: "yo me porto bien, muchachos, si hasta soy peronista". Disimulando la sonrisa, Rulos se lo lleva caminando por la calle de tierra. Al pobre fercho le esperan dos horas de adoctrinamiento intensivo. Nosotros seguimos viaje.

Casi son las seis cuando llegamos al famoso puente. Desde dos cuadras antes, podemos ver que la pinza está. Juan me pregunta: "¿y ahora?". Le contesto: "ahora nos jodimos, Pato viejo y la puta que lo parió" mientras saco del bolsillo la granada y traspiro esperando que funcione. Pero el Pato Viejo nos da la sorpresa: una cuadra antes del puente, dobla a la derecha por una callecita empedrada. Juan me mira, interrogante, y le hago con la cabeza señal de que lo siga. La calleja se transforma enseguida en un callejón de tierra, con casitas humildes y espaciadas. Parece que el Pato, aparte de los alardes de la reunión, se tomó en serio lo de la pinza y buscó un camino alternativo. A los saltos entre bache y bache, cruzamos el arroyo por otro puentecito que parece suspirar de puro viejo cuando el colectivo lo aplasta. Pero estamos en Solano. Ya casi es de noche, llegamos a horario y estacionamos el bondi a tres cuadras de la estación, como habíamos quedado.

De atrás de los árboles, aparecen cuatro milicianos de Villa Azul (Wilde) cargando dos enormes bolsas de arpillera llenas de estopa y dos bidones con nafta. Nos entregan los bultos y desaparecen. El auto con el Pato y Jote ya se fue hacia el lugar convenido, enfrente de la Estación. Juan, con su cortaplumas, corta las bolsas y desparrama la estopa por todo el colectivo. La rocío con la nafta y entre los dos abrimos las ventanillas. Faltan cinco minutos, y saldremos hacia la estación, donde estarán dos pelotones de milicias esperando la señal (el incendio del colectivo) para terminar de cortar la avenida con molotovs y miguelitos. Mientras, un grupo de aspirantes conducirá la toma de la estación (andenes, boletería y sala de guardianes) mientras otro pelotón de milicianos volantea y pinta. Posteriormente, se colocará un caño (falso) en las vías y se invitará a la gente a desalojar la estación rápidamente. Toda la operación durará no más de diez minutos, si es posible menos. A menos de diez cuadras hay una comisaría, pero evaluamos que, como de costumbre, llegarán luego de que nos hayamos dispersado. Si no es así, hay (debería haber) tres autos con oficiales para contenerlos hasta que los milicianos de la estación desaparezcan. En la avenida, si hay quilombo, nos quedaremos el Pato, yo y el Pingüino, que es el que nos dará la voz de largada. Jote esperará en el auto, como chofer operativo. Dos minutos antes de la hora, aparece un ¿taxi? De él baja el Pingüino, que se acerca enfundado en un piloto largo y gris y nos dice: "ayer cayó Poncho. Conocía todo. Se levanta".

- ¿Y ahora avisan? -se indigna Juan, con razón.
- ¿Y con el bondi que hacemos? -pregunto.
- ¿Es un desperdicio, no? -sonríe cómplice el Pingüi, que nos ve venir de lejos.

Nos miramos los tres. Le pregunto al Pingüi: "¿ya levantaste a los cumpas de la avenida?"

- Todavía no -me contesta- iba para allá, pero el taxi se fue, estoy a pata.
- Te llevamo' en el bondi, te llevamo' -sugiere Juan-
- Y bué, -asiente el Pingüi, irresponsable- por lo menos no gastamos en nafta al pedo.

Y arrancamos para la estación. Mientras llegamos, el Pingüino nos cuenta que todos los demás -salvo los milicianos de la avenida, el Pato y Jote- están avisados, así que la toma no va. Cortaremos la avenida con una linda fogata, y luego a meter pata, porque no hay contención, y puede ser que Poncho haya cantado, aunque en realidad ninguno de nosotros lo cree.

Llegamos justo a horario. En cuanto Pingüi y Juan se bajan, prendo la "mecha" (una caja de Tres Patitos) y desde la puerta del bondi la tiro hacia los asientos de atrás. Salto a la calle en el momento en que las llamaradas agarran por todo el colectivo.

A la señal, los dos pelotones de milicianos (ocho compañeros) se ponen en movimiento: cuatro "molos" revientan simultáneamente cortando ambas manos de la avenida. Unos segundos más tarde, explotan un par de panfleteras mientras los compañeritos desparraman clavos miguelitos como para reventar los neumáticos de cien automóviles. Desde la vereda, miro alrededor: a cincuenta metros está el auto, con Jote al volante. De pie al costado derecho del coche, el Pato Viejo sonríe, pero gira lentamente la cabeza a derecha e izquierda. Enfrente, con su piloto gris (que espero esconda una metra) el Pingüi acelera a los compañeros. Sorprendido, le pregunto a Juan que se me acerca: "¿que hacés acá? Vos ya estás, tenías que rajarte"

- No los iba a dejar tan solos, nos vamos juntos.

¿Qué podría decirle? Criticarlo por desobedecer órdenes sonaría ridículo en esta situación. Además, no todos los cumpas serían igual de solidarios.

La cosa está hecha. Pingüino da la orden de desconcentrar, y los milicianos comienzan a perderse por las laterales. Unas sirenas suenan, aunque todavía lejos, y el Pingüi cruza la calle y se acerca a nosotros.

- ¿Vamos? Ya no queda nadie.

- Si, rajemos de acá.

Los tres comenzamos a caminar hacia la esquina. Nos cruzamos con el Pato, que espera para subir al auto a que nos alejemos y el Pingüi le hace un guiño. El Pato está sorprendido: en la estación no pasó nada, y no sabe por qué. Seguimos camino rapidito. No es momento de explicaciones, y tanto el Pingüino como yo sabemos la que nos espera en cuanto se entere.

Cuando llegamos a la esquina, giro la cabeza. El colectivo sigue prendido, y creo que arderá largo rato. Desde la otra cuadra ya se ven las balizas del primer patrullero y el Pato se mete en el auto y lo urge a Jote para salir cagando.

Apenas doblamos, metemos pata. Juan, como de costumbre, es el más rápido.

A dos cuadras hay una parada. También es de la 98. Unos meses después, subiendo en Sarandí a un colectivo de la línea 22, me sorprendí cuando el colectivero me saludó como si fuésemos viejos amigos. Tras unos segundos, lo reconocí como el mismo chofer que habíamos "secuestrado" esa tarde. Yo iba limpio y me preparé para algún quilombo pero, para mi asombro, el tipo me dijo que se alegraba de verme bien. Me contó que Rulos lo había tratado bárbaro y que habían hablado un montón de política. Que lo habían rajado de la 98, pero que no había sido por culpa nuestra, y que estaba conversando con una agrupación de JP de Florencio Varela -donde vivía- porque sentía que "algo había que hacer". No me cobró el boleto.

(*) Es importante aclarar que todos los compañeros -excepto los clandestinos- trabajaban legalmente y aportaban a la organización una parte importante de sus sueldos. El mecanismo era así: la organización había hecho una evaluación en base al sueldo promedio del obrero industrial, tomando en cuenta salario familiar (hijos, esposa), etc. Los compañeros que ganaban más que ese promedio, entregaban el sobrante. Los que ganaban menos, recibían lo que faltaba. Necesidades extras, (como, por ejemplo, un lavarropas) se conversaban con el responsable de ámbito y si estaban justificadas, se recibía el dinero necesario. Independientemente de la propaganda de las Fuerzas Armadas sobre el supuesto "mercenarismo" de los integrantes de las orgas, lo que digo me consta y me ha pasado, de manera que puedo afirmarlo sin duda ninguna.

Paréntesis 1999

Para estas fechas, ya me están pudriendo los intelectuales que comienzan a creer que ser "civilizados e inteligentes" no consiste en ser honestos, laboriosos, creativos, justos, generosos, y tantas otras cosas, sino simplemente (¿así de fácil era?) en expresarse lo más peyorativamente posible, informando a quien quiera admirarlos que sus ideas son tan profundas que no es raro que los mortales no estén a la altura. Y así, como modernos Raspunzeles, desde sus altas torres despliegan sus blondas cabelleras para ver quién es el macho que se anima a subir por ellas. Y cuando muy pocos se prenden a las trenzas, refuerzan el primitivo convencimiento de su genialidad, sin entender que los tontos de abajo saben perfectamente que al nivel del piso también se pueden encontrar cabelleras, si no tan largas, rubias y sedosas, igual de agradables para acariciar. Claro que antes Raspunzel se quedaba sola en la torre, y ahora con Internet puede incomunicarse con otras Raspunzeles y discutir con ellas sobre la mejor marca de champú acondicionador -esa que los tontos no conocen ni pueden pagar- para sus elitistas rizos.

Y conste que reconozco que a veces (a lo mejor demasiadas) desde acá, desde el suelo, uno se pasa de rosca y asume la carcajada de la vaca bobalicona que, de todas formas, siempre es preferible a la siniestra y dentuda sonrisa torcida (¿siniestra?) del tiburón ombliguista.

"Quien afirma que puede mejorar el mundo, y no intenta trasmitir lo poco o mucho que ha aprendido, en todo momento y lugar, no es un sabio. Es un hijo de puta" (Jorge Ricardo Masetti)

Me refiero a esta nueva estirpe de intelectualoides soft, de clase media alta, sin expectativas ni solidaridades, que acuerdan livianamente que las ideologías y la historia han muerto y que, por lo tanto, sólo resta esperar el Diluvio disfrutando y autoproclamándose la expresión más elevada de la evolución. Cada vez que una nación o un imperio llegó a semejantes conclusiones, fue destruido

inexorablemente por los bárbaros, sucios, desgreñados e ignorantes que pacientemente aguardaban a las puertas de las ciudades amuralladas.

Hoy las ciudades amuralladas se han convertido en barrios cerrados, countries exclusivos, torres de falso cristal desde donde los nuevos Raspunzeles juegan irresponsablemente con la historia, apostando que la tragedia no existe. Y los bárbaros actuales son aquellos -hermanos nuestros todos- que, desde abajo -siempre desde afuera- los observan pacientes, aunque cada vez mas sucios, más ignorantes, y mas hambrientos.

Me indigna reconocer en mí la comodidad que critico. Y me subleva observar que la historia parece estar a punto de repetirse, aunque ya no como comedia, mientras los hijos de los que siempre han tenido cosas juegan a imaginarse invulnerables, porque: "si ya no hay historia, ni cambios, no hay nada por lo que valga la pena molestarse, excepto uno mismo".

Pues, o mucho me equivoco, o ellos descubrirán de la peor manera que los que los miran desde afuera no piensan igual. Para los excluidos, la historia ni siquiera ha comenzado. Ni saben que ha existido.

No es cierto que hayan muerto las ideologías. Han fallecido los intelectuales que las pensaron, y los poderes han generado falsos intelectuales incapaces de imaginar nuevas.

La generación de una nueva ideología del compartir y respetar es tan imprescindible como la comida de todos los días. Tal vez podamos evitar que las puertas de los countries tengan cada vez más guardias armados. Porque de todas maneras, ningún ejército será suficiente si los bárbaros deciden dejar de ser corderos.

8

¿Por qué entraste a la Orga, Cacho? *

Yo que se. Eramos pibes. En esa época, vos sabés, el que no era militante era un boludo. Teníamos sueños, fantasías de que la cosa podía ser diferente... que nosotros íbamos a poder cambiarla...y estaba el Viejo.

¿Cuándo te encuadraste?

En el 73. Ya había participado en la campaña del "Luche y Vuelve", con una agrupación de la ANES** toda mi familia era peruca, mi viejo había estado en la Resistencia, en fin. ¿Qué otra cosa iba' hacer?

¿Pero por qué asumir el compromiso de un combatiente?

Las cosas te van llevando. Primero militás en el barrio, ponés canillas, hacés quermeses, te metés en la sociedad de fomento... después las discusiones, las charlas, vas tomando conciencia, te das cuenta que por las buenas no vas a conseguir nada. Estoy tratando de acordarme lo que sentía en ese momento, ¿sabés? Creo que lo más importante era pertenecer, como dice la propaganda de American Express, ¿viste? Formar parte de algo, de una estructura que era más grande que uno, más grande que cualquier cosa que alguien pudiera hacer. Ibamos a cambiar el país, viejo, íbamos a hacer la Justicia Social de una vez por todas. Me acuerdo las cosas que mi viejo me decía al principio. Que la lucha era el único camino, que al pueblo peronista no podían derrotarlo, que Perón nos iba a conducir a la felicidad, como quería Evita...

¿Te arrepentís?

Uff. Yo que se. A veces pienso lo distinto que hubiera sido si no hubiéramos hecho eso o lo otro. O si hubiéramos hecho eso y no lo otro (Se ríe). Pero no, no creo que esté arrepentido. Por ahí de alguna cosa puntual. Pero cuando te ponés a descular lo que pasó parece ser que era como inevitable. Eramos muy pibes, demasiado honestos. Hablábamos de tomar el poder, pero no sabíamos de verdad qué era el poder. Yo, por lo menos, pensaba que era el gobierno. Por eso nos

pusimos tan felices en el 73, ¿no? Creímos que con el Tío en el gobierno y el Viejo conduciendo ya estaba todo hecho. Las pelotas.

¿Pensás que nos usaron?

¿A quiénes? Nooo. Nosotros *queríamos* ser héroes. A nadie le pusieron la pistola en la cabeza para salir a hacer quilombo. La orga fue lo que nosotros permitimos que fuera.

¿No hubo un cambio después del golpe?

¿En la orga? Si, pero creo que ya bastante antes del golpe se veía venir. Decíme la verdad: después de la muerte del Viejo, ¿no pensamos acaso que la cosa iba a estar más clara? ¿que por fin no iba a haber nadie que pudiera discutir la conducción?

¿Qué pensás del Pepe? *

Trato de no pensar (Se ríe). No, de verdad, creo que el Pepe se volvió loco. ¿Qué edad tendría? ¿Veinticinco, veintiséis? ¿Te imaginás un tipo de veinticinco años con todo ese poder? ¿Con miles de compañeros dispuestos a morirse obedeciéndolo? Debe ser difícil. Si, creo que se volvió loco, y después no supo que hacer... cómo volver atrás. ¿Cómo se decía? Si, escapar para adelante. Creo que a partir del golpe todo fue así. Escapábamos para adelante, porque atrás no teníamos nada. Ya no había adónde ir.

(*) Cacho era aspirante montonero de territorio. Se proletarizó en el 74 y no terminó la secundaria. Trabaja en una fábrica, está casado con su segunda mujer y tiene tres hijos. Nunca estuvo preso. Su primera mujer era Laura, también aspirante montonera, cayó en un enfrentamiento en Avellaneda en 1977.

(**) Agrupación Nacional de Estudiantes Secundarios. Adoptó ese nombre durante la dictadura de Lanusse, con el peronismo proscripto. Fue reemplazada a partir del 73 por la UES (Unión de Estudiantes Secundarios) que respondía orgánicamente a Montoneros.

(***) Mario Eduardo Firmenich. Oficial Superior y Comandante de la organización. Número 1 de la Conducción Nacional Montonera.

Paréntesis 2: los especialistas y las corporaciones. *(charla con Joseph, de Cuba - 2000)*

A medida que se incrementa el conocimiento, la tecnología y la información, (asumiendo ésta como obviamente distinta del conocimiento) se ha generado una nueva especie a la que se denomina habitualmente "Especialistas". Son aquellos que han descartado -impulsados evidentemente por el entorno educacional- la absorción de conocimientos y/o valores generales, no por falta de tiempo o capacidad, sino simplemente por falta de interés. Conocí una vez un físico nuclear de unos treinta años (la edad que yo tenía por aquel entonces), con el que era prácticamente imposible hablar de nada que no fuera su especialidad. A él le importaban tres pepinos la literatura, el cine, el amor, la cultura, la gente, la sociedad, la historia, cualquier cosa, en fin, que no pudiera relacionar directamente con su materia. Se consideraba excelente en ella -y creo que efectivamente lo era-, pero nunca pudo descollar. Aparentemente a sus elucubraciones siempre les faltaba alguna cosa. Aunque este es sin duda un ejemplo extremo, diría que me parece que la sociedad se ha esforzado realmente en generar este tipo de ¿semipersonas? como coadyuvante a sus proyectos económicos de globalización. Me explico: en un mundo globalizado, con millones de individuos compartiendo los mismos problemas, se corre un serio riesgo de una toma de conciencia colectiva sobre las potenciales soluciones a esos problemas. La alternativa obvia es el aislamiento del individuo. Si este aislamiento no puede producirse naturalmente (televisión, radios, medios en general, viajes baratos) lo ideal es generarlo mentalmente. Bloquear toda posibilidad del individuo de relacionarse con los demás empáticamente. Pero esto daría como resultado un autista, un ser inservible e improductivo. Por tanto, se lo especializa hasta el punto de convertirlo en un obsesivo inaprensible para todo aquel que no comparte el solo y único tema de

su interés. Se obtiene así un semiser altamente productivo pero que jamás generará problemas, puesto que los que aquejan "a los demás" le resultan incomprensibles y, casi te diría, fútiles en comparación con sus especializados razonamientos. ¡Bingo!

El otro ítem que me parece destacable, Joseph, es el de las “Corporaciones”. Tiene que ver con lo que mencionabas acerca de los falsos médicos o profesionales incompetentes. Sin llegar a los falsos títulos, creo que en todos los países existe lo que en el mío llamamos "Colegios" de Abogados, Médicos, Escribanos, etc. Es curioso observar a estos profesionales cometiendo las cagadas más inverosímiles con la total seguridad de que serán defendidos, apoyados y exculpados por la corporación de sus pares. Estas corporaciones en realidad amparan la evidente disminución de la ética social individual, en la medida que el profesional ya no debe preocuparse por su praxis, sea ésta correcta o no. Será validado en la misma por un Jurado compuesto por sus colegas, que disculparán hasta sus estafas a los clientes, penalizándolas (caso que me consta: señora pobre pierde su casa a manos de su abogada, que la despoja) con UN MES de inhabilitación para ejercer la profesión.

Relacionando esto con lo de más arriba, diría que todo se centra en el "para qué". Para qué hacemos como individuos una u otra cosa es, creo, la base de una sociedad sana o una enferma.

Si el "para que" nos produce placer o ganancia, pero es simplemente una gratificación individual, el concepto globalizador del Estado ha triunfado en definitiva sobre el individuo en la medida que, por definición, si éste no puede sobrevivir aisladamente, está contribuyendo a la destrucción de la entidad que lo mantiene vivo y conciente.

El resultado posterior nos lleva al concepto de "semipersonas". Aunque inicialmente parezca y suene peyorativo, es en definitiva una valoración que nos cabe a todos. La disminución de la conciencia social (no me refiero a política, sino a comunidad) fenómeno ocurrente en todo el mundo en las últimas décadas, conlleva obligatoriamente el fraccionamiento en Sectas que

mencionabas. La ventaja que tenemos sobre las hormigas es la autoconciencia. Pero si ésta autoconciencia (y por consiguiente el sentido solidario de pertenencia al todo) se adormece sin desaparecer, no nos convertimos en hormigas (que en última instancia no guerrean en su propio hormiguero) sino en semipertenecientes, semipensantes; pasamos de ser integrantes completos de una especie para convertirnos en individuos aislados que, en el mejor de los casos, "semicolaboran" cuando es imprescindible.

Si el objetivo societario común no existe, debe existir como compensación uno grupal minoritario ya que, como decíamos, por definición el "Salvaje solitario" está condenado a la extinción. Ese objetivo sustituto exige su defensa frente a cualquiera que no lo comparta, por simple supervivencia.

¿Casualidad? No lo creo. Es más fácil el control de grupos pequeños y exaltados que de grandes masas cuya inercia es inconmensurable. Recordemos que el secreto para mover al mundo reside en la longitud del brazo de la palanca desde el punto de apoyo. Cuanto más corto (pequeño) el brazo, más pesado el mundo.

9

"Der Mann hat einen grossen Geist
Und ist so klein von Taten."

Hoy es 24 de marzo de 1976, de madrugada. Estoy en casa, y escucho por tele la clásica musiquita que, desde siempre, ha identificado los golpes de Estado en mi país. En la Casa de Gobierno, Isabel Perón acaba de subir al helicóptero que, como todas las noches, la traslada a la Residencia de Olivos. Al subir, el militar encargado del transporte le comunica que hay un cambio de rumbo. Ella no es más la presidenta, ha sido destituida por la Junta Militar que se ha hecho cargo del gobierno,

denominado "Proceso de Reorganización Nacional". Será trasladada al Messidor, en donde permanecerá detenida "a disposición del PEN".

No me toma de sorpresa. Desde hace meses, todos los argentinos esperamos un golpe que ha sido declamado y anunciado repetidamente. Pocos meses antes, un "ensayo" realizado por un brigadier (¿Pascual Capelleri o Capellini?) demostró claramente que en el pueblo no había voluntad de oposición a una intentona militar.

Además, los militantes de los partidos políticos de izquierda y de las organizaciones armadas (peronistas y/o marxistas) pensamos que ha llegado el momento de forzar la situación, y que el pueblo verá más claramente al enemigo si se produce el golpe. Desde enero, tanto el ERP como Montoneros prácticamente alientan la ruptura alegando que el gobierno de Isabel es insoportable.

Como es lógico, todos los combatientes y militantes encuadrados en Montoneros hemos adoptado hace ya bastante tiempo adecuadas medidas de seguridad. Esas que no tuvieron tiempo de adoptar los compañeros de superficie de la JUP (Juventud Universitaria Peronista) cuando, imprevistamente, el Pepe anunció públicamente en septiembre de 1974 que la Organización Montoneros volvía a la clandestinidad. Todos los compañeros de base de las universidades, de los colegios secundarios, de las fábricas, quedaron en esos momentos descolocados, desamparados y a merced de las Tres A (Alianza Anticomunista Argentina).

Esta noche, 24 de marzo, se convertirá en la peor de toda nuestra historia. Cientos de secuestros simultáneos de obreros, estudiantes, empleados, empresarios, políticos, gremialistas, inaugurarán una época de terror jamás imaginada. Las mismas organizaciones que supusieron el golpe como una "herramienta" para la toma de conciencia popular, lo soñaron como una repetición de la dictadura de Lanusse u Onganía. Dictaduras ya conocidas, "dictablandas" como las bautizara luego un periodista, contra las que sabíamos y podíamos luchar y vencer.

Los militares también habían aprendido. Y habían fortalecido esos conocimientos en Panamá, en la Escuela de las Américas; en Langford, sede de la CIA; en Chile, y en tantos otros lugares de “Entrenamiento Antisubversivo”.

Faltaba poco menos de un año para las nuevas elecciones. El partido radical (UCR) y el Justicialista habían mantenido reuniones secretas para tratar de evitar el golpe: “solicitaron” a Isabel que se hicieran elecciones anticipadas. Isabel se negó. Frente a la negativa, muchos dirigentes se prepararon para lo peor. Otros, se lavaron las manos. Otros comenzaron a aceitar los contactos con los militares para negociar lo que se pudiera. Así, fueron también muchos los dirigentes partidarios radicales, socialistas y algunos peronistas que ofrecieron a los militares su “colaboración desinteresada”.

Ya desde 1975 la infraestructura y la logística de la futura dictadura estaba en desarrollo. En lo que años más tarde se conocería como “El Pozo de Banfield”, al borde del Camino Negro, se hacían los ensayos previos para transformar una cárcel de encausados en un reducto de desaparecidos. Allí se pudrió en vida, por ejemplo, una jovencita de 21 años, que llamaremos Laura, y que fue detenida estando embarazada de dos meses.

Perdió su bebé a la segunda noche, luego de reiteradas violaciones y picanazos.

También su marido, Raúl, fue picaneado y violado por los guardias.

Meses más tarde, Laura estaba nuevamente embarazada, pero esta vez de alguno de sus captores, quienes continuaban violándola noche tras noche. Ella ya ni siquiera gritaba.

Tanto Laura como Raúl se habían “quebrado”. A los pocos días de tortura, delataron a todos sus compañeros. Laura preparaba la comida de los guardias. Raúl limpiaba, lavaba la ropa y, a veces, le permitían dormir con su mujer en alguna celda vacía. No sé que fue de ellos.

Creo que fue el 1 de mayo de 1974 cuando comenzó en verdad la debacle. Esa tarde, cuando miles de Montoneros en la Plaza de Mayo le gritamos a Perón: “Conforme General. Usted con los

traidores, nosotros a pelear" (En el Descamisado, la consigna varió a "Conformes los traidores...") se cerró un ciclo en el que la organización había acumulado poder y respeto por parte de la gente.

Me acuerdo de un viejo (para mí, en ese entonces. En realidad tendría unos 50 años) golpeando las columnas de la Catedral mientras lloraba y preguntaba: "¿Por qué el General nos hace esto?" Pero la verdad es que fuimos ese día a provocar a Perón. Demostrarle que la gente estaba con nosotros. Apretarlo.

Pero Perón no nos echó. Aunque insultamos a Isabel. Aunque nos cagamos en su orden de que sólo hubiera ese día banderas argentinas. Sí nos dijo "estúpidos" e "imberbes". Y nos fuimos. Y aunque el CdeO *(Comando de Organización),* la JPerra *(Juventud Peronista de la República Argentina)* y la JS *(Juventud Sindical)* intentaron llenar los claros, se notó. Pero ahí comenzamos a perder la lucha. Porque el Pepe no era Perón. Podíamos pensar que éramos experimentados. Podíamos creer que por haber estudiado a Marx, a Lenin, a Mao, a Von Clausewitz, a Engels, a Trotsky, sabíamos de política. Pero nuestro promedio de edad era 24 años.

Sin duda podía llamársenos imberbes. Y la realidad demostró que también seríamos estúpidos".

Sobre el peronismo.

(Resumen incompleto y de memoria para un amigo peruano. Argentinos pueden obviar, si desean).

A ver qué podemos decir, o mejor, cómo podemos explicar este asunto del peronismo.

En principio, deberíamos tomar en cuenta, creo, que el peronismo surge en Argentina como elemento popular revolucionario luego de una época en el país que se denominó "la década

infame". Ese período comenzó con el derrocamiento del entonces presidente constitucional de la Unión Cívica Radical (ahora lo llamarías socialdemócrata) Hipólito Yrigoyen.

Luego de varios años, la segunda guerra mundial y los reacomodamientos geopolíticos de ese entonces comenzaron a hacer flaquear el sustento (si lo tenía) del gobierno, y se produce en 1943 un golpe militar, generado por militares "nacionalistas" y en cierta medida antiimperialistas, que luego de un par de reemplazos, fueron encabezados por el General Edelmiro Farrell.

Farrell pone a cargo de la Secretaría de Trabajo y Previsión social a un Coronel joven, progresista, de nombre Juan Domingo Perón.

Este Coronel, que no tenía nada de lerdo, comienza a propulsar leyes netamente favorables a los trabajadores (tomadas en gran medida de los socialistas, con la diferencia de que éstos jamás pudieron ponerlas en práctica) y se convierte en el referente político de las fuerzas del trabajo, situación que se acrecienta porque Perón crea la CGT (Confederación General de Trabajadores) otorgándole mucho poder. La CGT pronto nuclea a la mayoría de los obreros, que hasta el momento estaban afiliados a los gremios comunistas o anarquistas (Federación Obrera Regional Argentina F.O.R.A.), que no habían demostrado gran capacidad organizativa luego de la debacle sufrida en los años '20.

Obviamente, esta actividad intensa por parte de Perón pronto preocupa a los militares (que eran nacionalistas pero no suicidas) y en octubre de 1945 Farrell destituye a Perón y lo encarcela en una isla que se encuentra en el Río de la Plata y se llama Martín García.

Los sindicatos, impulsados por la esposa de Perón, Eva Duarte (algunos afirman que en realidad el organizador de esto fue Cipriano Reyes), decretan paro general para el 17 de octubre. Sin embargo, los obreros superan esa directiva y además de abandonar las fábricas comienzan a movilizarse hacia la Plaza de Mayo, que es una inmensa plaza frente a la Casa de Gobierno argentina.

Cantando consignas, agitando banderas, a pie, en camiones, en ómnibus tomados, más de un millón de trabajadores llenan la Plaza de Mayo exigiendo la libertad del Coronel Perón.

Farrell y sus asesores, temiendo un desborde definitivo e irrevocable, mandan traer a Perón y le piden que hable a la gente y la calme. Este, conciente de que la balanza estaba a su favor, habla al pueblo desde un balcón de la Casa de Gobierno y, lejos de "calmarlos", les asegura que todas las conquistas sociales logradas se mantendrán "gracias al apoyo y la comprensión de Farrell". A éste no le queda otro remedio que avalar, reponer a Perón en su puesto y devolverle todo su "apoyo". Perón, al poco tiempo, se convierte en Ministro de Trabajo y acumula también la cartera de Ministro de Guerra. Podríamos decir que ese día, (17 de octubre de 1945) nace realmente el "peronismo".

En 1946, el gobierno militar, presionado por la realidad, llama a elecciones y Perón, que se presenta como candidato por el Partido Laborista, gana holgadamente.

Leyes laborales avanzadísimas para la época, (sábado inglés, vacaciones anuales obligatorias y pagas, aguinaldo, indemnización por despido injustificado, etc.) se convierten en la tortura de las patronales. No obstante, la "tercera posición" política que pregona Perón, manteniendo distancia de lo que denomina "los dos imperialismos" (norteamericano y soviético) le granjean la antipatía tanto de la oligarquía pro yanqui como de los partidos marxistas argentinos. Paradójicamente, mientras los oligarcas lo tildan de comunista, el Partido Comunista y el socialismo lo acusan de nazi.

Es más, si se piensa detenidamente, el peronismo podría haber desaparecido luego de la primera presidencia de Perón. Pero en 1952, cuando hay nuevas elecciones y demostrando su "inteligencia", los partidos Comunista y Socialista se alían a la Unión Cívica Radical y a los partidos de extrema derecha, constituyendo lo que se llamó la "Unión Democrática". Unico objetivo: derrocar al "tirano". Fueron derrotados nuevamente.

A partir de allí comenzó la declinación irreversible de la "izquierda" en Argentina, ya que el proletariado asumió para siempre que esos partidos supuestamente revolucionarios se habían aliado con la alta burguesía para derrotar al único que había respaldado los intereses populares.

En 1952 muere Eva Duarte de Perón. Criticada y odiada por las "señoras bien", mencionaré solamente que todas esas señoras tienen derecho a votar gracias a ella, que a patadas y puteadas obligó a los diputados a aprobar la Ley del Voto Femenino. Con esa muerte podemos ubicar el comienzo de la caída del segundo gobierno peronista. En 1955 se produce un golpe militar conducido por el General Lonardi y el Almirante Rojas, al que denominan "Revolución Libertadora". Perón es depuesto y se exilia. A partir de ese momento, está prohibido en Argentina, no sólo el Partido Peronista, sino hasta pronunciar el nombre del "tirano prófugo".

Se deroga la Constitución aprobada en 1949, que incluía los Derechos del Trabajador y de la Ancianidad. Se encarcela a los principales dirigentes obreros, se derogan las Leyes laborales.

El peronismo está proscripto "absoluta y definitivamente". En 1956, un General peronista, Juan José Valle, encabeza una insurrección que es rápidamente dominada gracias a la traición de algunos de sus subordinados. El General Aramburu, que había reemplazado a Lonardi en el poder, promete que no habrá "ni vencedores ni vencidos". El 9 de junio de 1956 Valle se entrega a cambio de la promesa de Aramburu de respetar la vida de los insurrectos. Todos son fusilados, incluidos un grupo de civiles que no habían participado y son llevados a un basural en la localidad de José León Suárez, provincia de Buenos Aires.

Allí los fusilan a todos, sobreviviendo tres de ellos a los que dan por muertos y que a partir de ese momento serán fervientes militantes peronistas.

El peronismo prohibido, perseguido, comienza a organizarse. Es el momento de la primera Resistencia peronista. En las casas, en todos los barrios, se multiplican clandestinamente las "Unidades Básicas". Panfletos que aparecen sorpresivamente en las fábricas, "caños" (bombas

rudimentarias hechas efectivamente con trozos de tubería), sabotaje industrial (azúcar en los motores de las maquinarias), manifestaciones relámpago, signan los años siguientes. En 1958 el gobierno militar, agotado, llama nuevamente a elecciones, pero no autoriza la presentación del peronismo. Ante eso, Perón indica votar al candidato más potable, Arturo Frondizi, quien se ha comprometido a legalizar nuevamente al peronismo en caso de ganar. Gana, pero no cumple.

La Resistencia continúa.

Y continuará durante 18 años. Cuando Frondizi está a punto de ser derrocado por los militares (otra vez sopa) asume provisoriamente un diputado de apellido Guido, que llama nuevamente a elecciones. En 1963 asume un radical, Arturo Illia, con el 20% de los votos, ya que la mayoría del peronismo vota en blanco (el voto en blanco sumó 26%).

Illia tampoco legaliza el peronismo. Seguimos proscriptos, Perón tiene prohibido regresar al país. No obstante, Illia, a su manera, es progresista y nacionalista. En 1966 intenta aprobar una Ley que limita el accionar monopólico de los laboratorios internacionales. Obviamente, es derrocado más rápido que volando.

Asume el gobierno el General Onganía. Mesiánico hasta el punto del ridículo, ingresa a la Feria anual de la Sociedad Rural en una carroza de la época de la Reina Victoria, adquirida al gobierno inglés. La represión se intensifica. Se detiene a la gente por "averiguación de antecedentes" que viene a ser "portación de cara sospechosa". Se produce la toma de facultades por los estudiantes, y son reprimidos duramente en lo que se llamó "La noche de los bastones largos" en alusión a los garrotes que utilizó la policía. En 1969, en Córdoba, (provincia mediterránea) los obreros de las fábricas Fiat Concord y Fiat Materfer hacen una huelga. Se solidarizan con ellos los trabajadores metalúrgicos, de la construcción y los estudiantes.

En una manifestación, es acribillado por la policía el obrero Santiago Mena. La movilización se convierte en combate. Paran solidariamente todos los gremios, todos los colegios y universidades,

todos los comercios cierran. El 29 de mayo la ciudad de Córdoba (un millón de habitantes) es tomada por la población, que pelea con piedras y molotovs (botellas incendiarias) contra la policía y el ejército. Durante tres días, los militares no pueden dominar a la gente. Se llamó “El Cordobazo”. Marcó el comienzo de la declinación de Onganía. Se suceden manifestaciones y protestas en todo el país. En Rosario, provincia de Santa Fe, la policía mata a un estudiante, de apellido Cabral. Resultado: “El Rosariazo”. El 29 de mayo de 1970, un grupo de desconocidos secuestra al que había sido presidente de facto de la Revolución Libertadora, el General Aramburu.

Un comunicado, que aparece en el baño de un bar de Buenos Aires, informa a los militares y a la población que un puñado de jóvenes peronistas, hartos de proscripción, represión y dictaduras militares ha decidido pasar a la lucha armada, y concretado como primera acción pública el "Operativo Pindapoy". Son los Montoneros, que se convertirían en la más importante de las “formaciones especiales” (organizaciones político-militares) que generará el peronismo proscripto. Aramburu es juzgado y fusilado en una quinta de la localidad de Timote, provincia de Buenos Aires. Comienza la segunda Resistencia.

El 30 de julio de 1970 las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) se estrenan copando el pueblo de Garín en la zona norte de la provincia de Buenos Aires. Es necesario mencionar aquí que ya en 1966 y 67 se habían producido otros conatos incipientes de guerrilla, pero rural: los Uturuncos (traducción: hombres tigre) y el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) -destinado a brindar apoyo a la incursión del Che en Bolivia-, conducido por el Comandante Segundo (Jorge Ricardo Masetti) que habían fracasado rotunda y rápidamente, y de los cuales quedaron muy pocos sobrevivientes. Y por otro lado, en 1965 el FRIP (Frente Revolucionario Indigenista Popular) conducido por Mario Roberto Santucho se fusiona con Palabra Obrera de Nahuel Moreno (socialistas), creando el partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Este grupo se divide luego en PRT La Verdad (donde se queda Nahuel Moreno) y PRT El Combatiente (donde se queda Santucho) y que después

se transformará en PRT-Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), organización guerrillera de ideología trotskista-guevarista.

Es imprescindible mencionar también a las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL). Las organizaciones, los sindicatos y el conjunto de los trabajadores levantan una consigna: El retorno de Perón y elecciones sin proscripciones. Renuncia Onganía (es renunciado por sus pares militares) y la dictadura "importa" de Estados Unidos a un General muy educado: Roberto Marcelo Levingston. Que a su vez (tal vez por demasiado educado), es depuesto rápidamente por otro General quien es realmente el que revuelve el estofado: Alejandro Agustín Lanusse.

Las organizaciones populares han crecido. La situación se vuelve incontenible para los militares. En 1972 Lanusse promete dar elecciones, pero pone una cláusula por la cual para poder ser candidato hay que estar en el país en determinada fecha. Es decir: Perón no puede ser candidato. El país se llena de pintadas (graffitis): "Luche y Vuelve"

De todas maneras, se burla Lanusse: "A Perón no le da el cuero".

En noviembre de 1972, Perón desembarca en el Aeropuerto Internacional de Ezeiza-Argentina. La consigna: "A Perón le sobra el cuero, como a todo Montonero". En la residencia de Perón, en la calle Gaspar Campos (Olivos, conurbano bonaerense), nadie puede dormir. Durante todo el día y toda la noche, decenas de miles de jóvenes cantan, corean consignas, baten los parches de los bombos peronistas: "Si Evita viviera, sería Montonera"; "Perón, Evita, la patria socialista"; "Aquí están, estos son, los soldados de Perón".

De todas maneras, y como la ley es la ley, Perón no puede ser candidato. Se hace una reunión con las principales fuerzas políticas y se acuerda que lo principal es el retorno a la democracia. En el restaurante Nino (Vicente López, provincia de Buenos Aires), como el Partido Peronista no existe

legalmente, se crea el Frente Justicialista de Liberación (FREJULI). Candidato: Héctor Cámpora, odontólogo, delegado de Perón durante parte de su exilio en Puerta de Hierro - España.

Lanusse, desesperado, inventa un partido militar "para pacificar el país" que denomina Gran Acuerdo Nacional (GAN) y pone de candidato a un empresario culto y refinado: Ezequiel Martínez. El slogan de campaña: "Ezequiel Martínez, el Presidente joven". Ni lerda ni perezosa, la imaginería popular le agrega inmediatamente: "y puto". Lanusse implementa el sistema de ballotagge: para ganar, hay que sacar mas del 50% de los votos. De lo contrario, una segunda vuelta. Imagina reeditar así una coalición de opositores a Perón como la Unión Democrática del 52.

El 11 de marzo de 1973, con la consigna "Cámpora al gobierno, Perón al poder", la democracia vuelve a Argentina. Cámpora, delegado de Perón, gana las elecciones con el 52%. No hay segunda vuelta. El peronismo es gobierno otra vez. Pero Perón está viejo. Tiene más de setenta años, y sufre graves enfermedades. "Un león herbívoro" lo denomina alguien.

. El 25 de Mayo asume Cámpora. El país es una fiesta. La casa de gobierno es tomada a presión por los cuadros (militantes) montoneros, que echan a patadas a los milicos. La Plaza de Mayo se llena de nuevo. La columna sur de Montoneros ingresa a la plaza por la Avenida Diagonal Norte, enarbolando la bandera argentina y la Estrella Federal. La ovación de decenas de miles de gargantas resuena inconmensurable. En el barrio de Devoto, donde se encuentra (se encontraba) la cárcel de la ciudad de Buenos Aires, miles de compañeros exigen la liberación de los militantes populares encarcelados por la dictadura. De urgencia, se reúne el Congreso Nacional. La Ley que se aprueba por unanimidad determina la inmediata libertad de los "combatientes populares".

Las puertas de Devoto se abren. Los compañeros salen. Hay disturbios. La policía reprime. Mueren baleados cuatro militantes. Inmediatamente, la prensa reaccionaria comienza a atacar al nuevo gobierno, acusándolo de "descontrol". Algo de cierto hay.

Las internas políticas se suceden. Los sectores "nacionalistas" del peronismo se oponen a esta "invasión de zurditos disfrazados de peronistas". Exigen que las "formaciones especiales" se disuelvan.

Por último, lo real es que el pueblo quiere que Perón sea el Presidente. Cámpora renuncia menos de tres meses después. Asume Raúl Lastiri, presidente de la Cámara de Diputados y convoca a elecciones. La Juventud Peronista (JP) que responde a Montoneros, propone la fórmula: Perón-Cámpora. Los sectores sindicales, apoyados por el entorno más reaccionario que está cercano a Perón contraoferta: Perón-Perón, aludiendo a la segunda esposa del General, María Estela Martínez de Perón (nom de guerre: Isabel). Esta es la variante que triunfa.

Nuevas elecciones: Perón gana con 7.381.249 votos sobre 12.077.422 votantes: el 61,85%.

"No hay segunda vuelta. El peronismo es gobierno otra vez. Pero Perón está viejo. Tiene más de setenta años, y sufre graves enfermedades. 'Un león herbívoro' lo denomina alguien."

Perón muere el 1 de julio de 1974. Isabel, su mujer, queda a cargo del gobierno, auxiliada por su secretario privado, mentalista, umbanda, ex-cabo y ahora Comisario General de la Policía Federal, José López Rega, quien de pronto es Ministro de Bienestar Social.

La guerra es inminente. La soberbia de la juventud militante, los excesos de la derecha sindical, los despropósitos económicos del gobierno, sumados a otros múltiples factores, aceleraron el desgaste. El 24 de marzo de 1976, el Teniente General Jorge Rafael Videla, el Almirante Emilio Eduardo Massera y el Brigadier Orlando Ramón Agosti encabezaron un golpe militar que se convertiría en la dictadura más sangrienta de la historia de mi país.

Pero esa, como se dice en los cuentos, es otra historia.

Reflexión sobre la guerra (mails con Lucía, 1999)

Lucía: Quiero comenzar planteando mi posición personal con respecto a esto. Será subjetiva, porque como participante, no quiero ni puedo ser objetivo.

En primer lugar, amiga, nadie puede "prohibirte" analizar/revisar la historia. Ocurre, creo, que para mucha gente, por culpa, egoísmo o indiferencia, resultó más cómodo tratar de olvidar. Si lo pensás bien, a la mayoría de nuestro pueblo lo ocurrido le importa un carajo. Y no creo que algunas escuálidas manifestaciones modifiquen esa realidad.

No "nos" tratan como infantes, Lucía. Mucha gente **quiere** ser tratada así. Y que los problemas los resuelvan otros. Sí creo que la manera de crecer es hacerse responsable, no de la historia, sino de la participación (o no) de uno en la misma.

No acuerdo en que no hubo guerra. Sí la hubo, aunque muchos de los que hoy hablan sin haber participado y algunos pocos de los que sí, lo nieguen. Te cuento: no hay declaraciones de guerra, ni códigos, ni honor, en estos temas. Esas cosas dejaron de utilizarse luego de la Primera Guerra Mundial.

La Convención de Ginebra no se ha respetado jamás en la lucha entre países. Pretender que se respetara en una guerra civil (que fue lo que se intentó) sería absurdo. No me malentiendas, Lucía. Sí hubo abusos, crímenes espantosos, torturas, etc. Pero no eran 'excesos'. Hubo un plan premeditado, que fue el exterminio de todos aquellos que pensábamos en cambiar el sistema. Pero, si quiero ser honesto, también hubo un plan premeditado por nuestro lado: el exterminio de todos aquellos a los que considerábamos explotadores, asesinos, vende patrias. Los métodos... ah, si, eso fue diferente.

Nada pasó sin que la gente se diera cuenta. Un cuñado que tuve una vez me dijo: 'sabés, yo me entero ahora (1983) de todo lo que pasó'. Es mentira, Lucía. Casi todos se dieron cuenta **mientras**

pasaba (salvo los que vivían en un frasco de mayonesa). Y la mayoría miró para otro lado. De esa época se retomó la frase "yo, argentino" para simbolizar que no se era responsable de nada. Muchos de los que hoy protestan contra los "milicos asesinos" (que lo fueron, sin duda), pensaron seriamente en poner en sus coches las calcomanías de "derechos y humanos" que repartía la dictadura. Los auxilios del Automóvil Club Argentino (institución civil y privada) servían de "buchones" para los patrulleros y los Falcon verdes.

Hubo guerra porque hubo dos bandos en pugna, armados, que se enfrentaban sobre un territorio. Que la guerra fue desigual, que las diferencias de armamento eran abrumadoras, que un sector utilizó métodos aberrantes para definir el resultado... bien. Pero en todo caso eso no invalida el concepto. Lo que indica es que uno de los bandos (el nuestro) no tenía la menor noción de lo que era una guerra, que la soberbia y la estupidez nos cegaron hasta el punto de considerar que cuanto más "heroicos" fuéramos, más simpatía y apoyo despertaríamos en la gente. Lo que despertamos fue incomprensión y temor. Ojo, que no me refiero a la época 1969/1974, donde todo era aplausos para "los muchachos". Me refiero al momento en que las papas quemaron, y los mismos que aplaudían comenzaron a reclamar a los milicos "para que ordenen el país".

¿Sabés, Lucía? No hay ninguna posibilidad de un golpe militar en ningún país si una considerable (muy considerable) porción de la población no lo apoya. Es decir: que mi posición es que la dictadura vino porque una enorme parte del pueblo argentino la reclamaba.

Que esto tuvo que ver con una política internacional que tenía por objetivo destruir definitivamente todos los movimientos revolucionarios y/o progresistas en América Latina.

Que ese plan estratégico se llevó a cabo con la anuencia, asistencia y apoyo financiero de los Estados Unidos, que no podían permitirse otro frente de lucha además del de la guerra fría y el medio Oriente.

Que los dirigentes y cuadros de los movimientos revolucionarios no tomamos en cuenta esa realidad (aunque la estudiamos, te juro) y decidimos que "el pueblo irrevocablemente ganaría, porque la historia así lo determinaba".

Que esta equivocación irreparable, si bien no nos hace igual de culpables, si nos hace corresponsables del desastre posterior.

Planteado esto que, reitero, es mi posición personal, podemos comenzar a evaluar la realidad de esos años. Pero, ojo: una vez que nos larguemos, los estómagos delicados deberán aguantarse.

Si la verdad de lo ocurrido es importante, entonces es imprescindible la verdad **completa**. No solamente las huevadas de Hebe de Bonafini, ni las de Alfonsín, ni las de las organizaciones de derechos humanos, ni siquiera las de la Comisión del Nunca Más.

Sí hubo una guerra.

No sólo militar. Ideológica, política, económica. Una guerra en la que – hasta mucho después- no tomaron partido ni Sábato, ni Magdalena Ruiz Guiñazú, ni la APDH.

Un exterminio y aniquilación que no se llevó a cabo solamente en las calles de las ciudades, en los enfrentamientos, sino en los pozos y las cuevas.

En las comisarías de pueblo, en las casas miserables de las villas. En los medios de comunicación. En los sótanos de muchas empresas multinacionales, en escuelas, en quintas de empresarios, en yates de fin de semana.

El 24 de marzo de 1976, en realidad nada comenzó, salvo un final preanunciado. Pero... ¡qué final! Fueron, tal vez, los años más largos de mi vida. En ciertos aspectos, también los más intensos, los más.... ¿como decirlo?... interesantes. Terribles y admirables. Espantosos y hermosos al mismo tiempo.

Extremos de solidaridad, compasión y heroísmo junto con traiciones deleznables y bajezas imposibles de creer.

En fin, una época brillante y oscura a la vez.

A mí me cambió.

10

Es el verano de 1974/75. Domingo. En el barrio Pintemar, de Ezpeleta, jugamos un partido de fútbol, la Agrupación de JP contra amigos de la villa que está detrás del barrio, y en la que hay otra Agrupación que conduce Rulos, uno de los compañeros que pertenecen a mi estructura de milicias.
Es de mañana, y después toca ir a misa de once. Perdemos, como de costumbre -parece que los militantes no somos buenos jugadores-, y mientras el papá de Jorge prepara el asado, nos vamos todos para la capilla. En realidad, la mayoría de nosotros no somos religiosos. Algunos, apenas cristianos, otros ni siquiera creemos. Pero la capilla la maneja el Padre Pedro, sacerdote Tercermundista, de la Teología de la Liberación. Se juntan en la capilla casi trescientas personas todos los domingos. Con el Padre nos reunimos los sábados, para decidir el tema del sermón. Este domingo se hablará del compromiso con los pobres. De la indiferencia. De la obligación de compartir y de ayudar a que las cosas cambien.
Por supuesto que no hay “señoras gordas” en la capilla. No sólo porque nadie de dinero viviría aquí, sino porque las misas del padre Pedro no son para señoras gordas.
Cuando alguno de los muchachos se decide a militar después de uno de los sermones, lo toma Pablito, ex-seminarista, que discute con él las contradicciones entre el pensamiento cristiano y la lucha armada.
El Padre Pedro trabajó con Carlos Mugica, el sacerdote de la villa de Retiro, en la Capital. Se separó del grupo de Mugica porque Carlos, a pesar de apoyar a la organización desde los tiempos en que Mario Firmenich, Fernando Abal Medina y Gustavo Ramus estudiaban en el Colegio Nacional Buenos Aires, nunca pudo aceptar la violencia como método de lucha.

Con el padre Pedro no hay problema. Inclusive ha salido a veces con nosotros a hacer alguna pintada, y una vez tuvo que tomar parte en un tiroteo. Lo hizo bien.

El padre Pedro dejará los hábitos, se integrará a la organización, y será desaparecido en 1976 -luego de recorrer tres centros de concentración- en Automotores Orletti, en Capital Federal. No cantó.

La jerarquía de la Iglesia Católica nunca pudo soportar a los Sacerdotes por el Tercer Mundo. El Obispo Castrense, Monseñor Bonamín, despotricaba en sus sermones contra los "renegados" de la iglesia. Pío Laghi, de quien después se dijo que "ayudó" a que detenidos desaparecidos recobraran la libertad, mantuvo un imperturbable silencio.

En general, los sacerdotes de mayor nivel de la Iglesia colaboraron con los militares durante toda la dictadura militar. Denunciaron, se negaron a interceder ante el pedido de madres y padres de desaparecidos y hasta un Arzobispo visitó de incógnito la Escuela de Mecánica de la Armada, especialmente invitado por el Almirante Massera. Allí dio su santificada mano a besar a los secuestrados y torturados. Los reconvino dulcemente por sus pecados contra el orden, la moral y las buenas costumbres, y los incitó a "contar todo lo que saben, para poder sobrevivir, ya que no hay mayor pecado que la soberbia, y los montoneros a los que protegen con su silencio son delincuentes que merecen el peor de los castigos."

1975. En lo que después sería conocido como el "pozo" de Banfield, los torturados esperaban las tres de la mañana con ansia. A esa hora, los guardias, cansados, abandonaban su divertimento preferido. Si hasta las tres no te tocaba, esa noche dormías.

Pero a veces, pocas, un poco antes de la madrugada se escuchaban crujidos de puertas. Pasos pesados, que en la oscuridad de las celdas sin bombillas parecían más duros, más premeditados. Y de golpe una puerta de acero batía contra la pared. Un fantasma blanco, seguido por uno negro, se introducía en el cubo de cemento, acompañados de un uniforme verde oliva que dirigía la linterna

hacia los ojos del detenido. El fantasma blanco –amablemente- trataba de convencer al compañero de que se despegara de la pared, donde temblaba, mitad por frío. "No se asuste, soy Juez de la Nación. Vine acompañado por el Padre para que me diga si lo tratan bien. ¿Tiene alguna queja?" Obviamente, jamás hubo alguna.

Del pozo de Banfield, un año después, desapareció Clarita. Tenía 19 años, y era miliciana montonera. Fue detenida en la casa de su novio, donde encontraron un mimeógrafo y tres mil "partes de guerra". La violaron en la sub-comisaría de Ranelagh (en 1975) donde Pablito, Tobi y yo fuimos "interrogados" por el ejército, antes del traslado al pozo.

Por la presión hecha a un Juez, -entre otras cosas- y porque todavía existía aunque fuera un remedo de legalidad, nos "blanquean" a los tres. La policía de provincia reconoce donde estamos.

Mi mujer ya está embarazada de 9 meses. En Banfield, el comisario a cargo (será acribillado meses más tarde en una parrilla de Villa Domínico) le dice: "¿Así que se lo lleva? La felicito, la felicito. Pero sería bueno que se fueran del país, ¿sabe señora? Y no me mienta que no tienen nada que ver. Eso no es importante. Esta es una guerra. Ustedes nos matan a nosotros, y nosotros los matamos a ustedes. Los que queden, ganan. Vaya, m'hija, y cuide ese bebé. ¿Cuánto le falta?"

Paréntesis: La Olla del Duende

Resulta que en mi casa hay, colgando de unas cadenitas (tres) en la pared, una olla pequeña, de cobre y bronce batido (golpeado) en la que vive (supuestamente) un duende. Esta ollita adorna -es un decir- las paredes de las casas en las que ha vivido mi familia desde hace mucho tiempo. Me la traspasó mi padre, y a él su padre, y a él (según se cuenta) el suyo, cuando vino de España en un barco. Quiero aclarar que la olla tiene tapa, también de bronce, y está sellada con tres cuajarones de lacre -creo que es lacre- rojo. En uno de los cuajarones se distingue una especie de sello impreso, donde parece haber un dibujo con rayas que se entrecruzan, como paralelos y

meridianos, y abajo de estas una forma -bastante informe, por cierto- que no he podido relacionar con nada. Por supuesto que no tengo la menor idea si todo esto fue una invención de mi viejo, pero lo real es que, cuando le pregunté sobre el asunto, me contó lo que sigue:

Que la olla en cuestión le fue trasladada por su padre (mi abuelo, al que no conocí), con la "absurda" (sic) teoría de que en ella vive el Duende de la familia. Que él recordaba haber visto esa olla desde que tenía memoria, en la vieja casona de La Plata, colgada en un rincón del comedor, y que siempre se dijo que pasaría a su hermano mayor (único otro varón de todos los hermanos) cuando se casara, o cuando el abuelo muriera. Pero el asunto es que mi tío se murió en un accidente antes que el abuelo, y entonces cuando mi papá se casó le tocó la olla. Que su padre le juró que la había recibido del suyo (mi bisabuelo) y que efectivamente contenía el duende familiar. Les cuento que mi viejo era (falleció) abogado, y bastante escéptico. No obstante, el abuelo afirmaba que siendo el bisabuelo un chico, de unos diez años, vivía todavía en España, y desafiando la prohibición de siquiera tocar la olla (en casa siempre se le pasó un plumero, suavemente y muy de tanto en tanto) la descolgó de las cadenas para mirarla mejor y se le cayó, rompiéndose uno de los sellos. Parece ser que el duende se salió, "muy enojado" y se escondió hasta que regresó su padre (a esta altura creo que estoy hablando del tatarabuelo, hasta yo me confundo) quien se puso a convencer al duende de que no se fuera (antes le dio a su hijo la paliza de su vida). Según la historia, apaciguar al duende le llevó más de tres meses, y dicen que fue uno de los peores momentos de la familia, que pasaron las cosas más espantosas, inclusive la muerte sorpresiva de una hermana menor del bisabuelo, la pérdida de una cosecha, etc. La información agrega que el ¿tatarabuelo? tuvo que viajar a no sé qué pueblo perdido en el medio de Galicia (luego de amigarse con el duende, supongo) para que un señor -del que la historia no registra nada- repusiera el sello roto que, por suerte, no era el que tenía (tiene) el símbolo grabado.

A partir de allí, si vamos a creerle a mi padre, la olla no volvió a abrirse nunca. Por supuesto, cuando me trasmitió todo esto, lo hizo con muchas sonrisas, ironías y burlas, dando a entender que jamás un tipo inteligente como él podría creer semejantes estupideces. Por supuesto, yo me reí con él, y no volvimos a hablar del tema. Sin embargo, por lo que me consta, él nunca abrió la olla, y cuando me la pasó (ya que me casé antes que mi hermano mayor), también con sonrisas e ironías me dijo: “Arregláte. Ahora el problema es tuyo”. Mi hermano mayor no ha tenido hijos (a decir verdad, sus sucesivas “esposas” ni siquiera han logrado hacerle firmar nunca ningún papel) ni piensa tenerlos, por lo que la olla cayó directamente sobre mi cabeza.

Y aquí viene el tema: tengo desde hace tres años un hijo varón, y hace unos días tomé conciencia de que a más tardar dentro de tres o cuatro años comenzará a preguntar de que juega la famosa ollita. ¿Y qué le digo? Si le cuento la historia como viene, voy a sentir que estoy inculcándole tradiciones mágicas y fantasías increíbles que, realmente, en esta época... Pero si le digo que la historia es falsa, va a querer sin dudas abrir la olla para ver qué hay adentro. ¿Y si no hay nada? ¿Querrá decir que durante no sé cuántos años todos los Pater Familiae hablaron huevadas y trasmitieron estupideces a sus hijos? ¿Y por qué lo hicieron? Pero... ¿y si hay “algo”? ¿Y si pese a toda la lógica, la racionalidad, y etcéteras varios, rompo algo que no debiera romper? ¿Cómo le traspaso a mi hijo la pelota? Mi viejo se sacó de encima la cosa burlándose. Pero no abrió la olla. Y me la pasó burlándose. Pero no me dijo que la abriera yo.

¿Tienen algún buen consejo para darme?

11

¿Cuál es la idea de esterilizar la aguja

para ponerle a un condenado a muerte una inyección letal?

Estamos en 1976. Los porcentajes de “caídas” son espeluznantes. Todos los días hay allanamientos. Todos los días aparecen compañeros muertos en “enfrentamientos”, que estaban desaparecidos hace meses. Los “perejiles”, los militantes de menor nivel, son directamente asesinados luego de la tortura. Los oficiales, por el contrario, son torturados con el objetivo de “quebrarlos” y que denuncien a sus estructuras. La mayoría se quiebran, salen a 'marcar' compañeros por la calle. En mi zona, a la que llaman “El Fortín” todavía nos mantenemos enteros. No hemos perdido a nadie.

Por las noches, el fortín es tierra neutra. Patrulla la policía, y patrullamos nosotros.

El comisario de la zona me manda un mensaje: “No quiero líos. Afuera del distrito, hagan lo que quieran. Adentro, nadie se mete con nadie”. Es un buen arreglo. Pero la orga quiere aprovechar la bolada, y el distrito comienza a convertirse en el almacén, depósito de armas y “lugar seguro” de la Columna Sur.

Ridículo: Jugando al fútbol, pierdo los documentos. Quince días más tarde, la mamá de Juan me los trae: “Me los dio el Comisario, Inglés. Dice que no hay problema, pero seguro que los pasó.”

Meses después: Traslado a la Capital. Empiezo a ver cosas raras. La Columna Norte, Rosario y La Plata cuestionan a la Conducción. Los militantes pedimos Congreso para discutir la línea. El Pepe Chico (Carlos Bayón) me cuenta lo que el Pepe Firmenich contesta: “Es imposible hacer un Congreso por razones de seguridad. Haremos una votación. Votarán sólo de oficial para arriba, por la “línea 1” (la oficial) o por la “línea 2” (opositora). Si gana la línea 2, seguirá todo como está hasta el año que viene, cuando veremos si las condiciones dan para un Congreso. Si gana la línea 1, los oficiales que hayan votado por la oposición serán despromovidos y enviados al interior”.

En el interior del país, los compañeros iban a ser moscas en la leche.

Obviamente, gana la línea 1. Pepe (no Firmenich, sino “el Pepe chico” mi jefe), me dice: “Me mandan a Córdoba. No creo que vuelva. Cuidáte.” Nos abrazamos, pero poquito (no vaya a ser que

los demás crean que somos maricones). Una semana más tarde, me llama a un teléfono seguro: “Era como pensaba. Estuve cuatro días durmiendo en la calle. Me fallaron todas las citas. Por suerte, encontré a un cumpa que me enganchó con la Secretaría de la Regional”

La Regional, si bien había apoyado la línea oficial, protestó duramente contra el traslado de compañeros: “Los mandan a morir”.

El mes siguiente, la totalidad de la Conducción Regional cae en enfrentamiento en una casa absolutamente segura. Carlos Bayón (el Pepe chico) muere acribillado y es el único cadáver no identificado por los milicos.

Insólito: El Loco Galimba, uno de los jefes de la Columna Norte, que había sido un opositor furioso, cambia de opinión. Posteriormente, las Columnas Norte, Sur, La Plata y la Regional Rosario fueron diezmadas.

En el Area Federal, la disciplina es férrea. “Lucy” (Mercedes Carazo) putea contra los “traidores” que cantan a sus compañeros. Tiempo después, cuando ella y “Barbarella” (Ana Dvatman) sean detenidas y llevadas a la ESMA, seguirán el triste ejemplo de la “Coca” Marta Bazán, (oficial segunda) que terminó casada con el Almirante Chamorro: ambas serán amantes de sus torturadores. Lucy, además, vivió varios años en Francia con el “Rata” Pernía, oficial naval que se hizo cargo de darle el tiro de gracia a su propio marido, el “Monra” (Marcelo Kurlat). Y ella lo sabía.

Paréntesis: Chile-1998

"Hoy es 11 de septiembre. Hace 25 (¿ya?) años caía en manos de los militares chilenos el Palacio de la Moneda, sede del Gobierno. Caía también, junto con las puertas de su despacho privado, el Presidente Constitucional, Salvador Allende.

Las puertas fueron devueltas a su posición original.

Pocos meses antes en Buenos Aires tuve, junto a otros varios muchachos de mi edad, el orgullo de conocer al compañero Salvador y al compañero Dorticós, entonces presidente de Cuba. Fue en ocasión de la asunción del gobierno peronista, luego de finalizada la dictadura militar del General Lanusse.

Desde el Hotel Plaza, ubicado en pleno centro de Buenos Aires, en Santa Fé y la peatonal Florida, ambos presidentes -el chileno y el cubano- debían trasladarse, primero a la Casa de Gobierno en Plaza de Mayo, y luego al Congreso Nacional. Insólitamente, los dos decidieron despreciar los automóviles y las custodias oficiales. Era una hermosa mañana de otoño, y no hay nada mejor -es sabido- que caminar por la peatonal Florida en una mañana de otoño de Buenos Aires. Así nos fuimos. Ellos dos, uno al lado del otro, conversando y saludando a la gente. Yo, mocoso (¡tan joven!) entre otros muchos, caminando deslumbrado a su derecha.

Hoy es 11 de septiembre. Hace exactamente 25 años yo caminaba con mi primera esposa por la Calle Corrientes, también en Buenos Aires. Eran, creo, las 5 de la tarde. Una bellísima tarde de casi primavera. Frente a la disquería que en ese entonces estaba al borde de la Galería del cine Arte nos paramos a escuchar (¿casualidad?) la Cantata de Santa María de Iquique, por el conjunto chileno Quilapayún. En un instante, las flautas se transformaron en la voz de un locutor que por una radio ignota anunciaba: las tropas tomaron la Casa de la Moneda. El presidente de Chile, Salvador Allende, está muerto.

Puedo contar sin vergüenza que allí nos sentamos a llorar.

¿Desgracia anunciada? ¿Errores? No me importó, ni me importa. Me han ofrecido después -tal vez leyenda- la imagen del compañero Salvador, con su ametralladora, parapetado detrás de su escritorio, jurando que no saldría con vida. Y cumpliendo.

¿Desgracia anunciada? Es posible. Recuerdo un año antes (¿o fueron dos?) a Fidel visitando el milagro del socialismo en paz. Recuerdo al Comandante en su uniforme de combate. Recuerdo también su comentario escéptico.

Previniendo… previniendo.

Los dueños de las minas no son tontos.

Así narraba la Cantata de Santa María de Iquique:

"**Si contemplan la pampa y sus rincones,**

verán las sequedades del silencio.

El suelo sin milagros y oficinas vacías

como el último desierto.

Y si observan la pampa como fuera

en tiempos de la industria del salitre,

verán a la mujer y al fogón mustio,

al obrero sin cara, al niño triste.

También verán su casa como fuera,

la vela que alumbraba su carencia.

Algunas calaminas por paredes

y por lecho, los sacos, y la tierra.

También verán castigos humillantes:

el cepo en el que ataban al obrero

por días y por días frente al sol.

Qué importa si al final, se iba muriendo!

La culpa del obrero, muchas veces,

Era el dolor altivo que mostraba.

Rebelión impotente, una insolencia:

La ley del patrón rico es ley sagrada.

También verán el pago que les daban:

dinero no veían. Sólo fichas.

Una por cada día trabajado,

y ésta era cambiada por comida.

¡Cuidado con comprar en otras partes!

De ninguna manera se podía

aunque las cosas fuesen más baratas.

Lo había prohibido La Oficina.

El poder comprador de aquella ficha

había ido bajando con el tiempo.

Pero el mismo jornal seguían pagando.

Ni por nada del mundo un aumento.

Si contemplan la pampa y sus rincones

verán las sequedades del silencio.

Y si observan la pampa y la imaginan,

escucharán, desgarrados, los lamentos.”

En 1907, en la Escuela Santa María de la localidad de Iquique, fueron amontonados los obreros de los salares, que “bajaron” en masa para pedir mejores condiciones de vida. Bajaron con sus mujeres, con sus hijos. Bajaron confiados.

“Vamos mujer,

partamos a la ciudad

todo será

distinto no hay que dudar,

no hay que dudar,

confía, ya vas a ver,

porque en Iquique

todos van a entender.”

“El sitio al que los llevaron era una escuela vacía. Y la escuela se llamaba Santa María. Dejaron a los obreros. Los dejaron con sonrisas. Que esperaran, les dijeron, sólo unos días. Los obreros esperaron. No les faltaba paciencia, ya que habían esperado la vida entera.”

Como siempre, llegaron los generales. Negaron, amenazaron, exigieron. La Cantata cuenta:

"...levantóse el Rucio, obrero ardiente, y dijo sin vacilar, con voz valiente: ‘Mi General, usted no nos comprende. Seguiremos esperando, así nos cueste. Ya no somos animales, ya no rebaños. Levantaremos la mano, el puño en alto. Vamos a dar nuevas fuerzas con nuestro ejemplo, y el futuro lo sabrá, se lo prometo’. El general que lo escucha no ha vacilado. Con rabia y gesto altanero le ha disparado. Y ese disparo es orden para matanza. Y allí comenzó el infierno con las descargas”

“Murieron 3.600 uno tras otro.

3.600 mataron uno tras otro.

La escuela Santa María vio sangre obrera.

La sangre que conocía sólo miseria.

3600 miradas que se apagaron.

3600 obreros asesinados."

En 1971, el conjunto Quilapayún recordaba con la Cantata el asesinato en masa de los obreros de los salares, de sus mujeres, de sus hijos:

"no hay que nacer, hijito, es peligroso nacer, hijito"

Y terminaba de esta manera:

"Ustedes que ya escucharon,

la historia que se contó,

no sigan allí sentados,

pensando que ya pasó.

No basta sólo el recuerdo,

el canto no bastará

no basta sólo el lamento,

miremos la realidad:

Quizás mañana o pasado,

o bien en un tiempo más,

la historia que han escuchado,

de nuevo sucederá.

Es Chile un país tan largo,

mil cosas pueden pasar,

si es que no nos preparamos,

resueltos para luchar.

Tenemos razones puras,

tenemos por qué pelear,

tenemos las manos duras,

tenemos con qué ganar.

Unámonos como hermanos,

que nadie nos vencerá

Si quieren esclavizarnos,

jamás lo podrán lograr.

La tierra será de todos,

también será nuestro el mar.

Justicia habrá para todos,

y habrá también libertad.

Luchemos por los derechos,

que todos deben tener,

luchemos por lo que es nuestro

de nadie más ha de ser.

Unámonos como hermanos,

que nadie nos vencerá

Si quieren esclavizarnos,

jamás lo podrán lograr".

Hoy es 11 de septiembre. Han pasado 25 años. En Santiago de Chile, en el Estadio Nacional, se agolpaban miles de hombres, mujeres y hasta niños, acusados de subversión y terrorismo por el General Pinochet. Entre ellos, entre los llantos, entre los gritos y las torturas, estaba Víctor. Cantante, "tocautor" de protesta. Y cantaba mal, cierto. Pero sus manos eran mágicas. Alguien, quiero fantasear que algún guardia aterrado y horrorizado, había deslizado una guitarra dentro del estadio.

Y las manos mágicas desgranaron canciones, que competían con los gritos, que acallaban los llantos, que suplían el hambre y el dolor. Alguien, estoy seguro que un ínfimo Coronel ya olvidado, borracho y soñoliento, dio por fin la orden: "Que ese Jara no toque más". Y alguien, no importa quién haya sido, le machacó las manos. "A pulpa, le quedaron" (me contó después un viejo amigo). No sé si lo atendieron. Sé que murió en ese estadio. Como murieron miles. Ni más, ni menos.

PS: los poemas y frases encomillados y en negrita pertenecen a la Cantata de Santa María de Iquique, del conjunto "Quilapayún". Puede haber algunas fallas de memoria, pero estoy seguro de que en general es bastante exacto.

Paréntesis: ¿en que medida influyen los medios de comunicación en nuestras "originales" opiniones?

Claro, cuando puse la frase pensaba precisamente en Pinochet.

Es curioso que los mismos medios periodísticos que durante las dictaduras no se cansan de alabar a los dictadores (el ejemplo más vergonzoso en Argentina fueron las revistas Gente y para Ti), al llegar las democracias se conviertan en los más grandes difusores de fe democrática y, en esta etapa, globalizadora.

Y es curioso también, que las gentes en general respondan tan exactamente a esas directivas. En general, los mismos que durante la dictadura decían "¿se lo llevaron? por algo será..." son los que hoy se manifiestan más profundamente democráticos y anti dictatoriales. La excusa más práctica es suponer que como fueron "engañados" ahora se sienten ofendidos y por lo tanto reaccionan. Pero la pena es que no es cierto. No reaccionan nada. Se limitan a hablar de lo "terrible" que fue esa época en la que miraron las nubes de Ubeda mientras nuestros pueblos se desangraban.

Los medios de comunicación, salvo honrosas excepciones, no son otra cosa, a mi (escaso) juicio, que los portavoces del mensaje temporal necesario para el poder. Una empresa que vive del comercio de la información no es, en definitiva, otra cosa que un gran almacén de palabras meditadas para producir en el consumidor un efecto de verdad revelada. Es divertido escuchar a veces a personas "cultas" repetir ingenuamente las barbaridades mas increíbles y rechazar los cuestionamientos afirmando seriamente: "lo dijo la radio"; "pero si lo escuché en el noticiero"; "lo leí hoy mismo en el diario". Y suponer que esa sola explicación basta y sobra para anular cualquier orden de razonamiento lógico que demuestre la imposibilidad del enunciado mediático.

De igual manera, cae en las redes del periodismo venal cualquier hijo de vecino con ansias progresistas que no alcance a discernir que el Gran Juego continúa, y que en definitiva sigue siendo una cuestión de poder. Y no hay ningún sector que tenga tan claro el asunto del poder como los medios de comunicación.

Pobre Pinochet. Ni siquiera él pudo comprender en su soberbia que solo forma parte minúscula del enorme partido de ajedrez que los gigantes disputan desde el comienzo de la historia. Pero, casualmente, tampoco Videla pudo comprenderlo. ¿Será que nuestros dictadores, sus aliados, adláteres y vasallos y, por el otro lado, sus detractores, los progresistas posmodernos, los intelectuales cafeinómanos, los vegetarianos ecosistémicos, sólo tienen neuronas para jugar al tatetí?

Y que conste que no hablo aquí de los que luchan. Ellos entenderán.

12

Arroyos de plata descienden por el tabique izquierdo.

El ruiseñor ha callado.

En la piedra fría he grabado un hai-ku.

Mi sombra vacila sobre la arena del jardín.

Me contaban: “Yo venía del fascismo, no militante, pero el fascismo. Cuando entré a la Facultad a estudiar periodismo, obviamente empecé a militar en serio en un grupo contra el (examen de) ingreso. La efervescencia de la época era mucha y, cuando la cosa creció, llegamos inclusive a plantearnos hacer un Congreso panamericano de estudiantes de periodismo. Ahí se nos vino la crisis, porque como éramos de derecha, el congreso lo podía bancar económicamente una multinacional, pero nos exigieron dejar afuera a Cuba. (risas)

Y bueno, nosotros éramos fascistas consecuentes: ¿quién carajo eran estos yanquis de mierda para decirnos a quién podíamos invitar y a quién no?

El grupo se rompió allí, algunos siguieron en la facultad y se hicieron profesionales, otros se fueron al ERP y otros nos fuimos radicalizando.

En ese momento yo tenía mucho que pensar sobre lo que quería de mi vida, y me fui de mochilero por Sudamérica. Cuando volví, empecé a charlar con la FAR, que era un pequeño grupo que se había formado originariamente para apoyar al CHE en Bolivia y que iban a formar el 'ELENA' * y que habían quedado en bolas y a los gritos. Bueno, ellos se estaban peronizando y aunque teníamos diferencias sobre el rol de Perón me empecé a integrar. Hay que pensar que aunque por un lado había un gran crecimiento - en el interior se habían dado el Cordobazo y el Rosariazo- en la capital

no era tan así. Era rara la agrupación con más de 15 miembros activos. La edad promedio era entre los 18 y los 23 años. Claro que esto era en la facultad, en 1971. No era que en las orgas no hubiese gente de más edad, pero no eran conducción. En los grupos políticos, la gente joven es obviamente la más activa, la más desprendida. Lo que hubo fue una generación que se hizo cargo del vacío generado en los '60. Las orgas, entonces, eran gente muy joven a la que se suman cuadros de más edad, que les aportan experiencia, etc. Pero no eran la conducción.

Y después estaba el tema de la lucha armada. A mí, por ejemplo, me costó mucho la lucha armada. La violencia nunca me gustó. Lo que pasa es que en un momento dado vi que la cosa pasaba por ahí y me pareció totalmente incoherente pensar que una cosa pasaba por ahí pero no prenderme. ¿Se entiende?"

(*) En agosto de 1966 se efectuó en La Habana una reunión que se llamó "Tricontinental" a la que asistieron delegados de partidos comunistas y organizaciones de izquierda de Asia, América y Africa. Los delegados latinoamericanos deciden, al fin de esa reunión, conformar la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) para apoyar a los movimientos revolucionarios de la región. Las organizaciones argentinas FAL y FAR formaban parte de la Columna argentina de la OLAS que iba a convertirse en el Ejército de Liberación Nacional (ELN) al que se le decía "familiarmente" Elena.

Disidencia: Montoneros Lealtad (1)

"…no es lo mismo los montoneros que fueron a Ezeiza, que los que pasaron

a la clandestinidad en el '74, o los que forman el Peronismo Auténtico.

Son cosas totalmente diferentes. A mi no me derrotaron.

Yo gané en el '73. Derrotados son Firmenich, Perdía.

Del otro lado son derrotados Videla, Astiz, que no pueden andar por la calle.

Vos y yo podemos andar por la calle.

La cultura de la derrota la quieren trasladar a toda una generación. Eso no es así".

Leandro

Y me contaban: "Nunca me gustó lo de Rucci. Me acuerdo que ese día llegué a la facultad y me encuentro con un compañero independiente que me dice: 'Bueno, ¿estarás feliz, no?' y yo estaba totalmente asustado por lo que había pasado y por las consecuencias".

(El 25 de septiembre de 1973, un grupo de desconocidos matan a José Ignacio Rucci, entonces Secretario general de la CGT, en el barrio de Flores, a pocos metros del cruce de las avenidas Avellaneda y Nazca. Pese a que la organización Montoneros jamás reconoció ser autora del hecho, la mayor parte de los integrantes de la organización lo asumieron como propio -se la llamó "Operación Traviata" por lo de los "23 agujeritos"-. Años más tarde, informalmente, compañeros de la conducción reconocieron que le "habían tirado un muerto a Perón, para condicionarlo y demostrarle poder").

"Fijáte que muchos militantes le echaron en un primer momento la culpa a la CIA. El hecho de que pudiéramos estar amenazando públicamente a Rucci con cantitos y consignas, pero cuando 'alguien' efectivamente lo mata se le echa la culpa a la CIA, marca una especie de 'no va más'. Para mí ese fue un punto de inflexión.

Después del 11 de marzo (de 1973, antes del 25 de mayo) hicimos una salida de instrucción militar. Te hablo de las FAR. En ese momento había ley marcial, juicio sumario, eso en la práctica significaba que si te agarraban con armas llegabas a la comisaría muerto, de manera que una salida de instrucción era un operativo. Me acuerdo que la salida la comandaba una compañera que era un cuadro histórico de la FAR -Quela, creo que se llamaba- y que ya allí, era en la costa, se planteó una

discusión para revalorar el rol histórico de Perón y en ese momento tres o cuatro saltamos, porque la cosa pasaba en la orga por una posición de alternativa a la conducción del Viejo. El que más sintéticamente marcó la diferencia fue un cuadro obrero de la organización. El dijo: 'yo peleé por la vuelta de Perón'. Pero la disensión ya estaba antes del 25 de mayo. Yo era peronista. Básicamente, como peronistas radicalizados, hablábamos de Socialismo Nacional, aunque no sabíamos muy bien qué carajo era eso. Sabíamos que no era Social democracia, sabíamos que no era Social imperialismo -aunque esa fue otra discusión importante, cuando la organización empezó a decir que no era correcto definir a Rusia como social imperialista-, pero en realidad no teníamos muy clara la estructura formal de la sociedad que queríamos. Además, creo que nos agarró demasiado pronto el 25 de mayo: primero, no creíamos que iba a haber un 25 de mayo; segundo, no creíamos que los militares iban a entregar el gobierno. Y para colmo, nosotros esperábamos una Guerra popular prolongada, esto es, mínimo diez o quince años. Pensá que eso, para un pibe de veinte, es casi el mismo tiempo que vivió. Entonces uno se había hecho todo un replanteo de vida: yo ya no soñaba con ser abogado, por ejemplo. Era un combatiente revolucionario, iba a ser obviamente un militar revolucionario".

13

En la antigua Inglaterra la gente no podía tener descendencia
sin contar con el consentimiento del Rey
(a menos que se tratara de un miembro de la familia real).
Cuando la gente quería tener un hijo, debían solicitar un permiso
al monarca, quien les entregaba una placa que debían colgar
afuera de su puerta mientras tenían relaciones.
La placa decía: "Fornication Under Consent of the King" (F.U.C.K.).

Y también me contaron: “Los criterios habían cambiado. Al principio, por ejemplo, los operativos tenían objetivos totalmente diferentes: Garín, por ejemplo. Garín fue un golpe perfecto, no hubo pérdidas, fue bien planificado, redondito*. Pero no fue algo que marcó mucho, salió en la página 15 de La Razón. Golpeó mucho más La Calera, aunque fue un desastre, cayó gente, pero fue un hecho publicitario**. Los montos eran buenos para eso. Es como decía Napoleón, que preguntaba a quién había que poner en un lugar y cuando le decían: 'este es un buen estratega' lo primero que preguntaba era: '¿pero gana?' y si no ganaba, por buen estratega que fuera, no caminaba. Prefería otro, aunque le dijeran: 'ese es una bestia, no entiende, gana de pedo' pero siempre decía: 'bueno, pongan al que gana de pedo'. Los montos podían ser mas... desprolijos planificando operaciones, menos perfeccionistas, pero el resultado propagandístico siempre fue superior. Para bien o para mal.

En general la gente llegaba a la universidad buscando no solamente un título, sino un cambio, y hay que pensar que la clase media tenía una participación limitada en ese momento. Esa participación se abría en la facultad. Era el lugar donde uno se interiorizaba de otros temas, de otras realidades. Había un entorno.

Hoy parece inexplicable pensar en tantos pibes dispuestos a dar la vida, a morir. Pero hoy también pasa, salvando las distancias. Lo que pasa es que hoy un pibe acepta morirse cuando se quiebra. Entonces se mata con falopa. Lo que pasa es que uno a los veinte años se siente inmortal. Una vez hablaba con un Comodoro que había estado a cargo de una base aérea y el tipo me explicaba que los pilotos que volaban los Mirages durante Malvinas, eran tipos de 27, 28 años, y que eran 'demasiado viejos' lo que visto ahora desde nuestra edad parece ridículo, pero él decía que el perfil del oficial de Fuerza Aérea de 27 o 28 años es de una persona casada y con hijos, entonces ese oficial tiene conciencia de mortalidad, y que la edad ideal son los 20 años, cuando el tipo está preparado, tiene el conocimiento necesario, pero se siente inmortal.

Nosotros en un momento dado del año '71 nos pusimos a pensar en el tiempo de vida -probable- de un militante; en general la estadística daba que ninguno pasaba de cuatro años. O caías en cana o te mataban. Si todos hubiéramos tenido 30 ó 35 años en esa época y nos decían: 'vas a vivir cuatro años', no sé si lo hubiéramos hecho. A los veinte lo pensábamos y lo asumíamos como un hecho inevitable. Como que no nos preocupaba. ¿Quién quería llegar a los cuarenta?

Me acuerdo que hicimos una vez una salida de instrucción a la que fue Firmenich. Como estaba el Pepe, llevábamos no solamente armas de práctica sino también armas de seguridad y contención. Esa vez casi pierdo, y no por los milicos, sino por la práctica misma.

El ejercicio consistía en resistirse. Es decir, no en reducir al otro, sino en resistirse a ser reducido. Y realmente el compañero que tenía que reducirme hizo un buen laburo, era al pedo resistirse porque la reducción fue impecable, pero el ejercicio era así, de manera que hicimos todo el teatro.

Después nos dimos cuenta que el compañero había hecho la reducción con un arma de seguridad en lugar de las de práctica, es decir, cargada y lista con bala hueca.

Los primeros diez minutos los pasé tranquilizando a todos, insistiendo en que no pasaba nada, el compañero que me había reducido se descompuso, en fin. Después me fui detrás de una duna y me senté en el piso porque me temblaba todo, traspiré hasta los huevos: imagináte que estando el Pepe ahí, si había un accidente no tenía ninguna posibilidad. Tenía que terminar enterrado debajo de una duna y olvidáte que existo.

Con el Pepe esa vez pasamos varios días. Era un tipo que daba la impresión de ser muy íntegro, muy consecuente. No un intelectual. Pero sí un cuadro político-militar. En realidad, el Pepe había venido con la excusa de que necesitaba entrenamiento, pero la realidad era que hacía como dos meses que no cogía. El salía con una aspirante de nuestra unidad y por motivos de seguridad, como pasaba de una casa a otra no se veían, así que inventamos la salida para que pudieran verse y, de

pura casualidad, además de las carpas grandes que teníamos para cuatro o cinco personas, había una para dos que fue justito la que les tocó en el reparto.

El primer problema que nos encontramos, ya que estábamos fuera de temporada, fue una parejita de viejos a los que evidentemente tratamos demasiado bien, porque una tarde decidieron correr su carpa y acercarla a las nuestras. Eso nos cagaba las discusiones en el fogón, teníamos que hacer arme y desarme de los fierros encerrados dentro de las carpas, un desastre. No quedó más remedio que cortarles el rostro, pobres viejos. De todas maneras, es seguro que los viejos se dieron cuenta: éramos un grupo de gente joven, bastante imprudente, y además el Pepe se contó con pelos y señales toda la historia del secuestro de Aramburu en el fogón.

El segundo problema fue que descubrimos un grupo de acampantes a unas dunas de distancia que nos pareció sospechoso, y nos pusimos en alerta. Ellos también, así que decidimos tantearlos para ver quiénes eran. Estábamos seguros de que no eran canas, porque parecían estudiantes. Al final, resultó que eran de una UBC de otra zona, que habían coincidido en el lugar por una de esas putas casualidades. Es increíble pensar ahora los riesgos de seguridad que se corrían como si nada. Nosotros con el principal Jefe montonero en una carpa y otro grupo de la organización a cien metros de distancia sin que ninguno de los dos grupos supiera nada del otro.

Al final, como ellos se habían traído armas de seguridad en cantidad y a nosotros nos faltaba una metra, ellos nos dieron la metra y nosotros les prestamos al Pepe por un par de días para que pudieran charlar. Todos felices".

(*) El 30 de julio de 1970, a las 14 y 45 minutos, un comando de las FAR copó la ciudad de Garín, en la zona norte del Gran Buenos Aires. La operación militar fue planificada por Roberto Quieto (Negro), Carlos Olmedo (Germán) y Marcos Osatinsky (Lucio) y conducida por Carlos Olmedo. La operación, denominada "Gabriela", incluyó el asalto a la sucursal del Banco Provincia, copamiento del destacamento de policía y recuperación de las armas, copamiento de

la oficina de ENTEL, copamiento de la estación de ferrocarril. Duró en total 11 minutos, participaron 36 combatientes (12 mujeres y 24 hombres) que se replegaron ordenadamente en cinco camionetas y tres autos robados "ad hoc".

(**) El 1 de julio de 1970, a las 7 y 30 horas, los Montoneros realizan un operativo en la localidad cordobesa de La Calera. Toman la comisaría, se asalta el Banco de la Provincia de Córdoba, se toma la central telefónica y se inutilizan los equipos y se deja en la esquina del banco una caja -supuestamente un explosivo- que en realidad contenía un grabador con la marcha peronista. Diversos problemas en el repliegue e incorrectas medidas de seguridad determinan la detención de varios militantes, entre ellos algunos fundadores de la organización. Fueron heridos Ignacio Velez y Luis Lozada y detenidos José Breganti, Felipe Defrancesco, Cristina Liprandi, José Fierro, Juan Conte Grand, Juan Sorati Martinez, Heber Albornoz. Muere en el enfrentamiento el Comandante Emilio Maza.

Disidencia: Montoneros Lealtad (2)

"*Los Montoneros están en la historia, nos guste o no nos guste.*
Son parte de la historia argentina.
Forman parte del sacrificio de una generación".

Leandro

En Ezeiza: “Llegamos a Ezeiza en las primeras horas de la tarde. Yo estaba bastante lejos del palco. Estábamos justo en la cresta de una loma. Cuando empezaron los tiros, la primera imagen que tuvimos era que el quilombo lo estaban armando los gorilas, no se nos ocurría que podía ser entre nosotros.

Y después empezaron los tiros en serio.

Me acuerdo de dos escenas: la del tipo al que levantan hasta el palco de los pelos, la foto famosa, yo lo vi. Y los compañeros aplaudían.

Todos pensábamos que era un servicio. Y la otra imagen que tengo clara es la de un tipo que se sube a una de las torres donde estaban los parlantes y empieza a patearlos. Y varios que trepan y al

final consiguen bajarlo a patadas. Y también recuerdo los aplausos: pensábamos que eran servicios, y eran compañeros.

Estaban haciendo mierda a compañeros y nosotros aplaudíamos.

Se hizo una autocrítica por lo de Ezeiza, pero fue de corte militarista: cómo no habíamos evaluado lo que podía pasar si estábamos apretando tanto. De la misma manera que no podíamos entender por qué Perón nos estaba jodiendo. Es decir, había discusiones al respecto, pero en realidad no se entendía. Cuando vos te metés en una organización, pasa a ser una especie de útero. Vos no podés estar en un ámbito con un tipo del que dependés para sobrevivir, que tenés que estar seguro de que podés darle la espalda sabiendo que te va a cubrir y vos a él, y pelearte a muerte. Existe otro sentimiento. Las peleas, las discusiones, son entre hermanos. Cuando yo descubrí que ya no era entre hermanos, me fui".

Disidencia: Montoneros Lealtad (3)

Lo que discutíamos: "Lo que empezó a quedar claro después del '73 es que en los ámbitos había gente que no era peronista. Que se habían vinculado al peronismo porque la cosa pasaba por ahí. Pero en realidad eran no solamente compañeros de izquierda que querían integrarse, sino verdaderos antiperonistas. Gente que podría haber afirmado muy sueltos de cuerpo que Evita era puta. Y que después también podrían haber dicho que Perón nos cagaba porque no estaba Evita, que era revolucionaria y montonera.

Esa gente nunca fue peronista. Llega al peronismo desde la concepción de las organizaciones armadas, no a las organizaciones armadas desde el peronismo. La diferencia es fundamental.

Cuando se produce el rompimiento, se nota claramente: había gente con una concepción puramente militarista, lo que querían era pelear.

No eran valientes, eran temerarios. Esos, cuando llega el 25 de mayo, empiezan a caer en la estructura: vos los veías bajar de nivel, degradados. Fundadores de montos, de FAR, de la P *(FAP – Fuerzas Armadas Peronistas),* que pasaban a aspirantes de UBR. Y que después, cuando la orga revaloriza de nuevo el militarismo, empiezan a subir, a subir nuevamente.

Lo que pasa es que no teníamos muy clara la discusión. En realidad, en discusiones nos ganaba siempre la orga. Y además estaba el tema de las parejas. Si eras oficial, tu pareja tenía que estar más o menos encuadrada. Cuando se plantea la disidencia, empieza el quilombo, y normalmente la ruptura con la orga te costaba la pareja. Eso suponía un deterioro muy importante a nivel personal: te quedabas sin el útero y te quedabas sin compañera o compañero. Te quedabas solo.

Yo me separé de la orga bien, lo charlé con mi responsable, que era Soledad *, y charlamos, y charlamos, hasta que una noche ella me dice: 'no charlemos, vamos al cine' y le contesté: 'okay, vamos al cine, pero entonces esto se corta ahora' refiriéndome a las charlas. Y así fue. Claro que entonces empezó el tema de 'tenés que devolver esto y lo otro'. Devolví los fierros orgánicos, y me quedé con mi fierro personal, que estaba registrado a mi nombre. Ni por puta le iba a dejar a la orga un fierro que estaba blanqueado con mi nombre y apellido. De todas maneras, no hubo problemas. Soledad era una mina muy sufrida. La traté mucho, no intimé ni salimos, pero charlé bastante con ella. Era muy buena mina, con ella nunca hubo problemas. Aunque en algunos lugares hubo pelea. El caso más claro fue el de la negra Maratea, que los montos la chuparon, la tenían en un pozo* y el encargado de darle charla política era su propio marido. Eso lo denunciamos.

Pero no hubo otra cosa que algunos aprietes. Y nadie, de ninguno de los dos lados, entregó nombres a la cana, a pesar de lo que se dijo.

Y, por último, se nos planteaba el tema político: ¿qué hacer al abrirte? ¿formar otra orga? ¿disolverse? Eso empezó a quedar claro cuando fuimos a visitar a Perón. Después de mucho rato

durante el que el viejo nos hablaba con eufemismos y parábolas, uno de nosotros le dice a lo bestia: 'bueno, general, pero usted ¿quiere o no quiere una organización que trabaje para usted? y el viejo nos miró -creo que compasivamente- y ya enfrentado con la brutalidad lo único que nos dijo al respecto fue: 'no pierdan el nombre'.

Ahí nos quedó claro que lo que no podíamos hacer era regalarle a la orga todo el rédito político acumulado durante esos años. Salimos y se formó Montoneros Soldados de Perón. Pero claro, se nos planteó de inmediato un problema práctico. En primer lugar, para funcionar una orga necesita plata. Pero nosotros no podíamos operar en el gobierno de Perón, porque eso era una contradicción ridícula, y uno de los motivos por los que nos separamos de Montoneros, así que mantenernos como organización se hizo difícil de inmediato.

Por otra parte, había que hacer pública la fractura y difundirla. Y firmarla. De manera que todos los que éramos conducción de Montoneros Lealtad quedamos inmediatamente escrachados como ex-montoneros.

En resumen, al poco tiempo decidimos que la cosa era inviable, y nos disolvimos".

"El error es pensar que solamente los Montoneros fueron al sacrificio. Toda la generación fue sacrificada. Y otra generación es conducida al sacrificio ahora. Por la marginalización, por la imposibilidad de sobrevivir.

La gente que ahora tiene miedo de que la asalten por la calle.

El que no se anima a meter el auto en el garaje para que no se le metan chorros en la casa, los pibes que han incorporado la moda de andar rotosos y con zapatillas viejas para que no se las afanen, a fin de cuentas es la misma violencia que se sufrió en los '70.

El "Firme" (Firmenich) saca las milicias para emparejar el aparato de las FAR. Si te ponés a pensar, después de la fusión la línea de los montos tenía mucho más que ver con la línea de las FAR o de la

P, una alternativa independiente, que con la propia línea de los montos hasta el 25 de mayo del '73.

Cuando cae el Negro Quieto, que era el responsable militar de Montoneros, la estructura militar vuelve a estar en manos de los cuadros de montos.

En cuanto a que si el Negro fue o no traidor, yo me resisto a hablar de traidores. No entender lo del Negro Quieto es no entender lo que les pasa a los Montos a partir del '73. El Negro estaba quebrado. Ya no estaba seguro de lo que estaba haciendo, y es por eso que se encuentra con su familia en la playita de Olivos, cuando él mismo había prohibido que los cuadros hicieran semejante cosa. Y bueno, estaba débil, inseguro, y cantó.

Cantó como cantaron la mayoría de los cuadros detenidos y torturados, porque llegó un momento en que el tipo que estaba siendo torturado, y que sabía que después lo iban a matar, no tenía ningún tipo de motivación para pensar que estaba entregando la vida por una causa superior.

Porque la orga no es destruida en combate, sino por los quiebres y cantadas de los militantes. Lo mismo que pasó en Argel. ¿Te acordás de la película 'La batalla de Argelia'? Es muy fácil decir 'no se puede cantar', 'no hay que decir nada'; pero hay que estar en el momento. A mí nunca me tocó, así que no puedo juzgar.

Hubo organizaciones que les pedían a sus cuadros que aguantaran un día antes de cantar. Otras solamente pedían tres horas. Los montos, no. Para la orga los cuadros eran superhombres que debían ser cortados en pedacitos sin decir ni una palabra. Y cuando se dieron cuenta de que no era así, apareció la pastilla de cianuro.

No me arrepiento, pero sí lamento no haber tenido más claridad. Yo empecé porque me sentía seguro de lo que estaba haciendo. Cuando después empecé a tener dudas, me replanteé la cosa.

Lo que pasa es que vos no te ponés lúcido de un día para el otro. Primero tenés dudas, después te descubrís en una incoherencia y te preguntás por qué.

El tiempo que pasó desde el 25 de mayo hasta que yo me fui fue causado por mi ineptitud para ver la realidad. Uno de los errores nuestros fue pensar que el proceso revolucionario en la Argentina podía ser planteado desde lo interno y no desde lo global. Estábamos insertos en el contexto de la guerra fría, y fuimos uno de los exponentes de esa guerra fría. No fuimos un elemento extraño, atemporal, en América Latina ni en el Tercer mundo: Vietnam, Chile, Colombia, Venezuela.

En resumen, lo que nosotros hacíamos beneficiaba a uno u otro sector de los que globalmente estaban peleando esa guerra fría.

¿Y qué somos hoy? Sobrevivientes. No se puede dar explicación a esa palabra. Somos sobrevivientes. Nos quedamos sin proyecto político. Sin proyecto generacional.

¿Individualmente? De todo. Algunos hicieron plata, otros son laburantes. Otros son hijos de puta que decidieron que si bien es tonto ser de derecha a los veinte, es pelotudo ser de izquierda a los cuarenta. Otros son irredentos, son gallegos y vascos.

La mayor parte siguen siendo buenos tipos. Los que éramos en el fondo militantes seguimos siendo bichos políticos.

¿Cómo me siento? Corresponsable. No culpable, corresponsable. Independientemente de haberme ido, de no tener nada que ver con los montos a partir del '74 no puedo dejar de sentirme corresponsable de todo lo que pasó".

(*) Soledad era el nombre de guerra de María Antonia Berger, oficial segunda de Montoneros, sobreviviente de la masacre de Trelew. Murió en un enfrentamiento luego de reingresar a la Argentina durante la "contraofensiva" de 1979.

(**) Un pozo era una cárcel del pueblo. Sólo a veces era un sótano. Otras era una casa segura y compartimentada y en -por lo menos- una ocasión llegó a ser una carpa armada en el living de un departamento en un piso alto en pleno centro de Capital federal.

Galimberti

"Aunque una propaganda malévola intente abrumarnos, la memoria colectiva está intacta"

Rodolfo Galimberti / mayo de 1983

Cuando los conquistadores ingleses llegaron a Australia, se asombraron al ver unos extraños animales que daban saltos increíbles. Inmediatamente llamaron a un nativo (los indígenas australianos eran extremadamente pacíficos) e intentaron preguntarle mediante señas.

Al notar que el indio siempre decía "Khan Ghu Ru" adoptaron el vocablo inglés "kangaroo" (canguro). Los lingüistas determinaron tiempo después el significado, el cual era muy claro:

los indígenas querían decir "No le entiendo".

Cuando se habla de la organización Montoneros, para bien o para mal, Rodolfo "el loco" Galimberti es una de las referencias casi insoslayables. No lo conocí personalmente, pero es casi imposible para un ex-miembro de la orga no saber de sus andanzas, a veces sorprendentes, a veces tragicómicas, últimamente deleznables.

Con una elevadísima opinión de sí mismo y de su capacidad político militar, el Loco logró en buena medida lo que la dictadura no había conseguido: convencer a grandes sectores populares de que los montoneros éramos corruptos.

Boquifloja, fanfarrón y brillante, Galimberti abusó de los lentes negros y el peinado a la gomina intentando demostrar, dentro y fuera de la OPM, que era un "duro".

Según me contó -divertidísimo- el Vasco Fernando Vaca Narvaja, tuvo que bajarlo de las nubes cuando llegó a Rosario acompañado de: un secretario, un chofer, y un auto de custodia con dos ¡guardaespaldas!

Como es obvio, esos "lujos" le duraron exactamente el tiempo que le tomó al Vasco cagarlo a puteadas y mandarlo a volantear a la puerta de una fábrica, como cualquier militante. Cosa que en realidad -a pesar de su autoelogiante biografía- hizo muy pocas veces porque había que levantarse temprano y el pobrecito se quedaba dormido.

En fin, supongo que habrá que evaluar que "Galimba" fue uno de esos errores patéticos que supo cometer la orga, y que tan caros nos han costado.

Mientras tanto, como el pez por la boca muere y -reitero- boca nunca le ha faltado a Galimberti (recordemos las 'milicias populares' que le costaron su puesto de Delegado de la Juventud ante Perón), dejemos que el ex-cuadro montonero y luego Asesor Político, Jefe de Custodia del señor Born y floreciente empresario hable por sí mismo:

"La misma canalla a sueldo de la oligarquía que durante siete años intentó intoxicarnos desde la prensa adicta al régimen, hoy se improvisa en demócrata, consulta constitucionalistas, y es así como aparecen ex-embajadores de Videla..."

"¿Es así como el futuro gobierno justicialista va a enfrentar la especulación y el sabotaje del capital financiero? ¿Arbitrando entre las financieras y los bancos privados? ¿Sin concentrar en el Estado, que es la única posibilidad para garantizar el control público?"

"La estrategia de la oligarquía consiste en esfumarse en el horizonte y maniobrar para que toda la culpa de estos siete años recaiga exclusivamente en las Fuerzas Armadas. Mas aún, sus voceros oficiosos estimulan sutilmente la legítima indignación popular e intentan orientarla hacia las Fuerzas Armadas, al tiempo que buscan diluir la responsabilidad de los beneficiarios de la política de la dictadura en una suerte de 'mea culpa' general, por la cual las víctimas de la expoliación y la represión deben compartir con los expoliadores y los represores la responsabilidad de la postración económica y la debacle política del país. Esta estrategia pretende ignorar que las grandes mayorías

van adquiriendo la certeza de que es inútil intentar resolver la situación económica actual por la vía de una concertación que no afecte los intereses de la gran burguesía agraria de la pampa húmeda y los del capital financiero. Aún para el menos avisado, estos sectores son perfectamente identificables. La opción entre liberación o dependencia resulta hoy más actual que nunca, pues nadie ignora tampoco que la penetración de los intereses imperialistas también ha sido posibilitada por el accionar de esta élite oligárquica, beneficiaria directa de transacciones que han hundido al país."

"Pareciera ser que debimos llegar a la Nación en ruinas para 'comprobar' que el imperialismo existe, para 'darnos cuenta' de que la oligarquía no nos conduce a la grandeza, sino a la hecatombe, en síntesis, para 'saber' que no tiene alternativa alguna que ofrecernos para garantizar desarrollo y estabilidad. Que hoy la UIA, la Sociedad Rural y hasta la alta jerarquía de la Iglesia denuncien a los cuatro vientos la catástrofe, es una señal inequívoca de que las clases dominantes en la Argentina se han quedado sin proyecto..."

"La oligarquía carece de capacidad política para liderar el proceso de desarrollo argentino. Siete años de poder total han demostrado qué tipo de país es capaz de proponer la oligarquía. Es una Argentina donde sólo unos pocos disfrutan de todo, donde 'sobran' quince millones de habitantes. Se ha demostrado la incapacidad de la oligarquía para ejercer legítimamente el liderazgo político de la sociedad, cosa que se comprueba una y otra vez cuando la población se expresa en las urnas."

"La oligarquía debe resignar definitivamente sus privilegios."

"El sector financiero debe ser expropiado en su totalidad".

"El país de la 'plata dulce' para los poderosos sigue existiendo."

Como el lector podrá apreciar, la oligarquía y el diablo, en opinión de Galimberti, eran poco más o menos la misma mierda.

Bueno -quizás dirá usted- pero ¿qué tiene de raro que un Montonero pensara así? Absolutamente nada, si no fuera porque estas opiniones del inefable "Loco" no corresponden a 1972, sino a 1983.

Me pregunto si habrá utilizado estos argumentos para convencer a su nuevo patrón de las ventajas de contratar a un "Jefe Montonero" para hacer negocios.

Afortunadamente para la organización en su momento, y para los que sobrevivimos ahora, el Loco es realmente una excepción que confirma la regla. La astucia y brillantez que le permitieron ascender dentro de la organización, no lo salvaron de la decadencia corrupta que hoy evidencia, y que le permite justificarse con un caradurismo digno de mejor causa.

Para finalizar este tema, lo citaré textualmente por última vez, cuando "analiza", también en 1983, la caótica situación de la Argentina:

"Esta situación excepcional, seguramente inducirá a los aventureros de todo signo a tratar de aprovecharla."

Seguramente.

14

"...con el fusil en la mano,

y Evita en el corazón...."

De pronto tuve temor de que mandarme a la facultad cuando podía -eventualmente- armarse algún quilombo, pasara a ser un hecho avalado por la costumbre. Pero solamente ocurrió una segunda vez, en ocasión de una asamblea multitudinaria que se realizaría en el Aula Magna de la Facultad de Medicina. Debe haber sido por agosto, porque recuerdo que hacía muchísimo frío esa noche. Varios atentados contra Unidades Básicas de JP, con enfrentamientos incluidos, habían producido la muerte de -creo- dos compañeros que custodiaban uno de los locales y cuatro atacantes.

La asamblea, si la memoria no me traiciona, era para repudiar los ataques y participaban todas las corrientes universitarias.

Allí fuimos, esta vez cinco compañeros de territorio y yo, para 'colaborar' en la seguridad, eufemismo que significaba que no habría ningún tipo de seguridad (ni tampoco ninguna necesidad de que la hubiera), ya que, ¿cuántos provocadores serían necesarios para 'romper' una asamblea de mil o dos mil compañeros? Y en caso de que irrumpiera la policía ¿qué deberíamos hacer los seis montoneros de seguridad presentes? Pero estas disquisiciones no se me plantearon en aquel momento.

Cuando entramos al Aula Magna, la batahola era indescriptible. Afuera nos habíamos identificado ante los compañeros estudiantes a cargo de la organización de la asamblea, que intentaron proporcionarnos un coqueto brazalete blanco, atención que declinamos educadamente, ya que preferí mantener nuestra presencia lo más discreta posible.

El panorama era interesante: a la derecha del proscenio, una banda de compañeros sacudía sin descanso las mangueras contra los bombos. Entre ellos, sin camisa, castigando impiadosamente un enorme bombo, el 'respo' de la JUP de Filo, Memo Bettanin, aullaba la marcha peronista.

En el palco de la izquierda, el Movimiento de Orientación Reformista (PC), intentaba infructuosamente que se escuchara su consigna base: “el pueblo unido, jamás será vencido”.

Por encima de ellos, en lo que podríamos denominar 'el gallinero', un sobrio grupo de compañeros, silenciosos y adustos, desplegaba una bandera blanca sobre la que se divisaba una estrella roja de cinco puntas y la clásica imagen del Che acompañada de las siglas: PRT - ERP. Banderolas diversas colgaban por todo el salón, y estoy convencido de que flameaban no por el viento, que no lo había, sino por las ondas de choque producidas por la gritería infernal que nos aturdía a todos.

Habló primero, como correspondía, el compañero representante de la JP que narró los hechos, evaluó la situación política nacional y concluyó rememorando la conocida frase de Perón cuando amenazó que por cada compañero caído caerían cinco enemigos del pueblo. Posteriormente, en nombre de la organización, habló Leonardo Bettanin, que tuvo especial cuidado de que se viera claramente su pistola nueve milímetros asomando bajo su remera roja.

Dos toques de color me llamaron la atención y aún los recuerdo vívidamente: Uno era la proliferación de camperas 'guerrilleras' verdes.

Con cuatro bolsillos placados y con tapa, con cordón de cintura o sin él, pero siempre verdes, esas camperas eran como un uniforme desde 1972. Luego, por obvias razones, cayeron en desuso entre los encuadrados hasta desaparecer totalmente a principios del '74. Muchos compañeros de periferia continuaron usándolas -increíblemente- hasta avanzado el '75, cuando por fin tomaron conciencia de que resultaban altamente insalubres. Pero en una época llevarlas puestas significaba -o parecía significar- que el portador era "Montonero", ambición y aspiración de muchos muchachos que, aunque probablemente no estuvieran preparados para asumir el compromiso, se contentaban con la campera.

Además, en la facultad eran muy útiles para "levantar" compañeras que -si les gustaba la pierna, claro- simulaban "dejarse llevar" por la aureola romántica del combatiente. (Siempre me pregunté quién sería el fabricante de esas camperas. Sin duda debe ser millonario, y vivirá posiblemente en

una casa veraniega en las Bahamas). Y, por supuesto, yo también tuve una, pero no la llevaba esa noche.

La otra “curiosidad” fue toda una fila de compañeritas de la JUP, de entre 18 y 20 años, paradas sobre la primera hilera de butacas, meneando sus prietos culitos enfundados en ajustados y multicolores pantalones, coreando ansiosamente el nombre de la organización. Probablemente muchas de ellas integren hoy la enorme lista de los que, sin comerla ni beberla, sin compromiso concreto ni militancia práctica, sufrieron la desaparición, la tortura y la muerte a manos de aquellos que fueron capaces de imaginar que por tener veinte años y una utopía en la cabeza, se era culpable de subversión irredimible. Aunque el "culpable" jamás hubiera empuñado un arma, y los "caños" fueran para él un misterio insondable y ajeno nunca explorado ni comprendido cabalmente.

Luego de sucesivos -y similares- discursos, tocó la vez al orador del PST (Partido Socialista de los Trabajadores - Nahuel Moreno) quien refiriéndose al ataque que había sufrido uno de sus locales, comenzó un largo análisis de la coyuntura política hasta que la murga peronista, cansada y aburrida, desarmó sus paquetes de cigarrillos para preparar, con el papel metalizado, la vincha protectora contra los ataques mentales que había descubierto la resistencia terráquea contra la penetración psíquica de los Antartes*.

Exasperado, el compañero del PST abandonó sus complicadas elucubraciones para tratar de seguir la corriente mayoritaria. Destacó entonces que, aunque cinco de sus militantes habían sido abatidos en el atentado, uno de los atacantes también había caído.

Ni lerdo ni perezoso, cruel y soberbio como todos nosotros, el Memo guió a su pelotón murguero en el siguiente canto:

Cinco por uno,

no va a quedar ninguno,

viva el PST

que mató a... UNO.

Las carcajadas ahogaron definitivamente el discurso del compañero socialista, que se retiró ofuscado del escenario.

Debo reconocer que los únicos que tuvieron la lucidez de comprender que con la muerte no se juega, fueron los adustos y severos militantes del ERP, que plegaron su bandera y se retiraron silenciosamente, tal como habían llegado.

Si bien estoy seguro de que la asamblea no pudo haber durado toda la noche, no recuerdo dónde -y si- dormí. Sí tengo la imagen de la mañana siguiente, frente a la misma facultad, después de un copioso desayuno compartido con el Memo, observando juntos al “Tala” Ventura que desplegaba en 'formación de cuadro' sus milicias de la JUP frente a las puertas de Medicina.

Era una brillante mañana de invierno y con Memo nos miramos dubitativos. No se veía serio el “Tala” al frente de sus tropas, haciendo orden cerrado con chicos que no habían visto un fierro ni en figuritas y que cantaban entusiasmados con la música de la marcha de San Lorenzo:

'No, no, no respetamos las botas,

ni, ni, ni las vamo' a respetar,

mien, mien, mientras que no se las ponga,

la, la, la milicia popular.

Montoneros, Patria o muerte,

libres o muertos jamás esclavos,

Perón o muerte, viva la Patria,

hasta la victoria, Mi General'

Días más tarde, observé a esa misma 'milicia' en la plaza San Martín, desbandarse despavorida frente a un solo pelotón de policías que amenazaron con reprimir.

No sé cuántos de ellos habrán seguido militando. No se cuales estarán muertos o leerán –quizás- estas líneas con un regusto nostálgico, orgulloso o despectivo.

A uno de ellos lo conocí personalmente después. Pedro llegó a ser oficial de la organización, un excelente combatiente, un gran compañero. Se abrió conmigo en el '78 y, curiosamente, jamás volvimos a vernos.

(*) La "Guerra de los Antartes" o "La Invasión de los Antartes" o algo parecido, era una historieta que se publicaba diariamente en el diario Noticias, y trataba de una invasión extraterrestre y de la resistencia a ella de un grupo de argentinos. El paralelismo con la realidad política resultaba obvio en ese momento y tenía tanta aceptación, que una noche en que el diario no tenía tapa, porque no había foto que valiera la pena, el "perro" Verbitsky decidió hacer la primera plana con un cuadrito a toda página de la historieta (la edición se agotó). Pero lo que viene a cuento es que los argentinos resistentes habían descubierto que una vincha metálica sobre la frente obstruía las influencias psíquicas de los invasores, y de allí la "chicana" empleada por los chicos de la JUP.

Formosa

El 5 de octubre de 1975, durante el gobierno de Isabel Martínez, la organización Montoneros intenta el copamiento del Regimiento 29 de Monte, en la provincia de Formosa. Una acción que fracasa estrepitosamente en lo que se refiere al rédito político. La organización reconoce

posteriormente "no haber evaluado" la reacción de los soldados conscriptos, que en lugar de rendirse presentan batalla.

Conocí a Rodolfo un par de años después de eso. Era un ex miliciano del ejército montonero que participó directamente en la toma (intento de). El me contó de su desesperación y la de varios compañeros cuando advirtieron que los soldaditos no querían rendirse. "*Claro* -me decía- *lo que pasa es que no es lo mismo atacar un regimiento en Buenos Aires que en Formosa. Esos conscriptos sabían leer gracias al Ejército. Se vestían gracias al Ejército. Comían todos los días gracias al Ejército. ¿Cómo no iban a defender al Ejército? No queríamos matarlos. Pero ellos en lugar de rendirse empezaron a tirar".*

Es redundante el comentario. Es interesante leer lo escrito por los oficiales a cargo de la infausta "Operación Primicia" con el detalle de los pasos operativos y, por supuesto, el parte de guerra de Montoneros reivindicando el ataque:

Copamiento del Regimiento 29 de Infantería de Monte, Formosa

PARTE DE GUERRA

Formosa, 6 de octubre de 1975

El día 5 de octubre nuestra Organización lleva a cabo la acción militar más importante realizada en nuestra patria para lograr su definitiva Liberación Nacional y social. La misma consistía en la ocupación militar de la ciudad de Formosa, con centro en el Regimiento 29 de Infantería de Monte, a los efectos de recuperar armamento y mejorar el pertrechamiento del Ejército Popular.

Esta acción militar se montó sobre la Sección de Combate "Fred Mario Ernst" compuesto por los Grupos de Combate "Carlos Tuda" y "Zulema Willimer" que operaron simultánea y sincronizadamente con mando único y centralizado.

1.- Los Grupos, compuestos por siete Pelotones de Combate, tenían como objetivo la reducción de las cuatro Compañías, el retén, la Guardia del Cuartel y el Casino de Suboficiales.

En todos estos puestos hubo resistencia y luego del enfrentamiento fueron finalmente reducidos salvo en la Guardia. En este puesto lograron escapar un conjunto de efectivos militares que armaron una base de fuego logrando con esto hostigar a nuestra fuerza, fundamentalmente los Pelotones afectados a esa tarea.

Es en este enfrentamiento donde nuestra fuerza tiene todas sus bajas. Debido a ello fue necesario adelantar la retirada, lográndose concretar el objetivo de recuperación sólo parcialmente, apropiándose aproximadamente cincuenta fusiles automáticos que pasan a manos de las fuerzas militares del Pueblo.

En este enfrentamiento perdemos once compañeros entre muertos y heridos siendo todos finalmente fusilados. A su vez el enemigo sufre unas cuarenta bajas todas por no acatar las intimaciones de rendición que les impartía nuestra fuerza.

2.- El Grupo "Zulema Willimer", compuesto de tres Pelotones cumplió la función de garantizar la retirada de la fuerza de asalto al Cuartel.

Para ello:

inmovilizan a la Gendarmería y Policía Provincial, copan un avión Boeing 737 de Aerolíneas Argentinas y copan el Aeropuerto Internacional de El Pucú.

Inmovilización de la policía y Gendarmería se hace con un Pelotón que establece una base de fuego sobre la única ruta de acceso a la ciudad.

Al tomar contacto con el enemigo hay enfrentamiento, el enemigo se retira con bajas no precisadas y nuestra fuerza, sin sufrir bajas consigue cumplir con éxito esta parte de la Operación.

El Pelotón de copamiento del Aeropuerto encuentra resistencia por parte de la Policía Provincial y Gendarmería que presentaron combate y fueron derrotados posteriormente, los policías restantes y los gendarmes que se encontraban en el Aeropuerto se rinden.

A partir de ese momento el control del mismo fue total. Las bajas enemigas son cinco, nosotros no tuvimos ninguna.

El Pelotón de copamiento del avión logra su objetivo sin inconveniente, controlándose a la tripulación y al pasaje. A estos últimos se les permite descender posteriormente, salvo a un miembro de la marina que se deja como rehén.

3.- El Grupo "Carlos Tuda" formado por tres Pelotones tenía como objetivo copar un campo en las inmediaciones de Rafaela, señalizar la pista y preparar la defensa y absorción hacia distintos puntos del país de las fuerzas y pertrechos que se retiraron de Formosa. Todos estos pasos se cumplen exitosamente, tanto el descenso del avión como la defensa de los compañeros que retornaban en el avión su absorción posterior.

Con esta acción nuestra Organización comienza a desarrollar un Ejército regular que junto al conjunto del accionar militar y paramilitar que ya se ha efectuado y que se seguirá haciendo, perfilan ya claramente las sólidas bases de un Ejército que nutriéndose del Pueblo, se irá desarrollando progresivamente como una de las fuerzas decisivas que permitirán la toma del poder del Pueblo en la Patria. Hemos demostrado nuevamente, a pesar del éxito sólo parcial de la Operación y de las bajas sufridas, la debilidad enemiga.

No hay lugar del país, ni siquiera sus cuarteles más alejados, donde las fuerzas militares de la reacción puedan sentirse seguras. Su debilidad lo muestra esta operación. El enemigo ha elegido la guerra para seguir dominando al Pueblo; el Pueblo seguirá construyendo su ejército y los derrotará.

Evita Montonera Nro. 8 - Octubre 1975

Charla con el "Vasco" Fernando Vaca Narvaja (1)

"So*mos instrumentos de Dios, y por intermediación nuestra*

El hace aquello que desea.

El necio se limita a no hacer nada y deja la decisión a Dios.

El hombre ordinario actúa como puede

y ruega a Dios que el resultado de sus actos sea bueno.

El hombre sabio actúa sabiamente y deja que Dios decida el resultado final."

Sayj Sa'di

El Kahira - 1263

Yo empecé a militar en el Liceo Militar General Paz, en un grupo que se armó alrededor del Capellán del Liceo, que era el cura Rojas, que fue uno de los curas que podríamos decir que empezó lo que después se llamaron los "curas del tercer mundo".

Ingreso en el liceo en el '61 y egreso como Subteniente de la Reserva en 1966.

Contemporáneamente estudian allí el Gordo Maza, Ignacio Velez, el Pepe Fierro, en fin, hay una generación de compañeros que si bien estaban en años más avanzados que la camada nuestra, había una interrelación, siempre alrededor del cura Rojas.

Ahí empezamos como un grupo de jóvenes católicos comprometidos con el tema social y un debate sobre la historia. Con el cura había charlas todas las mañanas.

Para darte una idea, la diana era a las seis y nos levantábamos una hora antes para la misa, que era en realidad una gran peña previa al desayuno. Y después, en los recreos o en los descansos se armaban grupos de lectura o de discusión política. Había algunos milicos -muy pocos- que tenían inquietudes sobre la historia, y eran conscientes de que había un grupo de pibes a los que les importaba debatir el tema histórico.

¿Como se fue convirtiendo eso en una organización?

Primero se fue convirtiendo en agrupaciones políticas que se enganchan con otros grupos católicos de otros colegios de Córdoba, y que después van a pasar a las universidades, grupos como el de la Universidad Católica, que se llamó AES, en la estatal se llamó Integralismo, y otros jóvenes que fueron haciendo trabajos barriales, que no estaban en la universidad pero que fueron sumando, en el peronismo, agrupaciones juveniles. Estos grupos van confluyendo en el trabajo de los barrios y en las universidades, cada uno va optando por distintas carreras, y yo me voy a Santa Fe, a estudiar Ingeniería y Química.

Pero la mayoría queda en Córdoba. De ahí las relaciones que quedan armadas para después. Además estaba mi primo hermano, Alejandro Yofre, que venía de otra extracción pero que también formaba parte de ese grupo que se ha llamado los 'protomontoneros' de Córdoba.

Y en un determinado momento ¿de esos grupos surgen los que van a constituir la orga?

Si. Se van generando grupos autónomos, pero con experiencias parecidas en distintas provincias.

Córdoba fue una experiencia, con una raíz liceísta importante, pero también hay una raíz barrial muy fuerte. Simultáneamente, en Santa Fe se da un proceso muy parecido: cuando yo llego a la Universidad del Litoral, a la Facultad de Ingeniería y Química, para darte unos nombres, están ahí, por ejemplo, el Gringo Yager, que fue mi jefe de agrupación, el Flaco Pirles, después conducción nacional, el Turco Haidar, Cambiasso, en fin, un montón de cuadros que después van a dar origen o integrarse a distintas organizaciones.

Después van a distintas provincias, pero en Santa Fé se crea un grupo muy fuerte y que además tenía una relación directa con lo que era la CGT de los Argentinos, donde estaba Roberto Perdía, que ya era abogado de la CGTA de Ongaro.

Allí se dan las movilizaciones de Villa Ocampo, Villa Guillermina, que nosotros respaldábamos desde la universidad.

Sumále a esto que ya por el '65 se empiezan a dar los Campamentos de Trabajo, donde vamos confluyendo compañeros del interior con compañeros de Buenos Aires, con distintas experiencias pero similares inquietudes.

En general éramos tipos que teníamos asumido un compromiso solidario con la gente, un rechazo muy fuerte al proceso dictatorial, una vocación de hacer política en serio y una concepción de revisionismo histórico.

Pensá que yo estudié historia en el Liceo con un libro de Ricardo Levene. Entonces ahí Sarmiento era bueno y los Montoneros de Güemes eran lo peor que había. Había un debate terrible sobre el tema histórico. No es como ahora que los pibes pueden comparar, desmitificar las figuras de la historia sin ningún problema.

Pensá que nuestra generación en el '55 tenía entre 5 y 7 años. Yo fui a un colegio en el que la maestra me enseñaba que Evita era una mujer vampiro, prostituta, que les sacaba la sangre a los chicos de la UES, que tenía esa sangre en unos grandes botes de madera, que era un ser terrible de verdad. No te miento, esto dicho por maestras.

Me acuerdo que a mí me impresionaba porque pensaba: ¿cómo puede ser? Perón era un Demonio y Evita era el Diablo en persona.

Y en el tema histórico reivindicar a los caudillos del siglo pasado era una cosa totalmente prohibida. Si vos hablabas bien de Rosas, por ejemplo, eras lo peor que podía haber.

Vos acordáte que después, en el '66, cuando nosotros tenemos que empezar a reivindicar las figuras nacionales, tenemos que hacerlo con una suavidad terrible. Porque hablar de Rosas en la Universidad a todos les caía mal.

Entonces empezabas por San Martín, que era una figura pura, que no la podías tocar. Y de San Martín para abajo, o hablabas de Sarmiento y Rivadavia o si no lo demás era como hablar del demonio. Eso se fue rompiendo muy lentamente, a partir de un trabajo en los barrios, del

compromiso con el tema social, y poco a poco esa generación se 'nacionaliza', se peroniza en forma acelerada.

¿Se dio una discusión fuerte en esos grupos sobre asumir o no la lucha armada?

Eso se fue dando casi naturalmente, si bien es cierto que hubo varios congresos que se fueron organizando, había un auge de la lucha de masas muy fuerte, estamos hablando del '67, '68, después viene el Cordobazo que decanta varias posiciones, pero en ese momento el debate era cómo se cambiaba la situación del país, cómo se enfrentaba a la dictadura militar.

La generación nuestra no supo nunca lo que era la democracia. Solamente recuerdos de pibe de las pelotas de goma en la época del peronismo, de la copa de leche, los Campeonatos Evita, las bicicletas, una imagen.

Y yo no venía de una familia de bajos recursos. Mi familia era tradicional de Córdoba, mi viejo fue político toda su vida, mi abuelo fue Diputado de Yrigoyen, hombre de confianza de Yrigoyen. Y mi viejo fue yrigoyenista, rompe con el radicalismo en la época de Frondizi y se va a la UCRI *(Unión Cívica Radical Intransigente)* y luego al MID *(Movimiento de Integración y Desarrollo)* pero muy poco tiempo.

O sea que en casa la política se discutía. Yo lo conocía a Frondizi, a Illia, que venían a casa, y cada vez que venían, nosotros -éramos doce hermanos- parábamos la oreja.

El tema del debate sobre la lucha armada se empieza a dar cuando las movilizaciones crecen, sobre todo las de la CGTA, las del norte de Santa Fe fueron impresionantes, la represión empieza a ser dura, y uno se empieza a dar cuenta de que la movilización sola no alcanzaba para producir un cambio; que era muy desventajosa la relación de fuerzas, que faltaba algo más.

Ahí se empieza a dar el debate, en un contexto donde además estaba la experiencia cubana, los procesos de la lucha anticolonial en Africa, la guerra de Vietnam donde los yanquis empezaban a

darse cuenta de lo que significaba enfrentar a todo un pueblo, estaban los Tupamaros, había una situación, una estado de convulsión en América Latina muy importante.

La lucha armada se empezó a ver como una herramienta más en la lucha antidictatorial. Las agrupaciones peronistas, es decir, los que veníamos de todos esos grupos reconocíamos la lucha armada como un método más, con una concepción integral del enfrentamiento.

Pensamos que era tan válido eso como una movilización, una huelga, ganar un centro de estudiantes.

No era que la lucha armada sirviera para excluir todo lo demás. Lo que sí era excluyente era que aquellos compañeros que optaban por integrarse a la lucha armada, por enfrentarse militarmente a la dictadura, no podían ser dirigentes públicos. Por ejemplo, en la universidad el Gringo Yager, *(Roque)*, que era mi jefe, hablaba en la facultad, pero al asumir la lucha armada comprometía a la agrupación, entonces se hacía una especie de 'escalón' de reemplazos, y ahí me toca a mí hacer de 'jetón', pero duré muy poco porque se produce un conflicto ferroviario que nosotros respaldamos y a partir de ahí paso a la clandestinidad.

La izquierda no peronista, en cambio, concibió la lucha armada como una definición ideológica: si asumís la lucha armada sos revolucionario, si no, sos un pequeño burgués que respalda con limitaciones. Para la izquierda no peronista no era un método sino una definición: habías atravesado el Jordán.

Además, para el peronismo no era nuevo el tema. Ya la Resistencia había utilizado el método de comandos, caños, sabotajes. Incluso la guerrilla rural.

Inicialmente, la aspiración de todos estos grupos peronistas que integrábamos era en realidad formar parte de las FAP. Lo que pasa es que la FAP en ese momento no logró abarcar a todo ese conjunto de grupos regionales del interior, y entonces esos grupos se van conectando y forman una especie de coordinadora que es la base de la organización Montoneros.

¿Para Montoneros el regreso de Perón era un objetivo estratégico o era una cuestión táctica?

No. Para nosotros las elecciones y el retorno de Perón eran un objetivo estratégico. Por eso la consigna nuestra era 'Perón o muerte'.

Una consigna que fue muy criticada por toda la izquierda no peronista porque la veían limitativa, pero para nosotros era estratégica, porque concebíamos a Perón como el líder natural del Movimiento nacional.

¿Esa concepción era compartida por toda la organización?

Si. Si, era compartida por todos nosotros.

¿Cuándo empieza a cambiar esa concepción?

No, esto termina después en el triunfo electoral del '73, con un auge de masas impresionante. Nosotros en el '73 éramos héroes. En el '83 éramos demonios.

En el '73 la consigna nuestra sigue siendo 'Perón o muerte'. La idea de la organización en ese momento es que se tenía que dar naturalmente una síntesis entre esas nuevas generaciones que eran la 'Tendencia' y que eran más que la juventud. Porque la 'Tendencia' tenía hombres como Bidegain, Obregón Cano, Martínez Baca, Cepernic... o sea que si bien la inmensa mayoría éramos muy jóvenes la tendencia abarcaba un fenómeno dentro del peronismo, no solamente a la juventud.

Ahí teníamos hombres que no eran pibes. Nosotros decíamos que Cambiasso era 'viejo' y Cambiasso tenía treinta años.

El Negro Sabino Navarro -del que muchos no hablan- tendría la misma edad y fue uno de los jefes más importantes que tuvo Montoneros, o compañeros como Rodolfo Walsh, que nos superaban en edad y en formación.

Pero la conducción eran en general jóvenes de 25 años.

Si, pero eso es un proceso dentro de la misma organización.

Yo creo que el fenómeno es que la Tendencia logra despertar en el peronismo la expectativa de un proyecto de cambio, no solo generacional sino de profundización de corrientes que siempre estuvieron dentro del peronismo, como el sindicalismo combativo, la CGTA.

Fijáte en figuras como Andrés Framini, Ongaro, o sea, que la Tendencia era una corriente dentro del peronismo que tenía la expresión mas organizada, más dinámica en ese momento en Montoneros, pero que no era la única, no era exclusiva, porque si no, no se explica el fenómeno del '73. Porque ¿cómo lo ubicás vos, por ejemplo, al 'Nono' Lizaso, o a Garaycochea, o a Carlitos Caride? O a Goyo *(Lebensohn)*, a Paco Urondo, Gelman.... todo este estigma que se hace de que uno condujo los jóvenes a la muerte.

Esos no eran jóvenes, no eran pibes. Eran tipos formados, con aportes históricos a la Argentina. ¿Esos tipos eran tontos? ¿Se dejaban llevar de las narices? ¿No pensaban? ¿No razonaban?

Hombres que gobernaron las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Mendoza... un Rodolfo Puigross...

O sea que yo creo que fue un momento donde la juventud expresa la posibilidad de un cambio, de un proyecto, que va mas allá de la juventud, que tenía un modelo de país, una perspectiva de país, una idea que posibilita este fenómeno que suma política dentro del peronismo y que se llamó la 'Tendencia' en su punto máximo de desarrollo.

¿Y esa idea de país era el 'Socialismo Nacional'?

El Socialismo Nacional y una sociedad con las tres banderas del peronismo, una perspectiva que el propio Perón había introducido en su Actualización Doctrinaria y que se resume en dos conceptos: uno, el de guerra integral contra la dictadura. La resistencia integrada.

Fue tan importante la resistencia con los caños o con un arma en la mano como la resistencia de un hombre en la fábrica o en su barrio, la resistencia de masas. Y era tan valerosa una actitud como la otra.

Y el otro es el de Socialismo Nacional, que nosotros lo tomamos de forma inmediata porque era lo que pensábamos. Perón logra interpretar el fenómeno de la lucha en la Argentina claramente.

Eso es lo que logró que las generaciones nuevas ingresaran masivamente al peronismo.

Nosotros siempre tuvimos una fuerte discusión con la izquierda no peronista sobre el Socialismo Nacional. Para nosotros, era el Justicialismo aggiornado a la coyuntura de esa etapa. Para la izquierda era una figura enigmática, reformista, una especie de desviación ideológica.

Bueno, las FAR originariamente eran parte de esa izquierda no peronista

Si, precisamente.

Fijáte el fenómeno que lleva a la peronización de las FAR, que terminan incorporándose a Montoneros después de un debate ideológico que está muy bien explicitado en las "13 preguntas de Carlos Olmedo" que aparecieron en Cristianismo y Revolución.

Allí explica como las FAR pasan de una concepción marxista leninista a una concepción ideológica peronista, donde se entiende al marxismo leninismo como una herramienta científica de análisis de la sociedad y la historia y no como una ideología.

La izquierda no peronista se quedó en el dogma de ese método de análisis."

¿Cómo viviste Ezeiza?

Ezeiza fue terrible. Yo estaba en el colectivo. En primer lugar, lo que significó esa movilización. Yo no estuve en ninguna otra movilización de esa magnitud, fue una cosa impresionante. Un fervor popular, una expectativa espectacular, que de pronto termina frustrada por todo un entorno que se arma alrededor del palco. Yo creo que había -por parte de la derecha- un objetivo muy claro que era que Perón no podía llegar a Ezeiza, no podía ver esa realidad de masas. No creo que las columnas montoneras fueran la mayoría, pero sin duda tenían un peso y una fuerza política muy importante, y además una gran aceptación de la gente. Esa frustración es la base del

enfrentamiento interno posterior dentro del peronismo y marca el punto de inflexión y la debilidad del proceso desde el '73 al '75.

A nosotros se nos golpea no por los errores sino por los aciertos. El golpe del '76 viene no por los errores de Montoneros, sino para terminar con una situación que se les había ido de las manos y que le había dado un gran susto a lo que podríamos llamar 'el sistema'. En Ezeiza el error nuestro está en la Columna Sur que avanza en dirección al puente, cosa que no estaba especificada y se encuentra en un enfrentamiento armado con un sector que ya era hegemónico arriba del palco y que iba a impedir a cualquier costo que esa columna pudiera situarse en ese lugar. O sea que el error nuestro es fundamentalmente de planificación, porque nuestro objetivo era que Perón efectivamente llegara, que Perón viera. Fijáte: ¿qué ganábamos y qué perdíamos? Si Perón llegaba y veía ese nivel de movilización, yo creo que ganaba el pueblo argentino y ganaba Montoneros, porque había una representatividad enorme. Si Perón no llegaba a Ezeiza y terminaba sucediendo lo que sucedió, ganaba el sector que después termina imponiéndose en la lucha interna del peronismo: López Rega, Osinde, la patota sindical. La pregunta es si nosotros podríamos haber evitado lo que pasó. Claro, cuando uno hace estos análisis hacia atrás siempre hay respuestas que parecen obvias: si la Columna Sur no entraba por ahí ¿se podría haber evitado? Es probable. ¿Pero no se hubiera dado alguna otra argucia para impedir que Perón bajara en Ezeiza? Y... es probable también. Reconozco que nosotros estábamos armados, obviamente. Pero no era nuestro interés político que eso sucediera. El retorno de las columnas reflejaba la frustración de todos nosotros. Vos veías las caras de los compañeros y eso era evidente.

¿Y el primero de mayo del '74?

No, el primero de mayo yo lo reivindico. Creo que fue una asamblea con un líder, en la plaza, una asamblea popular en serio a la que nosotros vamos con un planteamiento crítico a Perón. La consigna: "Que pasa General, que está lleno de gorilas el gobierno popular" es clara. Pero te diría

que la cosa se fue dando de una manera espontánea. Yo vine como Jefe de Columna. Vinimos del Chaco, Corrientes, Entre Ríos, sumamos la columna de Santa Fé, y llegamos a la plaza. Yo iba con Adam Pedrini, un gran amigo, viejo peronista muy importante en el movimiento, con Jaime Dri... El primero de mayo es un hecho conciente de la militancia del peronismo que va a una asamblea en la plaza a plantear su posición.

Pero Vasco: Perón había dado la orden de que no tenía que haber banderas identificatorias, ni pasacalles. Recuerdo que nosotros llevábamos las banderas argentinas limpias y escondidos los aerosoles y las letras para coser o pegar en las banderas. En todas las columnas teníamos los compañeros que llevaban los elementos para identificarnos. Eso sin duda fue una provocación.

Bueno, también había carteles de la UOM que estaban prohibidos. Estaban prohibidos todos, no sólo nosotros. Lo que pasa es que en el peronismo plantear que no lleves carteles es como decirle a una barra de fútbol que no lleve banderas. Estás pidiendo un imposible. Vos sabés muy bien que cuando se prohíben los carteles, lo que se pretende en realidad era impedir que se viera el grado de movilización que tenía la Tendencia en ese momento. Ese era el objetivo. Pero vos acordáte que Perón no reacciona por los carteles. Nosotros habíamos planificado en la reunión previa nuestra, de conducciones nacionales y regionales, no putearla a Isabel. Hasta López Rega, era admisible, pero con mucho cuidado. Porque ya teníamos la experiencia de Ezeiza y había que evitar, por cualquier medio, que se diera un enfrentamiento militar. Ya en el '74, acordáte que había pasado bastante agua bajo el río, y el tema de una posible fractura dentro del movimiento era un tema serio. Y esa fractura podía conducir a una guerra civil que no favorecía ni al peronismo ni a la nación, así que había que evitarla a toda costa. Pese a todas esas precauciones, fijáte que cuando sale Isabelita, después de toda esa cosa de la reina de la belleza, y se ve a Isabel hablando y al brujo que movía los labios al lado -todo eso está filmado- la gente de inmediato reacciona.

No rompan más las bolas, Evita hubo una sola...

Exacto. Y cuando se dan los primeros enfrentamientos con el CdeO, que estaba adelante, yo había llegado a la cabeza de la columna. A nosotros, los Jefes de columna nos identificaba un carnecito que llevábamos y un brazalete. Cuando empieza el enfrentamiento, la gente se da vuelta y se va.

Insistís en que fue espontáneo...

Pero totalmente. Yo conducía esa columna. Tuve que levantar el brazo para que se viera el brazalete y que los compañeros se dieran cuenta de que era el Jefe de la columna y correr, recorrer todo el largo de la columna para poder llegar a lo que antes había sido la retaguardia y era el nuevo frente, para poder ponerme a la cabeza de nuevo. Nadie dio la orden. Y mirá que teníamos una estructura bastante aceitada porque la mitad de los cuadros de conducción estaban ahí en la plaza. La conducción nacional estaba comunicada con nosotros por walkie-talkie desde un departamento que daba a la plaza, o sea que veían todo, monitoreaban todo. Bueno, se intentó parar las columnas, no se pudieron parar.

Para vos ¿cuando Montoneros pierde la representatividad popular?

No solo Montoneros. Cuándo el peronismo empieza a retroceder. Porque si no separamos a Montoneros del peronismo.

¿Y no se separa Montoneros del peronismo en un determinado momento?

Ya Ezeiza es un punto de inflexión. Donde ya se ve que la rivalidad interna de los distintos sectores va a llevar a un enfrentamiento, de disputa de proyectos políticos, y en muchos casos de apetencias individuales. Porque ahí aparece un enfrentamiento armado de una magnitud impresionante. Si vos me decís si la relación con Perón nosotros podríamos haberla mejorado, yo creo que si.

¿No podríamos haber esperado a que Perón muriera? ¿No podríamos haber evaluado que ya estaba viejo, que era una cuestión de tiempo?

Es que Perón era Perón. Perón para nosotros era lo máximo. Y creo que nosotros nos habíamos ganado el derecho a plantearle a Perón las cosas que veíamos bien o mal. No te olvides que nosotros, cuando se hacen las primeras reuniones con Perón, que van compañeros a Madrid, van al estilo nuestro: van con un mapa y con un cronograma, y van diciéndole 'estos somos nosotros', y Perón abre los ojos y dice: 'pero esto son más que los muchachos'; o sea, se le descubre a Perón la estructura completa, sin ningún tipo de ocultamiento, nada. Nuestra concepción en ese momento era que entre Perón y esa nueva generación tenía que haber una síntesis, podía haber matices de discusión, pero éramos una misma cosa.

¿Y no se evaluó que Perón no podía aceptar compartir la conducción?

No era compartir la conducción. La pregunta del millón es si Perón tenía el mismo proyecto que nosotros. Yo creo que en última instancia, si. Creo que era el mismo proyecto. Diferencias: nosotros éramos muy jóvenes, como decía Perón: 'los imberbes'; y el viejo era muy viejo. Dentro del peronismo había corrientes, la corriente sindical, por ejemplo, que nada que ver con lo que es hoy, eran patotas que vos las conociste muy bien, armadas, muy fuertes. El lopezrreguismo tenía una incidencia muy importante, no solo en Isabelita sino en el entorno. No te olvides que en esas primeras reuniones con Perón, López Rega nos dice que nos concibe a nosotros como una especie de 'grupo de choque' dentro del peronismo.

Perón nos proponía como 'formaciones especiales' ¿cuál es la diferencia?

No, ojalá. Cuando yo caigo preso en el '71 mi defensa es reconocerme como integrante de las 'formaciones especiales' y me dan veinticinco años (se ríe). Mario Hernández era mi defensor. Lo felicité y le dije que si con esa primera vez me tocaban veinticinco años, con la próxima ni quería pensar. Y mi defensa era reinvidicarme como parte de las formaciones especiales, como parte de

una estrategia del movimiento nacional justicialista. Bueno, pero ese enfrentamiento de que hablábamos produce una debilidad no solo de los Montoneros, sino del movimiento peronista en su conjunto. Terminado el proceso de resistencia en el '73, yo creo que hay un movimiento inercial de una organización, de una generación forjada en la resistencia que mantiene -por inercia- el tema de las armas, de la lucha armada como un reaseguro político. No te olvides que dentro del peronismo tenemos muy clara la diferencia entre gobierno y poder. Nosotros decíamos 'Cámpora al gobierno, Perón al poder'; ahora, esa diferenciación ¿de dónde parte? Parte de que por la experiencia de masas del peronismo, nosotros podíamos acceder al gobierno, pero no llegábamos al poder. El poder era un segundo escalón a conquistar. Esa consigna representaba eso: una concepción de poder que va más allá de un cargo público, de ser diputado.

Pero ¿y con Perón en el gobierno?

Bueno, claro que ahora es mucho más fácil hacer el análisis de cuál debería haber sido la jugada. Yo creo que la organización debería haber tomado una actitud de parar la inercia del enfrentamiento armado, pese a las provocaciones de la derecha, porque hay que recordar las bajas que tuvimos del '73 al '75 como organización, porque si no se toman en cuenta las agresiones que tuvimos en ese período no se entiende tampoco la actitud nuestra. Pero pisamos el palito, porque aún con esas bajas, no se debería haber respondido en forma armada. Y la culminación del error fue el pasaje a la clandestinidad en el '74 durante un gobierno democrático.

Ese fue el gran error de los Montoneros. Quizás si nosotros en el '73 hubiéramos dado un paso adelante y nos hubiéramos planteado alternativas: por ejemplo, por edad nosotros podríamos haber sido los jefes de la Juventud Peronista. Eramos más jóvenes que muchos de los jetones. Alguno nuestro hasta podría haber sido jefe de la UES. Entonces, si hubiéramos dicho: hoy en día en este nuevo contexto la organización tiene que sumarse y conformar la famosa 'Tendencia Revolucionaria' donde el tema armado fue una etapa necesaria para la resistencia antidictatorial

pero no tiene ningún sentido en vigencia de un proceso democrático, yo creo que, si bien el enfrentamiento se hubiera dado lo mismo -porque no se produjo porque los montoneros lleváramos una 45 en la cintura sino porque había un proyecto político que venía avanzando-, no hubiera tenido una base de justificación política."

15

"Domingo Faustino... ¿Pa' qué elegiste la civilización.....

si con la barbarie estábamos tan contentos?

Fontanarrosa

A veces más que una organización político-militar parecíamos la Armada Brancaleone. Me acuerdo cuando, a finales del 75, hubo que levantar de urgencia el local de Lomas de Zamora donde se hacía contrainteligencia.

Era un localcito a la calle, en la Avenida Yrigoyen, entre Gorriti y Pereyra Lucena, donde mi mujer aparentaba vender suministros para oficina. Pero en la trastienda estaban las maquinarias, que en ese entonces a nosotros nos parecían casi mágicas y que hoy, por supuesto, serían juguetes para chicos de cinco años, incluido un desencriptador que nunca entendí bien como funcionaba, pero servía para interceptar o decodificar los mensajes de radio de la cana.

Lo que recuerdo es que era como un televisor, y cuando pasaba el mensaje aparecían muchas líneas entrecruzadas que se movían permanentemente por la pantalla.

Mi mujer, que era la "experta" (la única que podía hacerlo funcionar correctamente), se sentaba y empezaba a manipular botoncitos hasta que las diferentes líneas coincidían perfectamente, lo que -creo- significaba que se había decodificado el mensaje.

En fin, que Neurus *(Rodolfo Walsh)* había dado la orden de levantar el local, porque creo que había caído un cumpa que lo conocía. Con una camioneta, vinieron tres o cuatro compañeros a media tarde de un día cualquiera, y se llevaron las máquinas como lo más normal del mundo.

Pero había un problemita: además de las armas personales de todos nosotros, Pepe (Carlos, mi jefe) nos había dejado como regalito extra un FAL recuperado en Avellaneda, y el tema era que, sin auto, se hacía complicado el traslado hasta casa, en Sarandí.

Así que pospusimos todo hasta el día siguiente. A la tarde, aparecimos por el local mi mujer y yo, acompañados por dos de mis cuñaditas, una de 11 y la otra de 7 años. Habíamos decidido camuflar el FAL como si fuera un arbolito de navidad. Armamos un hermoso paquete del cual -deliberadamente- sobresalían dos o tres escuálidas ramitas plásticas, y en bolsas de compras de diversos locales de la zona ubicamos la ferretería corta que no podíamos llevar en la cintura. Así salimos del local, los cuatro, charlando animadamente hacia la parada del colectivo.

Casi una hora tardamos desde Lomas hasta Sarandí, parados en un colectivo casi lleno, con el "arbolito" y las bolsas con "regalos de navidad". Mi mujer y yo, mientras conversábamos sonrientes con las nenas, que no paraban de hablar del "hermoso arbolito que habíamos comprado", recorríamos con los ojos el interior del colectivo y la calle, atentos a la posibilidad de una pinza.

Me pregunto hoy: ¿qué carajo hubiéramos hecho en caso de una pinza? ¿qué hacíamos con las pibas? Pero reconozco que en ese momento no fue un tema de discusión. Se nos ocurrió la idea, y así como se nos ocurrió, lo hicimos. Y las nenas estaban tan compenetradas del clima que se vivía en la familia, que aceptaron inmediatamente, al igual que mi suegra.

Supongo que para cualquiera -para mí hoy-, es impensable, imperdonable haber puesto en riesgo a las pibas de esa forma.

Estoy seguro que inclusive en esa época, si se hubiera discutido "oficialmente", la orga misma lo hubiera prohibido. Pero había que sacar los fierros, de manera que no se discutió. Y después, como había salido todo bien, nadie protestó.

Así funcionábamos a veces.

Charla con el "Vasco" Fernando Vaca Narvaja (2)

¿Qué opinás del último reportaje al Pepe cuando dice que la organización era muy democrática?

Bueno, cuando una organización como la nuestra está en una etapa de resistencia y adopta una estructura militar de enfrentamiento, evidentemente la tendencia de esa organización es priorizar el tema militar. Vos no podés en una operación salir a deliberar si te vas por acá o por allá.

Nosotros fuimos bichos de la Resistencia. Si vos me decís que la organización hubiera salido a hacer política en un período democrático evidentemente no hubiera tenido esas desviaciones.

Pero recalco que esas desviaciones, más que a un mayor costo de vidas llevaron a un mayor costo político, a un mayor aislamiento de la organización. Porque nosotros hubiéramos seguido peleando. Fijáte que después del '79, ya en el '80, '81, se generaron acciones políticas fuera del tema militar.

Porque ya no quedaba nada de la organización, Vasco...

No, ¿cómo que no quedaba nada? ¡No, esperá! ¿y de dónde sale entonces "***Intransigencia y Movilización Peronista"***? Qué, ¿surgió de la nada? Una corriente que lo lleva al viejo Saadi a ser Presidente del PJ...

Pero eso era una alianza, Fernando...

Bueno, pero... ¿y la Tendencia qué era? ¿Eramos todos nosotros, una estructura monolítica? No.

Mas o menos...

No. No. La Tendencia como estructura nunca hizo una práctica armada.

No, pero respetaba la conducción de la organización. Eran niveles estructurales que respondían a la organización.

Bueno, está bien. Pero entonces resulta que lo que para los Sandinistas era una genialidad, porque integraban distintos niveles de resistencia en una estructura, para nosotros era un error. Claro, lo que pasa es que los Sandinistas ganaron.

Bueno, reconozcamos que ganar o perder marca errores y aciertos. Cuando vos aceptás un enfrentamiento militar, tu objetivo es ganar la guerra. Vos no podés decir: me ganaron porque el otro era más grande, o más malo, porque entonces sos un boludo por pelearte.

Pará, Hendrix. ¿sabés cuál es el problema? Si la fotografía se toma solamente a partir del '76 la lectura es una. Si se toma a partir del '66 la lectura es otra. Si se toma a partir del '55 la lectura vuelve a cambiar. Entonces, cuando uno habla del fenómeno de la Resistencia, no es a partir del '76. De la misma manera que yo te decía: 'en el '73, visto ahora, con mayor experiencia...', o cómo yo lo veía en el mismo '73 en Rosario, o en el '74 en el Chaco. Yo veía por los diarios el enfrentamiento de la estructura política con Perón y decía: 'El interior lo vive de otra manera'. Acá en Buenos Aires, que pasás todos los días por la Casa Rosada, y ves el poder, los tenés ahí al lado, y entonces el enfrentamiento tenía un ritmo, una velocidad, que nosotros no lo teníamos en el interior.

Entonces no vivíamos el enfrentamiento con la avidez o la ansiedad con que lo vivían en Buenos Aires. Cuando yo vengo en el '75 a Buenos Aires, ya estamos en medio del quilombo. La pelea está definida, ya están Isabelita y López Rega....

Y en ese momento: ¿no fue un error limitar la disidencia interna? ¿impedir el desarrollo de una tendencia dentro de la orga que hubiera enriquecido la discusión?

Claro, pero es que el error primario ya estaba en el '73. Cuando Righi nos pide desarmarnos, eso nos pareció claudicante, pero, visto ahora, pasando la película para atrás, yo pienso, bueno, lo más inteligente que nosotros podríamos haber hecho en el '73 era decir: 'muchachos, vamos a reconvertir esto. Desde el punto de vista de la organización, vamos a dar vuelta para atrás, vamos a hacer otra cosa. Montoneros fue la organización de la Resistencia. Fue. Hay que hacer la Tendencia. Y la Tendencia incluye a todos los cuadros montoneros pero también a todos esos cuadros no montoneros que también fueron la Resistencia'. ¿y qué hubiera significado eso? Bueno, vos, vas a la Juventud. Si te votan.

Y como había un reconocimiento, -porque en ese momento éramos Gardel y Lepera, éramos héroes y no se cuántas boludeces-, era el punto donde la organización se debería haber sumergido definitivamente en el movimiento nacional, con todos sus cuadros al frente de estructuras legales, representativas.

¿Qué es lo que nos impide eso? Cámpora al gobierno, Perón al poder. La conquista de ese poder que está por encima de las estructuras formales del gobierno.

Pero además no lo hicimos porque nadie lo planteó. Nadie lo vio. En ese momento ***todos*** querían entrar en Montoneros.

No era que se discutía el tema de si la orga sí o no. Pero esa hubiera sido la política correcta. No se hubiera evitado el golpe del '76. El golpe se hubiera dado igual en la medida que el movimiento nacional hubiera avanzado contra los intereses oligárquicos. Los militantes de la organización hubieran seguido siendo el motor de luchas, de reivindicaciones, pero hubiéramos trabajado con una concepción de poder diferente, de masas.

Desde luego, yo creo que igual eso hubiera costado muchas vidas.

Hubiéramos perdido los mismos cuadros de conducción, las organizaciones sindicales combativas igual hubieran perdido sus delegados, sus militantes....

Yo creo que el pasaje a la clandestinidad, responder a la patota sindical con los mismos métodos armados fue un error.

De ninguna manera había que enfrentar un aparato con otro aparato. No era la forma. Evidentemente no lo era. Pero lo que hicimos en realidad fue prolongar un enfrentamiento que ya era histórico dentro del peronismo.

Porque en realidad los peronistas somos lo más parecido a los Palestinos: nos cagamos a tiros entre nosotros mismos. Porque las líneas políticas tienen tan incorporado a través de los años el tema de la resistencia militar que es muy difícil vencer la inercia.

Pero es un error. Y nosotros caímos en ese error.

Y el otro tema que hace a la espiral del enfrentamiento es que Montoneros adopta una posición más 'vanguardista' entre comillas.

Entonces ya no hablamos como 'una parte' del pueblo argentino que lleva un peso importante de la Resistencia a través de la lucha armada, sino que empezamos a hablar 'en nombre' del pueblo argentino. Y ese es el otro error.

El error de Montoneros en ese momento es creer que interpreta al pueblo, que es la voz del pueblo, cuando no lo era. Sí era un destacamento, una estructura, una agrupación.

Lo que pasa es que es innegable que habíamos acumulado un poder político importante. Entonces, también se da que en base a ese poder, a ese peso, muchos analistas nos juzgan como la 'vanguardia' y, al fracasar la 'vanguardia' entre comillas, también fracasa todo el proceso de la Resistencia. Pero caen en el mismo error que nosotros".

16

¿Por qué se suicidó una prostituta gallega?

Porque se enteró que las otras cobraban.

"Hay que ametrallar la casa del burócrata sindical Tal y cual"

(Contra lo que se pueda pensar, no estoy tratando de proteger el nombre del "burócrata". En realidad, no lo recuerdo. Ni siquiera recuerdo a qué gremio pertenecía ni -si vamos al caso-, si era verdaderamente tan burócrata. Simplemente había recibido de mi jefe la orden de realizar la operación con mi gente, y punto).

Esa fue la primera frase que pronuncié esa tarde, al entrar a la casa del Paragua, en el fondo de Pintemar. Para la reunión de ámbito, nos habíamos juntado: Pato, Rulos, Beto, la Tana, Pablito, y los milicianos del barrio: Héctor, Iti, Paragua * y Juan.

La planificación, en realidad, fue elemental: la casa del burócrata quedaba al fondo de Ezpeleta, en un barrio pacífico y tranquilo, de chalecitos bastante aislados.

Pero, claro, para esa operación tan simple no podríamos contar ni con móviles robados al efecto ni con ferretería pesada, de manera que decidimos arreglarnos con lo que tenía "embutido" la milicia en el fondo de la casa de Héctor.

A las doce de la noche, dos días después, nos juntamos nuevamente en lo del Paragua.

Pato, encargado junto con Héctor de sacar los fierros del embute y traerlos, planteó una modificación al plan.

Se había establecido que yo haría la contención junto con Rulos, armado él con mi .38 y un pistolón del 12 y yo con una Star 7.65 que me había regalado Pepe y una escopeta recortada del 12 grande. Pero Pato insistió en reemplazarme en la contención, aduciendo que era más correcto que yo estuviera con el pelotón de ametrallamiento.

Como en realidad la cosa era muy fácil y casi sin riesgos, no hubo gran discusión, por lo que Pato pasó a hacerse cargo de la escopeta y de mi Star, yo recuperé mi .38 y Rulos debió conformarse con la vieja Ballester Molina calibre 22, que impresionaba mucho pero nada más.

No recuerdo los fierros de los demás, pero estoy seguro de que esa noche no había nada de mayor calibre que el .38 y la escopeta.

Puteándome a mi mismo por no haber traído de mi casa las dos carabinas plegables calibre 22 (carabinas Halcón modificadas a metras) decidí que luego de la operación la retirada iba a ser a través del descampado que rodeaba el barrio, después de guardar nuevamente las armas, ya que varios de nosotros (Pato, la Tana, Beto y yo) vivíamos en otras zonas y no tenía sentido que fuésemos "calzados" hasta la estación de Quilmes a tomar el tren.

Como a la una de la madrugada, llegamos caminando al objetivo. El chalet quedaba a mitad de cuadra. Rulos ya se había apostado en la esquina anterior y todos esperamos pacientes a que Pato, con su tranquilo andar y su escopeta, llegara hasta la bocacalle siguiente.

Cuando desde allí nos hizo la señal de despejado, di la orden de comenzar, y todo el pelotón vació las armas contra el frente del chalet, mientras en la vereda (creo que Juan) pintaba con aerosol la consigna: "Cuidado, burócrata traidor, Montoneros vigila". (Me cuesta mucho reprimir una sonrisa burlona al narrar esto. ¿Es posible que fuéramos tan ridículamente cursis?)

Pese a que no debía hacerlo, no pude resistir la tentación de descargar unos tiritos, con tan mala suerte que, al intentar recargar el .38, maniobré tan mal con el porta balas que todos los proyectiles que me quedaban fueron a parar al suelo. Mientras daba la orden de retirada, arrodillado para buscar aunque fuera un par de balas para cargar nuevamente el revólver, vi a Héctor que, gateando, iba recogiéndolas todas, una a una.

"¿Qué hacés? -le pregunté- retiráte".

"¿Estás loco, boludo? -me contestó- son encamisadas, valen un huevo".

Y allí nos quedamos los dos, arrastrándonos en la calle, recogiendo proyectiles, mientras desde la esquina el pelotón completo nos miraba retorciéndose de risa.

Cuando se empezaron a escuchar las primeras sirenas, sin embargo, ya estábamos suficientemente lejos como para no preocuparnos.

La seriedad llegó después, de nuevo en lo del Paragua, cuando al revisar la escopeta por casualidad, me di cuenta de que el interior del caño, la aguja y el percutor estaban absolutamente oxidados. Era imposible que funcionara o peor, si lo hacía, probablemente explotara en la cara del usuario.

Miré a Pato y éste se encogió de hombros y con un gesto de disculpa me dijo: "llovió mucho la semana pasada, y el embute estaba mal hecho, no era estanco. Me di cuenta recién hoy, y ya no había tiempo de limpiarla. Y como yo era el responsable de eso..."

Por eso Pato había insistido en hacer él la contención en lugar mío. Y la hizo "armado" principalmente con un fierro que en el mejor de los casos no disparaba, y en el peor le volaría las manos. Claro que igual se "comió" la crítica política, pero debo reconocer que fue suavecita.

Como a las tres de la mañana, partimos los "externos", guiados por Héctor, que conocía bien los campos que en ese entonces bordeaban el barrio, y podría depositarnos a pocas cuadras de la Avenida La Plata, o bien cerca de la calle Uruguay (la 403) desde donde podríamos caminar hasta Centenario.

De buen humor, Pato, Beto, la Tana, Héctor y yo, nos metimos en el descampado que usábamos como cancha de fútbol detrás de Pintemar. Rulos se quedaba a dormir en lo del Paragua. Yo no sabía en ese entonces -Rulos siempre fue muy bueno en compartimentación- que en realidad él sí vivía en Ezpeleta, frente a la plaza de la Estación. Me enteré años más tarde.

Tranquilos, estábamos a punto de salir del campito para cruzar la última manzana de casas, luego de la que venía el campo en serio, cuando a media cuadra de distancia atraviesa la calle un patrullero. Nos paralizamos. Habíamos dejado todos los fierros en el barrio.

Lento, el patrullero da marcha atrás y se detiene tapando la calle. Nos habían visto. Sin alternativas, ordeno cuerpo a tierra. Nos pegamos todos al pasto crecido, esperando. Apenas unos segundos después, el patrullero sale arando.

No lo podíamos creer. Claro: ellos no sabían que estábamos desarmados.

Probablemente se imaginaron a punto de recibir un granadazo. A la carrera, atravesamos los cincuenta metros que nos faltaban para llegar a campo abierto y oscuro.

Una hora más tarde, con los zapatos llenos de barro, cansados pero sonrientes, Héctor nos depositaba sanos y salvos a pocas cuadras de donde está ahora (no me acuerdo si ya estaba) el estadio del Quilmes Athletic Club".

(*) El Paragua fue secuestrado y desapareció cuando fue allanada su casa junto con otras del barrio debido a la delación de la Tana, luego de mi traslado al Area Federal. Héctor fue secuestrado mientras hacía la colimba, luego de que una UBC de otra zona -rompiendo sin avisar el pacto tácito que teníamos con el comisario local- destruyera a energazos la comisaría de Ezpeleta. Iti y Juan zafaron por un pelo. A Iti lo volví a ver una sola vez, en Capital, creo que en el '78. Nos abrazamos, y luego cada uno siguió su camino. Espero que esté bien.

DICE MARIKO: "Hoy estás aquí, y nada de lo que hagas puede cambiar ese hecho. Hoy estás vivo, y te sonríe la fortuna. Contempla esa puesta de sol. Es hermosa, ¿eh? Esta puesta de sol existe. El mañana no existe. Sólo hay el presente. Mira, por favor. ***Esta*** puesta de sol es bella, y nunca volverá a ser, nunca en toda la eternidad. Fúndete con ella, identifícate con la naturaleza y no pienses en el *karma*". ***(James Clavell-Shogun/1975)***

17

"...Cuando no sirve la canción porque en la mesa falta el pan,

no sé si darte el corazón, mi voz, la flor o algún fusil.

La vida es tiempo que se va, y sólo sirve si se da

en una flor o en un fusil..."

La afirmación de Chacho sonó definitiva: "No lo voy a hacer".

Nos miramos con Hilda un tanto desorientados. Chacho era un cuadro antiguo, probado, al que yo conocía desde hace años. Venía de Vanguardia Comunista y había sido miembro de su conducción hasta que se integró a la orga, donde era aspirante a oficial en un ámbito especial del Area Federal que tenía como propósito exclusivo la confección de la revista "Evita Montonera".

A ese ámbito, conducido por Jarito* e integrado también por el Memo, Rafael y otros compañeros, me integraron cuando me trasladan desde el territorio.

La "cueva" donde se editaba la "Evita" estaba, aunque no se pueda creer, en Maipú entre Corrientes y Sarmiento en plena city porteña, un edificio de dos cuerpos, con un enorme y umbroso hall en el medio.

En una oficina del cuarto o quinto piso funcionábamos todos nosotros, produciendo la publicación clandestina que se repartiría luego por todo el país.

En la estructura militar interna del ámbito, yo había quedado como segundo de Jarito y, por lo tanto, cuando se produce su secuestro y la orga le encomienda a Hilda "levantar" la oficina por razones de seguridad, ella me cita junto con Chacho, que era el número 3, para hacerlo juntos.

Pero Chacho no quería.

Estábamos los tres almorzando en el restaurante-bolichón "El Gran Don Sancho" que creo que ya no existe, y Chacho acababa de interrumpir a Hilda que nos explicaba como haríamos la "limpieza" que en realidad consistía solamente en recuperar unos documentos.

Argumentamos, discutimos, interrogamos, pero Chacho seguía en sus trece: "no voy a hacerlo".

Insolente y grosero desde mis veintidós años, me permití decirle al Chacho: "¿Te da miedo, hermano? Yo te banco".

Afortunadamente, la edad y la sabiduría del cuadro político le posibilitaron a Chacho comprender que mi frase, si bien grosera, no había sido una "sobrada" sino un torpe ofrecimiento solidario, de manera que su cachetazo afectuoso no sonó todo lo fuerte que hubiera debido y lo acompañó con una sonrisa y una sola frase: "Gracias, pendejo, pero no pasa por ahí. Simplemente, estoy quebrado. Ya no quiero más".

Hilda, preocupada, arriesgó una última y definitiva presión: "Sabés que esto trae la despromoción segura". Hilda estaba siendo amable. Técnicamente, Chacho estaba desertando en combate. Esto era mucho más grave y la despromoción era la sanción mínima que podría corresponderle.

El Chacho sonrió torcidamente y contestó: "¿No fui claro, Hilda? Estoy quebrado. Ya no estoy de acuerdo. Todo esto es una locura. No quiero más y lo digo en serio. Quiero abrirme".

"Buen momento para plantearlo -ironizó Hilda- hagamos esta limpieza y después charlamos de eso".

"No. no voy con ustedes. Pero -contraofertó Chacho- les hago el control abajo si les parece".

Otra vez Hilda y yo nos observamos desorientados:

- Pero, Chacho, -dijo ella- vas a estar abajo, en la puerta. ¿y si pasa algo? ¿qué, te vas a rajar?
- ¿Cómo se te ocurre? -contestó Chacho indignado- vos me conocés. Los apoyo, claro.
- ¿Y entonces, boludo -interrumpí- cuál es la puta diferencia?
- Es diferente.

Chacho cerró así la discusión. Salimos los tres del restaurante hacia la oficina. Para no hacerla larga, diré solamente que subimos Hilda y yo por las escaleras, el último piso armas en mano, pero las precauciones eran al pedo. Jarito -como era de esperar- no había cantado nada, los documentos estaban donde debían estar, y la oficina silenciosa y vacía.

Cuando bajamos los dos, nos encontramos a un sonriente Chacho que nos esperaba, tal cual había dicho, en la vereda de enfrente, parado junto al quiosco de revistas.

Hilda me dijo que me fuera, que ella quería conversar a solas con Chacho, cosa que me pareció lógica, porque yo no entendía nada de lo que pasaba. De manera que me fui caminando por Corrientes, un poco apurado porque tenía otra cita. En ese momento no comprendí a Chacho.

De hecho, quedarse abajo y cubrirnos si algo pasaba, era casi tan riesgoso como subir con nosotros.

Más tarde me di cuenta que él había hecho una cuestión de principios: si subía, participaba orgánicamente de una operación de Montoneros, cuando él ya no estaba de acuerdo con la política. Si se quedaba abajo y nos apoyaba en caso de quilombo, era una decisión individual de ser solidario con sus compañeros.

Efectivamente era diferente, aunque los huevos se los jugaba igual.*

(*) Jarito Walker, oficial segundo de la organización, era un periodista reconocido y una excelente persona. La única "discusión" que tuvimos fue cuando le dije -en broma- que quería cambiarle su fierro (un Smith & Wesson espectacular) por el mío (un .38 con más años que Italo Luder) y con tono compungido me dijo: ¿me vas a sacar el fierro? La respuesta me dejó atónito: Jarito tenía -merecidamente- mucho más nivel que yo en la estructura y, cortésmente como era su modo habitual, podría haberme mandado a la mierda. Recién comprendí su respuesta cuando se hicieron las evaluaciones militares del ámbito: Tanto Jarito como Hilda tenían escasa experiencia militar, a pesar de su grado en la orga. Esto no fue obstáculo para que ambos tuvieran un comportamiento heroico y solidario en su momento. Jarito fue secuestrado en un cine del barrio de Caballito y no volvió a aparecer. "Hilda", "La

Cabezona", "Vicky", Victoria Walsh en realidad, querida amiga y compañera, se suicidó en la calle Corro de Capital Federal para evitar su captura. Nunca supe que fue de su hijita.

(**) Efectivamente, Chacho se abrió de la organización y desde que nos separamos esa tarde no volví a verlo. Escuché una versión que decía que había logrado pasar a Brasil con su familia, pero no pude confirmarla, aunque espero que así haya sido.

Las dudas, las delaciones.

"Nosotros hacemos de la Organización un arma, simplemente un arma y, por lo tanto, sacrificamos la Organización en el combate a cambio del prestigio político. Tenemos cinco mil cuadros menos, pero... ¿cuántas masas más? Esto es el detalle"

Mario Eduardo Firmenich

La Habana -Cuba- 9/1/1981

Así, desde La Habana, con su impecable uniforme de Comandante, justificaba el Pepe la debacle montonera**.** Fantaseaba todavía con el imaginario respaldo político que las "masas argentinas" brindaban a su estrategia suicida (suicida para los militantes, claro) y que le permitirían retornar triunfante -cuando se produjera la "obligatoria" retirada de los milicos-, a capitalizar la sangre, la lucha y el sacrificio de miles y miles de compañeros. Pero hay tres antecedentes que no pueden olvidarse: la caída del "Negro" Roberto Quieto, la de Victoria Walsh y la de la "Gaviota" Norma Arrostito. Volvamos atrás.

1) Es el mes de diciembre de 1975. En una playa de la costa bonaerense, en San Isidro, es detenido Roberto Quieto; el "Negro". Fundador de las FAR, participó en la ruptura del Partido Comunista en 1963. Fundador de Vanguardia Revolucionaria, cuando esta se disuelve pasa a las FAR. Cuando se fusionan FAR y Montoneros, Quieto integra obviamente la Conducción Nacional. Hombre de experiencia, había estado preso ya dos veces, y se había fugado del penal de Rawson en 1972,

cuando los marinos fusilan a diecinueve combatientes en la denominada “masacre de Trelew”. (En esa ocasión, de los diecinueve sobrevivieron tres: María Antonia Berger, Ricardo René Haidar y Alberto Camps. Todos fueron luego secuestrados y asesinados.)

Toda la organización se conmueve. El Negro era querido por todos nosotros. Los oficiales intermedios lanzan la orden de pintar todas las paredes del país. A la mañana siguiente, las pintadas llenaban los paredones de Buenos Aires y de las principales ciudades argentinas: “Libertad al negro Quieto, preso por peronista”. Pero, de pronto, la contraorden; el Pepe ordena suspender todo: Quieto cantó. Quieto es “traidor”. Caen algunos locales. Los oficiales que venían de las FAR mascullan la imposibilidad: ¿En una sola noche quebraron al Negro? (Quieto ya había sido torturado en dos ocasiones, sin decir palabra). La Conducción hace un “juicio revolucionario” y lo condena a muerte (en ausencia, por supuesto, ya que está secuestrado y desaparecido).

La pregunta: ¿por qué no cayó “la ferretería”? (Me refiero a un local de pinturería que Quieto frecuentaba y que era, con mucho, uno de los más importantes para la organización, ya que allí se centralizaba la falsificación de documentos de identidad). Horacio Maggio, el “Nariz”, (el que se fugó de la ESMA) estuvo guardado en mi casa por unos días, y era el que “atendía” la ferretería. El tampoco creía en la “traición” del Negro.

¿Es creíble que los torturadores de un combatiente del nivel del Negro se contentaran con dos o tres casas operativas y no intentaran sacarle lo verdaderamente importante?

2) Enero de 1976. En Floresta, barrio de la ciudad de Buenos Aires, la gente sale sorprendida a las puertas. Por el barrio circulan camiones cargados de soldados con bazookas, un helicóptero ensordece a todos y, como remate, ¡un tanque!

Frente a una casa antigua de la calle Corro, sin decir “agua va”, el tanque dispara el primer bombazo. Fuego a discreción. El combate dura casi dos horas. En la planta baja, caen muertos los

Oficiales Mayores montoneros Coronel, Beltrán e Ismael Salame (cuya campera conservé muchos años). En la planta alta, aparecen inesperadamente Alberto “Tito” Molina, Secretario Político Nacional y Victoria Walsh, hija de Rodolfo.

Dejan las metras sobre el parapeto del balcón y Vicky grita: “Ustedes no nos matan. Nosotros elegimos morir” Ambos se disparan un tiro en la cabeza. Fin de la totalidad de todo el Secretariado Político Nacional.

3) Diciembre de 1976. En Lomas de Zamora, es abatida en un enfrentamiento Esther Norma Arrostito, “Gaby”, “la Gaviota”, una de las últimas sobrevivientes de los primeros fundadores de Montoneros. La verdad: fue emboscada al acudir a una cita con una oficial que no acude, porque le avisan que la cita está “cantada”. ¿Hubo tiempo para avisarle a la oficial y no a la fundadora de Montoneros? Otra cosa: no muere en el enfrentamiento. Es trasladada gravemente herida a la ESMA y sobrevive encadenada y torturada (y sin delatar a nadie) hasta el 15 de enero de 1978, cuando es asesinada mediante una inyección letal. Esto lo afirmó, antes de ser a su vez abatido en una obra en construcción, Horacio “el Nariz” Maggio.

Luego de estos tres curiosos antecedentes, vamos a los hechos:

“Un terrorista no es sólo el portador de una bomba o una pistola, sino también el que difunde ideas contrarias a la civilización cristiana y occidental”

(Jorge Rafael Videla -The Times - 4/1/1976)

Según esta concepción de Videla, terroristas éramos casi todos. (Y ustedes también). Y la organización estaba, parece, dispuesta a otorgarle motivos para opinar de esa manera: pese al golpe de marzo, la Conducción decide continuar con sus planes previos, y lanza una “Campaña

ofensiva Táctica” elaborada con anterioridad. 1976: El 18 de junio muere por una bomba colocada bajo su cama el Jefe de la Policía Federal, General Cesáreo Cardozo. El 2 de julio, nueve kilos de trotyl vuelan el comedor de Coordinación Federal matando a veintidós policías e hiriendo a sesenta. El 9 de noviembre, una bomba de 'plastique' demuele el Comando Central de la policía de la provincia de Buenos Aires, en la ciudad de La Plata.

A esa altura, la gente empezaba a mirar el enfrentamiento como una literal “cosa de locos”. Se establece la pena de muerte. Un muchacho, atado y amordazado, es llevado hasta el Obelisco (pleno centro) donde un pelotón de fusilamiento lo ejecuta. Ocho muertos en un estacionamiento en San Telmo. Cinco sacerdotes acribillados en una iglesia de Belgrano.

En agosto, treinta cuerpos aparecen dinamitados en un basural de Pilar. Diecisiete en Lomas de Zamora. La mayoría habían sido detenidos en meses anteriores. Cincuenta y cinco aparecen muertos en los bosques de La Plata.

Durante octubre, noviembre y diciembre del 76, el promedio fue de quince secuestros diarios. En enero de 1977 se calculaba entre 5.000 y 6.000 presos políticos y 1.354 víctimas “registradas” **(Amnistía Internacional -1977).**

No obstante, la “orga” persiste: se instala una pequeña Unidad de Monte en el Noreste argentino (Chaco y Formosa) Detalle patético: algunos de los guerrilleros se internaron en el monte y sólo dos años después se enteraron de la realidad “escuchando la BBC” **(Boletín Interno del Partido Montonero - 2/1980).**

El 17 de octubre de 1977 una bomba destruye el cine del Círculo Militar. Sesenta heridos. En diciembre, la unidad de combate “Norma Arrostito” coloca una bomba de 6 kilos en el interior del Ministerio de Defensa, durante una conferencia 'antisubversiva': catorce muertos, treinta heridos.

Bombas, sabotajes, ametrallamientos. Los obreros, ausentes. La gente, espantada. Los milicos, con sed de sangre.

Centenares de personas fueron acribilladas y enterradas “en un campo de Córdoba”, según un capellán de la Fuerza Aérea que fue llamado para darles la extremaunción.

A finales de 1977, 18.000 presos políticos **(The Times -24/12/1977)**. Doscientos presos políticos mueren en la cárcel de Villa Devoto en marzo de 1978, luego de un “alboroto” jamás explicado.

En agosto de 1978, las bajas “oficiales” de la organización llegaban a 4.500 cuadros.

Por la ESMA pasaron cerca de 5.000 desaparecidos entre 1976 y 1979. Alrededor de setenta salieron vivos. Casi todos ellos, salvo honrosas (y escasas) excepciones, colaboraron con los militares. Algunos, “marcando” compañeros por la calle y “vendiendo” a sus amigos y responsables, como Antonio “Nacho” Latorre. Otros, como el “Caín” Lauletta, cantando todo lo que sabían y falsificando documentación para los marinos. Otros, “asesorando” en política internacional al Almirante Massera, como Martín Grass y Juan Gasparini. Otros, al fin, como Jaime Dri, que lograron no entregar a nadie y fugarse en un descuido de sus custodios.

Sabemos que casi 5.000 fueron “trasladados”, eufemismo que equivalía a muerte. Con dinamita, balas, o fuego al principio. Luego, la tecnificación y una especie de sarcasmo cruel impusieron el “pentonaval” (inyección de pentotal) y el último vuelo hacia el mar.

Pero llega el Mundial del 78, y con la consigna “Argentina campeón, Videla al paredón” la orga -que no aprende nunca- decide lanzar la “Ofensiva Táctica”.

Se realizan 18 ataques contra la Escuela Superior de Guerra, la ESMA, la Casa de Gobierno, comisarías, etc. En medio del Mundial, la prensa no publicita nada. Ergo: las acciones propagandísticas no dan resultado. Las bombas sí.

Durante el Festival de la Juventud en Cuba, los máximos dirigentes montoneros posan para las fotos en uniformes de combate.

Dato curioso: Los oficiales del Ejército Rojo soviético estaban de civil.

El triunfalismo (¿¿¿????) acecha. El "éxito" obtenido con la "Ofensiva Táctica" justifica -plenamente, claro- el lanzamiento de la "Contraofensiva Estratégica" en 1979, gracias a la cual se batiría en retirada el enemigo y Firmenich podría regresar triunfante para hacerse cargo del poder.

Y se lanza, nomás.

Palabras aquí para el Oficial Mayor "Tucho" (Tulio Valenzuela) quien había sido secuestrado en enero de 1978 en la tienda Los Gallegos, de Mar del Plata, junto a su mujer y a su hijito, delatado por su lugarteniente "Nacho" (Latorre) y llevado a Rosario a un campo de detención bajo el comando del General Galtieri. Tucho fue involucrado en un plan de Galtieri para asesinar a Firmenich en México, bajo la amenaza de matar a su mujer e hijo, que quedaron de rehenes en Rosario.

Tucho aparentemente acepta, pero se fuga al llegar a México y hace una conferencia de prensa.

Su mujer y su hijo (que estaban enterados de lo que iba a hacer) continúan desaparecidos.

El premio de la organización fue sospechar de Tucho, degradarlo y enviarlo de nuevo a la Argentina para la contraofensiva.

Murió "empastillado" en el aeropuerto de Posadas.

En la "exitosa" contraofensiva murieron, entre muchos otros: el "Lauchón" Horacio Mendizábal; Armando Croatto; Carlos Píccoli; Guillermo "el negrito" Amarilla; Adriana Lesgart; María Antonia Berger ("Soledad", sobreviviente de Trelew); Jorge Gullo; Daniel Tolchinsky "Juliot" -ex oficial de las FAR y ex-jefe de la Columna Sur 2- y su esposa y compañera Anita Weissen.

Mientras tanto, Galimberti (que puede ser cualquier cosa menos tonto) se opone a la locura de la orga y se abre junto a varios compañeros, entre ellos Juan Gelman.

En 1980 otra disidencia (Montoneros-17 de octubre), encabezada por Miguel Bonasso (ex-director del Diario Noticias) y Jaime Dri, termina de sangrar a la ya exigua Organización Político Militar que una vez soñara con encabezar la lucha revolucionaria en América Latina.

La organización guerrillera más grande y poderosa de América y segunda en el mundo agonizaba.

Desde el exilio, solicitando la asistencia de las organizaciones hermanas europeas, Firmenich suspiraba por el regreso triunfal, sumergido en evaluaciones disparatadas y análisis complacientes.

En la Argentina, los militares habían consolidado su proyecto: la concentración de capitales, la destrucción de la identidad nacional, la debacle económica que multiplicaría por cuatro nuestra deuda externa.

La guerra había terminado.

Charla con el "Vasco" Fernando Vaca Narvaja (3)

En los conventos, durante la lectura de las Sagradas Escrituras,
al referirse a San José decían siempre: "Pater Putatibus" y, para simplificar, "PP."
Así nació el llamar "Pepe" a los José.

"¿Sabés lo que me gustó del último reportaje que le hicieron al Pepe? Que es la primera vez que lo escucho diciendo: 'somos una minoría'.

Mirá: en el '91 yo estaba en Rosario, con mi familia, podía establecerme, en fin. En la última decisión antes de disolverse nuestra 'honorable' estructura, el Pepe dice que no podía haber 'dos grandes cuadros' como Perdía en Santa Fe y yo en Rosario, porque era 'mucho' para una provincia.

Absurdo. Pero me tuve que venir a Buenos Aires. Sacar los chicos del colegio, mover todos los bártulos, en fin. Y acá nos empiezan a meter en los diarios en todos los quilombos habidos y por haber. Había que hacer algo para 'blanquear' la situación. Así que me presento a internas en General Sarmiento.

Sacamos el 9% de los afiliados. Año '91, no era poco. Te cuento que cuando los compañeros en los barrios decían: 'está Vaca Narvaja' todos preguntaban: ¿está tranquilo? Porque pensaban cualquier

cosa, no sabían si uno venía para el quilombo. Bueno. Nos juntamos con el Pepe y el Pelado en un asado, para ver si podíamos congeniar un poco, y le cuento: 'Mirá, Pepe, me presenté a internas y sacamos el 9%'. Me dijo. 'No te envidio'. Y le dije: '¿y qué crees que sos vos en La Matanza? ¿pensás que sos más que esto? No, somos esto, somos una minoría'.

Cuando vos asumís eso, dejás de hablar como Juan Domingo Perón, y dejás de hablar en nombre del Movimiento Peronista y decís: 'yo soy una corriente, una agrupación interna, buena o mala, pero esto no me lo pueden desconocer'.

Entonces ya es distinta la ubicación, y la gente va a interpretar mejor hasta tu propio mensaje, porque no te arrogás una representatividad que no tenés. Desde ese ángulo, los Montoneros pueden hablar en nombre de qué: en nombre de una estructura, de una experiencia, que tuvo un momento histórico pero que no alcanzó.

Desde el punto de la conciencia histórica, nosotros hicimos un aporte. Como somos relativamente jóvenes, es posible que haya una segunda oportunidad para la generación nuestra.

Como decía Bidegain: 'muchachos, el momento político de ustedes es a los 60 años' y yo pensaba: 'este viejo está loco'. Me hacía acordar a Perón en el año '71 cuando hablaba de ecología, que yo decía. 'este viejo está gaga, ¿de qué está hablando?' y bueno, él veía para adelante y yo no. Es como si yo les dijera a los pibes ahora: 'muchachos, se viene la guerra por el agua', todos me van a mirar como a un loco que dice pelotudeces.

¿No pensás que el Pepe es... digamos.... poco creíble?

Yo pienso que el Pepe simboliza la culpa. Vos sabés cómo somos los argentinos: tiene que haber un culpable. Y de alguna manera le metemos en la mochila al Pepe la responsabilidad de todo.

¿Y el Pepe no colaboró para eso con su actitud durante todo el exilio?

Bueno, pero al Pepe lo formamos nosotros mismos. Pepe no es hijo de Pepe, Pepe es hijo nuestro. Nosotros forjamos una idea de organización con una jefatura, y teníamos que preservar esa jefatura porque los golpes eran mortales.

Yo me acuerdo de los Sandinistas cuando cae un Comandante muy importante y lo matan, y el FSLN sigue informando que está vivo, porque eso podía producir una gran desmoralización en los combatientes.

Nosotros teníamos una figura que era el Pepe, y ahí estaba depositada la confianza. Pero bueno, es un tipo como cualquiera.

Lo que pasa es que antes, en el '73, para todos era un genio. Ahora es el culpable de todo.

Mirá: el Pepe, solo, puede hacer ochocientas cagadas como cualquiera; pero había una estructura colegiada de tipos capaces.

Esta organización, lo niegue quien lo niegue, formó una cantidad de cuadros políticos que no pudo formar nadie en el peronismo, entonces el Pepe no puede haber sido tan malo, porque si no estamos en el lugar de esos compañeros que le endilgan toda la responsabilidad a la conducción y ellos siempre estuvieron en las posiciones correctas.

Y así es muy fácil, si yo me adjudico todo lo bueno y le tiro al otro todo lo malo. Creo que hay un poco de eso.

Aparte, está el individuo: puede ser más o menos soberbio, más o menos tolerante, más o menos militarista, más o menos político, te puede caer más o menos simpático. Pero son características personales.

¿Tal vez la pregunta sea si la organización no perdió su calidad humana, su solidaridad? Para ejemplificar: si los dos salíamos a hacer una operación, nos podíamos dar la espalda sabiendo que los dos estábamos cubiertos, que al otro lo tenían que matar antes de alcanzarte a vos.

Si.

¿Eso no se pierde después? Con las "contraofensivas tácticas", las "ofensivas estratégicas"... ¿no se empieza a producir una sensación en los compañeros de: "claro, yo me voy al país a que me maten y vos te quedás acá en Roma, en París, en Méjico"?

¡Es que no fue así! Esa es la falacia de la dictadura, del "exilio dorado". Yo era el encargado de la política internacional, estuve en el Líbano, en Nicaragua, con la socialdemocracia, estuve en Africa, donde se consideró que tenía que estar, y después colgué el saco y la corbata y me metí con Humberto en Nicaragua.

Pero, por ejemplo, para hablar de algo concreto: ¿no fue una locura mandarlo a Tucho de nuevo a Argentina cuando era una boleta segura? ¿y encima degradado de Mayor a Teniente como si fuera culpable de algo?

Bueno, pero vamos a analizar los temas individuales: cuando ocurre lo de Trelew y yo me fugo, me despido de Susana *(Lesgart)* con un beso, lo que fue un error mío, porque yo llevaba el uniforme militar. Bueno, subimos al pabellón de las mujeres a liberarlas, me meto en la celda y le doy un beso. Eso me hace descuidar a una de las celadoras que pega un salto y otro compañero atina a agarrarla. Menos mal que te podías mandar la cagada que otro compañero la arreglaba.

Lo mismo le pasa al Roby *(Santucho)* cuando abre la puerta mal, por ansioso, porque era la última puerta, y yo lo cubro.

Es decir: había un equipo de tal nivel que aún las cagadas eran subsanables. Y yo me la mandé por ir a darle un beso a mi mujer, que fue el beso de la despedida.

Cuando nosotros nos enteramos de lo de Rawson y pisamos Cuba, lo primero que le decimos al Barbarroja *(Manuel Piñeiro, Comandante cubano)* es: ¿cuándo volvemos? Y así estuvimos día tras día: ¿cuándo volvemos?

Yo con Tucho no pude hablar, porque no coincidimos, en ese momento yo estaba en Guatemala con el Gordo Suárez, de ahí pasé al Salvador y después a Panamá. En Panamá lo vemos a Torrijos, y como Torrijos era amigo del Gordo nos lleva al Farallón y nos lo ofrece para quedarnos el tiempo que queramos, para descansar. A los pocos días nos fuimos a la mierda.

Eramos incapaces de hacerlo, de “descansar”.

A Tucho no lo retenías en Méjico, ni en París, ni nada. Tucho quería volver como yo quería volver, y de hecho entré al país esa primera vez en diciembre del '72. Había quedado acá una parte tuya.

Fijáte que yo no voy a la reunión con Perón en Madrid. ¡Mirá que error! Pero para mí pesaba más volver a la Argentina que la invitación que Perón me había hecho para ir a hablar con él.

A Tucho no lo ibas a retener en Méjico. Si él hubiera dicho que no quería volver, no volvía, estáte seguro. En cuanto a la degradación: si vos agarrás los libritos esos sobre la Revolución Rusa, sobre la dureza del Ejército Rojo para tratar a sus combatientes, decís: ¡qué cojones! Claro, después del triunfo.

Si los Montoneros tomaban el poder, todo lo que se hubiera hecho iba a ser correcto, no había hijos ni entenados, todo serían elogios.

El tema de volver era una desesperación, viejo. Cuando lo de Trelew, yo me tendría que haber ido con mi mujer, además de todos los compañeros. Y se quedaron, y los hicieron mierda.

Tucho había dejado acá a su mujer y a su hijito. Y estaba seguro de que los habían matado en base a su huída. ¡Cómo no iba a querer volver!

¿Estuviste de acuerdo con la pastilla de cianuro?

Desgraciadamente, si. Yo infringía una de las reglas, que era que nosotros en Capital no teníamos que estar armados. Yo sabía que con el fierro en la cintura, cualquier cosa que me agarren... vos fijáte que cuando me cagan a tiros, me salvo porque Astiz no se anima a rematarme. No vienen a rematarme, siguen tirando contra el auto pero a distancia.

Yo tenía una nueve, un tres cincuenta y siete *(Magnum 3.57)* y dos granadas. Le saco la espoleta a una de las granadas y me la pongo en el bolsillo de la camisa, pensando que, por lo menos, cuando me den vuelta, van a reventar.

Porque lo que sabía era que caer vivo era la masacre total. Y la pastilla la llevaba, en Capital la llevaba. Y me ha pasado de estar en un bar y ver algo raro y ponérmela en la boca lista para morderla. Era lo último que iba a usar, pero la llevaba. Pero además iba armado. No te olvides que al Nono lo defenestraron en la ESMA y no cantó. Y lo llevaron vivo. ¿Y por qué? Porque el tema era: ¿ah, no cantás? Entonces te usaban para quebrar a otros compañeros. Para que vieran lo que les pasaba a los que no cantaban. Lo mismo que hicieron con Norma, que dijeron que estaba muerta y la tuvieron en la ESMA hasta el 78. Entonces vos caías después de un año y te la mostraban y te decían: ¿ves? Cantó todo. Y vos decías: 'no puede ser'.

Pero eso te desmorona. Tenés que ser una especie de Robocop para que no te joda la corriente eléctrica.

A mí me pusieron corriente cuando había caído en Tucumán, y me corría desde la cabeza hasta el último pelito de los pies, y te juro que la sentía. Y sin embargo, nada que ver con lo que pasó después. En la dictadura anterior te picaneaban, te cagaban a patadas, en fin. Jodido, pero nada del otro mundo. Pero después....la cosa era otra.

¿Te arrepentís de algo?

A ver... (sonríe) empecemos por lo fácil, primero de lo que ***no*** me arrepiento. Nunca maté a nadie que no fuera en combate, así que de eso no me arrepiento.

De haber peleado, no me arrepiento.

No me arrepiento de haber enfrentado a la dictadura militar y haber tomado la decisión de hacer una resistencia armada.

Yo siempre lo cargaba a Hernán *(Mendizábal)*, porque le decía: los más militaristas siempre son los que no hicieron la colimba. Y yo había hecho cinco años de Liceo Militar. Por ejemplo, a mí me sancionaron por no entregarle al Gordo Ramos su ascenso de forma oficial, con reunión y formación militar. Y el Gordo hizo un informe diciendo que se le había comunicado de manera informal, sin reunión y esas boludeces, y me sumariaron por infringir las reglas. Pero esas eran boludeces, que se producían porque estábamos aislados, entonces inventábamos todas esas boludeces, como los uniformes y todo eso, porque éramos tipos que no podíamos estar quietos, y bueno, pasaban esas cosas.

En lo individual, sí fue un error para arrepentirse el giro hacia el militarismo. Esto del '73 al '75, que yo veo ahora, te diría que en el '73 no lo percibía claramente. Sabía que no iban bien las cosas pero no sabía para dónde estaba el rumbo, como te puedo decir hoy lo que deberíamos haber hecho. Quizás por un problema de falta de formación, pero también creo que la coyuntura fue muy rápida. Escucháme, yo pasaba de reunión en reunión, me dormía, hablaba de boludeces medio dormido, y no habían terminado las reuniones, me cargaban por eso.

Ibamos como pelotitas de ping pong detrás de todo este fenómeno. Vos fijáte que el gobierno de Cámpora a nosotros nos parece como si hubiera sido un siglo, y fueron meses.

Se vivía una locura y nosotros a toda velocidad detrás de eso.

Sí le traje a mi familia un montón de problemas, mi viejo está desaparecido, -para los milicos eso era una táctica de represión-, que sufrió toda mi familia. Entonces, más que arrepentirte tenés que soportar la culpa, porque vos tomás una decisión personal, conciente, de enfrentar la dictadura, de la que no me arrepiento, pero esa decisión trae consecuencias a tu familia, que después te cuestan un huevo y la mitad del otro. Te digo esto aunque nadie en mi familia me reprochó nada, pero...

Lo único que te preserva es el amor por una causa y por un pueblo y la conciencia histórica.

Porque a cada compañero, a cada hombre que esté dispuesto a dar una lucha, cualquiera sea, van a tratar de joderlo por todos lados, y eso incluye la familia.

Muchos de nuestros compañeros todavía hoy no se animan a decir 'yo estuve', porque todavía está el estigma, la caza de brujas de todo el sistema, así que es comprensible que no se identifiquen.

Me arrepiento de no haber ido a hablar con Perón en el '72. Después me enteré por Abal Medina (Juan Manuel), que pasado el Primero de Mayo, Perón quería hablar con Norma Arrostito y conmigo, para ver si se podía recomponer algo la cosa.

Esa información no me llegó nunca. Yo en ese momento no era conducción nacional, sino conducción regional de Buenos Aires, y nunca me enteré de ese interés del viejo. Hubiera ido sin dudarlo, hubiera hecho un quilombo, hubiera ido sin pedir permiso ni nada.

¿Creés que esa reunión hubiera cambiado las cosas?

Si. Yo creo que si.

Reflexiones

"..dice mi padre que un solo traidor puede con mil valientes.

El siente que el pueblo en su inmenso dolor,

hoy se niega a beber de la fuente clara del honor..."

"En mi país"/ A. Zitarrosa

Ya en democracia, Alfonsín acuñó la "Teoría de los dos demonios", entendiendo por tales a las Fuerzas Armadas por un lado y a las Organizaciones Armadas por el otro. En el medio, según esa teoría, se encontraba un pueblo poco menos que estático, casi invisible, que sufría resignadamente los horrores que ambos "demonios" perpetraban.

Es tan obvia la falacia de la teoría, que casi no merece discusión. Sin embargo, ha prendido en ciertos sectores interesados en difundirla, aprovechando una confusión básica: el hecho de que dos fuerzas armadas, sean regulares o no, se enfrenten a tiros no indica que sean iguales, ni en sus ideologías, ni en sus objetivos, ni en sus métodos.

¿Haber luchado con las armas en la mano nos convierte en demonios? Pues depende de lo que se entienda por tales. No creo en la potencial demonización de una estructura que surgió a la luz en base a un reclamo concreto de un movimiento popular proscripto, que durante buena parte de su desarrollo y crecimiento disfrutó del apoyo y solidaridad activas del sector mayoritario de un pueblo, y que tenía como objetivo prioritario la liberación del país, atado por reiteradas dictaduras pro imperialistas sometidas a los dictados de las oligarquías agroindustriales y financieras.

No obstante, es cierto que perdimos ese apoyo.

Pero... ¿cuándo lo perdimos, cuándo se limitó esa solidaridad? En el exacto momento en que la gente comenzó a percibir que nuestra lucha ya no tenía como prioridad única la liberación, sino que se había añadido como objetivo estratégico la cuestión del poder.

Desde nuestro punto de vista, era sin duda necesario adquirir crecientes cuotas de poder para conducir el proceso revolucionario. Sin embargo, desde el punto de vista del pueblo, que asumía como conducción estratégica a Perón y no a los Montoneros, nuestra disputa fue visualizada como exclusivamente aparatista.

Objetivamente, si bien el pueblo argentino nos veía afectuosamente como "los muchachos", esa misma calificación afectiva denotaba una limitación concreta: "los muchachos eran buenos pibes, honestos, se jugaban las bolas en la calle y sabían de política". Pero el "hombre" era Perón.

La organización era, desde la óptica de la gente, una "formación especial" que había liderado la segunda etapa de la Resistencia, tal cual Perón nos había definido. Una estructura de compañeros valiosos, capaces, sin duda destinados en un futuro a ocupar un lugar preponderante en el

Movimiento Peronista. Pero que no estaban en ese momento, siempre desde la mirada popular, preparados para conducir.

Esta realidad, que nosotros no supimos ver, era tan obvia que un hecho incontrovertible debería haber bastado para comprenderla: en el momento en que pretendimos conducir de manera autónoma, el pueblo nos dejó solos. Y sin retacearnos la "simpatía".

Seguíamos siendo "los muchachos", pero a la admiración y el respeto que provocaba nuestro "heroísmo" se sumó inmediatamente la incomprensión, en algunos casos el recelo y, la mayoría de las veces, el reproche paternal que -por lo menos en mi caso- hubimos de escuchar en reiteradas ocasiones de compañeros mayores y más experimentados.

¿Y por eso perdimos? En primer lugar habría que establecer claramente si efectivamente perdimos. De acuerdo al Vasco, no. El plantea una continuidad histórica entre la Resistencia, la organización y el proceso popular revolucionario, que de hecho hace materialmente imposible la derrota, en la medida que se piense que "el pueblo no puede ser derrotado". Pero ¿es esto científicamente cierto? Tendríamos que evaluar primero cual concepción histórica estamos utilizando: si tomamos como base para el análisis el "establishment" marxista leninista clásico, esto es sin duda así. La lucha de clases, en tanto contradicción irresuelta que conlleva un enfrentamiento eliminatorio entre el proletariado y la burguesía, solo tiene un final posible: la rebelión sangrienta de los marginados, empujados cada vez más al límite de infrahumanidad (A no ser que pensemos que millones y millones de seres asistirán impávidos a su propia eliminación y la de sus hijos).

Pero este final no obligatoriamente es visible en el tiempo. Y las etapas históricas, que podríamos definir como "grandes coyunturas sociales", no responden a esquemas prefijados, sino que se van recreando constantemente.

Tal como el esquematismo pseudo marxista llevó a Stalin a la concepción reaccionaria del "socialismo en un solo país", en contraposición a la teoría revolucionaria de Trotsky de "revolución

permanente", de la misma forma las estructuras "marxistas" argentinas y latinoamericanas abandonaron el marxismo en nombre del marxismo *(1).* Era más importante "definirse" marxista que comprender que "ser" marxista no implicaba obligatoriamente una definición, sino un accionar concreto.

Por ejemplo, fuimos más marxistas adoptando el nombre "Montoneros" y la identidad peronista, que el Partido Comunista argentino criticando a Perón por fascista primero y apoyando "críticamente" a Videla después.*(2)*

Desde el materialismo histórico, la derrota popular es posible. (¿Por qué no lo sería?) En el enfrentamiento entre dos fuerzas, la predestinación no existe. *(3)*

Derrota o victoria deben ser analizadas, entonces, en base a los fríos resultados.

Militarmente, no caben dudas: la organización Montoneros -junto a todas las demás- fue exterminada impiadosamente. El reclamo inocente de que las Fuerzas Armadas utilizaron métodos ilegales y barbáricos para lograrlo no puede ser tomado en cuenta aquí.

Nosotros ***sabíamos*** que ellos eran bárbaros. La lucha contra un enemigo es -por definición- una lucha sin cuartel. Independientemente de mis sentimientos personales, afirmo que si nosotros no utilizamos la tortura fue por una concepción político-ideológica: *debíamos ser diferentes del enemigo*. Por consiguiente, también debíamos esperar del enemigo (estábamos **obligados** a hacerlo) esa actitud. Si el enemigo hubiera sido decente, y razonable, y honesto ¿para qué lo hubiéramos combatido? *(4)*

Que el enfrentamiento se prolongó más allá de lo militarmente lógico, es en definitiva culpa nuestra: si la organización hubiera aceptado su derrota militar en 1977 y -aprobando algunos documentos internos que se hicieron circular-, compartimentando sus células, distribuyendo el dinero, desarticulándose, hubiera escamoteado al enemigo su endeble vanguardia, quizás se hubiera producido nuevamente esa mágica fusión con el pueblo y otro gallo hubiera cantado.

Pero eso no sucedió. Porque es difícil, a los veintipico de años, haber creado la mayor organización político militar de América Latina y pasar "de golpe" a ser nada.

Como bien dice el Vasco: "el Pepe no es hijo del Pepe. El Pepe es hijo nuestro".

Como dijimos, la derrota militar es innegable.

Lo que está -aún- en discusión es la derrota política. Algunos militares opinan que "la subversión no fue derrotada políticamente". Pero su visión de "la subversión" es francamente troglodítica: se resume a cualquier expresión que supuestamente "atente contra la civilización occidental y cristiana".

En la suposición de que no es esta la visión geopolítica del potencial lector, asumiré que está claro que la derrota que nos interesa aquí no es la de la organización Montoneros (derrota militar) sino la del objetivo que ésta pretendía alcanzar (derrota política) no como organización, sino como pueblo. Es importante determinar ahora cuál es el alcance de la evaluación a realizar: si asumimos que "todo aquel que no participó directamente no fue derrotado", estaremos partiendo de una base -a mi juicio- errónea.

Es como si una persona pudiera, en función de su simple voluntad, abstraerse de su entorno para vivir una vida autónoma e independiente de la sociedad que lo rodea.

Ese es, en última instancia, el verdadero objetivo del sistema al inducir la ruptura de la solidaridad, de la comunidad como ente actuante y generador de hechos modificadores y superadores: el dogma "yo para mí", directo resultado del "no te metás" y "yo, argentino", que hoy nos reduce a egoístas individuos sin proyecto ni futuro social.

El tema de la participación o no, tiene que ver con la definición de la palabreja "guerra". Los militares insisten en que la guerra existió. Los organismos de derechos humanos lo niegan, y utilizan la palabra "exterminio".

Sintetizando, podría decir que ambos tienen razón: fue una guerra de exterminio, de aniquilación. No podría haber sido de otra forma, ya que no peleábamos sólo por un territorio, o por un gobierno. Peleábamos por una forma de vida. Estaba claro que el que ganara, exterminaría al otro. ¿Alguien duda de que si hubiéramos ganado, los fusilados hubieran superado largamente los treinta mil? Pero los hubiéramos fusilado. Claramente, públicamente. Diríamos: francamente. No habría desaparecidos. Bueno, pero esa era la diferencia: nosotros peleábamos -y sigo convencido de ello- por un mundo que esperábamos mejor.

Ellos peleaban por ***este*** mundo.

Aunque la lucha práctica haya sido entre aparatos, sus consecuencias fueron totalizantes.

El enfrentamiento, lejos de configurar meramente una lucha estructural entre organizaciones (Fuerzas Armadas vs. Organizaciones Armadas) fue -obviamente- una lucha de proyectos.

Si esto se acepta, lo que debe evaluarse para establecer si hubo o no derrota, es qué proyecto fue triunfador, qué proyecto se impuso. En ese caso es indudable que el resultado afecta a todo un pueblo, y no solo a los combatientes.

Y el pueblo argentino fue derrotado. Comenzó la derrota en el momento en que se lo convenció de aceptar que una dictadura en ciernes podía ser mejor que el peor gobierno constitucional *(5).* Continuó cuando los principales partidos políticos prestaron hombres para esa dictadura (6), y se reafirmó cuando cientos de miles de argentinos eligieron disimular los horrores de esa dictadura para apoyar la guerra de Malvinas, imaginada por un General torturador y borracho que nos condujo -no podía ser de otra manera- a una nueva humillación.

Pero, finalmente, el pueblo argentino fue derrotado porque el temor se adueñó de sus espíritus, porque cada uno de ustedes eligió cerrar los ojos para no ver, los oídos para no escuchar.

Porque los alaridos de los torturados, de los asesinados, de los sumergidos, fueron audibles sólo cuando llegó la democracia.

¡Pero ése sí fue un triunfo popular! Me dirán. Y.....no.

Porque además de los paros de Ubaldini del '82 con todo lo que tienen de valiosos y rescatables, debemos tomar en cuenta la situación internacional. Cuando Estados Unidos modificaba su política externa y dejaba de brindar apoyo a las dictaduras latinoamericanas.

Con un gobierno militar aventurero que había osado hacer gala de nacionalismo, desoyendo las admoniciones de los Grandes Hermanos del Norte. Con un sistema económico impuesto a base de "tablitas", que traería inevitablemente más recesión y hambre a corto plazo, costos políticos que los militares -y sus patrones- no deseaban pagar.

En ese marco llega la democracia. ¿Es coherente pensar que una dictadura que no hesitó en "desaparecer" treinta mil personas, ceda humildemente por algunos paros y manifestaciones? "Es que estaba debilitada". Ah. ¿Y por qué? ¿Por Malvinas? No jodamos. Si el Proceso de Reorganización Nacional hubiera tenido apoyo político externo, se hubiera quedado diez años más. Y ninguna manifestación hubiera podido sacarlo, porque no se hubieran producido.

En base a esas realidades internacionales, obtuvimos la democracia que tuvimos: condicionada, limitada. Una democracia de felices pascuas, obediencia debida y punto final.

Nuestra democracia de 1983 no fue a mi criterio una conquista popular. Fue un gambito político del establishment, que ya había logrado sus objetivos militares y económicos, y debía prestar a sus éxitos una legitimación formal.

Las dudas sobre este tema se solventan rápidamente analizando los programas de 1983 de la UCR y del PJ, únicos partidos que tenían posibilidades de acceder al gobierno. Ambas plataformas, con ligeras variantes, evidencian un retroceso sustancial, innegable, catastrófico para el país, con respecto a 1973*. (7)*

A la luz de nuestra realidad tangible en el 2001, creo que esto no admite controversia.

Las nuevas leyes laborales, las jubilaciones privadas, los contratos basura, la deuda externa; el desempleo, la carencia de ayuda social; el incremento de la violencia, la delincuencia juvenil; el auge de las drogas, el alcoholismo; la insolidaridad, el personalismo a ultranza que comienza a caracterizar nuestra sociedad; todos ejemplos de un plan político que se enmarca en un contexto internacional claro y por demás eficiente.

Ingenuamente, muchos se preguntan: ¿por qué ningún plan funciona? Y la cruel respuesta es que funcionan perfectamente.

Suponer que existe una posibilidad de despegue y crecimiento para los países periféricos, dentro del esquema ideado por los países centrales, significaría pretender que dichos países centrales redujeran su standard de vida para mejorar el nuestro. ¿En su lugar, ustedes lo harían?

No hay sitio en el mundo para nuevas potencias. Cualquier país emergente reducirá indudablemente el poderío económico y político de una potencia existente.

Por lo tanto, el papel establecido para los dirigentes tercermundistas es el de "administradores de la crisis". Como dijera María Elena Walsh: "firman decretos para que todo siga igual".

Y seguir igual, "patear para adelante", es el objetivo de máxima de los planes políticos y económicos. Renegociar las deudas, generar impuestos que permitan refinanciar y conseguir nuevos créditos, son las únicas alternativas que pueden ofrecer los economistas de esta era caótica.

Cualquier otra opción debería contemplar por ejemplo gravar severamente la especulación financiera y accionaria, reactivar la producción agrícola, ganadera e industrial, apoyar efectivamente el desarrollo y crecimiento de la pequeña y mediana empresa, eliminar el engendro del IVA y reemplazarlo por un único impuesto a los ingresos y al capital improductivo, racionalizar la tenencia de la tierra, entre otras muchas cosas.

Pero estas medidas afectarían sin duda a los tenedores del dinero, por lo tanto son impracticables.

Todas estas cosas son las que ejemplifican nuestra derrota como pueblo.

Pero el ejemplo más claro, más terrible, no es económico. Nos están robando la identidad colectiva. Casi el único síntoma de unidad que existe hoy en Argentina es la pertenencia a un mismo equipo de fútbol. Se presentan comerciales con hinchas llorando al ver un gol, ofrecido como la máxima emoción que puede vivirse. Compartir una camiseta es la única manera socialmente aceptable de integrar activamente un grupo.

Porque hacer política, "militar" en un partido, es sucio y degradante. Significa -en el mejor de los casos- que uno es un idiota que se deja llevar de las narices por un vivo que se llena los bolsillos. Y lo trágico es que no es mentira. Porque en la medida en que esa propaganda ha prendido, y todas las personas honestas y decentes se alejan de la política... ¿quién queda para hacerla?

¿Cuáles son los ejemplos? Poco tiempo antes de escribir esto, el Gobernador de la provincia de Buenos Aires, Carlos Ruckauf, fue duramente criticado por regalar zapatillas con su firma en la lengüeta y se lo acusó -correctamente, por cierto-, de hacer campaña política. Y es tan evidente la "cola de paja" de los dirigentes, que Ruckauf y sus asesores sólo atinaron a argumentar que "la firma se había puesto para que las zapatillas no fueran robadas y vendidas" y que "cuando se atan los cordones la firma no se ve". Un dirigente realmente comprometido con su pueblo, seguro de su honestidad, tranquilo acerca de la imagen que de él tienen sus gobernados, no hubiera tenido ningún problema en admitir que estaba haciendo campaña. Es más, hubiera podido desafiar con la frente alta a todos sus críticos, espetándoles claramente: "Sí que hago campaña. Pero yo la hago regalando zapatillas, guardapolvos, útiles escolares. ¿Hubieran preferido que hiciera campaña pegando murales? ¿Gastando plata en afiches a cuatro colores que no le sirven a nadie? ¿Haciendo publicidad por televisión diciendo lo bueno que soy? Eso lo hacen los demás. Mi campaña política le sirve a la gente, de la misma manera que le sirve mi gobierno". Y santas pascuas.

Pero dirigentes comprometidos de verdad con el pueblo son hoy una "rara avis". La realidad señala un horizonte dirigencial repleto de cabezas vacías y bolsillos llenos. ¿Cuántos dirigentes "absolutamente honestos e incorruptibles" cuando estaban en el llano, solucionaron de por vida sus situaciones económicas desde una diputación, una senaduría, una jefatura de gobierno, un ministerio o una presidencia? Y ese mensaje cunde: ¿cuántos de los honestos ciudadanos que protestan contra la corrupción de "la dirigencia política" se resistirían a llenar sus propios bolsillos si tuvieran la oportunidad?

Se presenta entonces un problema aparentemente insoluble, porque nuestros hijos aprenden lo que ven en nosotros. Y lo que ven es una familia aislada, autista, ego centrada, cuyo único objetivo es "salvarse" a como dé lugar. Y que, exceptuando contadas y generalmente deshonrosas excepciones, fracasa en el intento. Y para ellos, ésa es la democracia. No han vivido otra cosa. Esta competencia despiadada, cruel, deshonesta, inmoral, mercantilista, corrupta, es la democracia para nuestros hijos.

¿Cuál es la ética de la generación que viene? La sobrevivencia.

No la superación. No el crecimiento. Porque no me refiero a la sobrevivencia de la especie, sino a la individual. Hasta tal punto hemos retrocedido.

La marginalización forzada, que empuja inevitablemente hacia la delincuencia, no es otra cosa que el resultado de un esquema político que no incluye -no puede incluir- a las grandes mayorías.

El proceso de acumulación salvaje de capital genera una espiral cuya inercia condiciona ineludiblemente la exclusión.

Estamos generando un inmenso paisaje de barrios amurallados, con guardias armados en torretas de vigilancia, rodeados por hambrientos y mugrosos excluidos, odiando, esperando el momento. Porque ¿qué le deben ellos a esta sociedad? ¿qué empatía social puede sentir un joven de quince años que nunca supo lo que es tener la panza llena, un baño decente, una ropa nueva, que no va a

poder estudiar y que sabe que no conseguirá trabajo? ¿cuál es la diferencia entre violar a la chica de la esquina o ver a su padre violando a su hermana? ¿Cómo se siente saber que ese "no poder" durará toda la vida? Si la sociedad se dedica a criar cuervos, no debe causar asombro que éstos pretendan arrancarle los ojos.

No obstante, la historia suele ser pendular. Existen ciclos en los que el péndulo oscila, lentamente, de un extremo a otro de las posiciones ideológicas. Presumo que un nuevo ciclo está comenzando y que en los próximos años esto será evidente. Un ex-compañero dice que "la historia no suele dar segundas oportunidades y, aún cuando las diera, ya no seríamos protagonistas". Es posible. Pero si se diera esa segunda oportunidad que el Vasco augura y yo espero (por el simple capricho de no morirnos sin darle espacio al sentimiento), probablemente se produzca bajo el aspecto de una reformulación del movimiento nacional y popular.

Parece evidente que, así como en su momento el radicalismo -que nació como un auténtico movimiento de masas revolucionario en abierta oposición al fraude y la opresión conservadora-, sufrió el aggiornamiento impuesto por sus sectores más reaccionarios hasta convertirse en un partido representante de los intereses oligárquicos, de similar forma el Partido Justicialista ha degenerado desde su origen revolucionario, abandonando en las últimas décadas sus banderas históricas y convirtiéndose en vocero de lo que vulgarmente denominamos "patria financiera".

Podrá alegarse -y esto no escapa a mi comprensión- que el mundo se ha transformado, y que desde luego esa transformación ha impuesto el retroceso. No es discutible. Sin embargo, lo que cada vez aparece como más claro es que el sistema imperante a escala global no está capacitado para dar respuestas a esa inmensa mayoría de no privilegiados, que se encuentran fuera de los niveles de decisión y cada vez más excluidos hasta de los niveles básicos de consumo.

En un mundo que -como dijo hace pocos días una diputada- "se ha convertido en un gigantesco supermercado", la única posibilidad de supervivencia de un sistema político-económico es garantizarle a las grandes masas por lo menos el acceso a las ofertas.

Si esto no sucede, dicho sistema está obligatoriamente condenado a mediano plazo. Nótese además que la profundización del despojo ha creado una nueva condición que hasta la fecha no se producía en Argentina: nuestra clase media, históricamente "pancista" y acomodaticia, representó siempre el colchón amortiguador que mediatizaba el enfrentamiento, en aras de conservar sus privilegios. Esos privilegios que hoy no existen, que les han sido brutalmente arrebatados.

Nuestra clase media está aprendiendo de la peor manera que el capitalismo salvaje no respeta ni protege a sus asociados menores cuando de ganancias se habla. La misma clase media que aprobaba enfáticamente la venta de las empresas estatales y la reducción del Estado, comprueba horrorizada que, cuando los demás ya han sido estrujados, indefectiblemente le toca el turno a uno. Esa nueva situación, esa "concientización", esa amenaza potencial de integrar la larguísima fila de los que le rezan todos los años a San Cayetano, es la que puede finalmente reconvertir a los cultores del "no te metás", integrándolos por fin activamente a la ardua tarea de redignificación popular.

En nuestro país ya no existe en este siglo que comienza, un partido que genere entre los excluidos -actuales o potenciales- la esperanza del cambio.

Las refulgentes promesas esparcidas por ese engendro politiquero-mediático que fue la Alianza, se convirtieron -como no podía ser de otra manera- en expectativas frustradas al primer cimbronazo.

El sacudón no solo destacó la pachorra estulticia de Fernando De La Rúa, sino que deshizo el nudo que cerraba la bolsa contenedora de la gatería y permitió el apresurado desbande de los animalejos quienes, salvo algunas honrosas excepciones, revelaron al fin su gatopardismo irredento.

Si las condiciones están dadas, y así lo creo, un frente constituido principalmente por las bases, la gente "común" de distintas extracciones y pertenencias políticas, nucleados en torno a unos pocos dirigentes insospechables de segunda línea, será posiblemente el comienzo de una nueva alternativa, orientada fuertemente a la recuperación de la dignidad popular y la soberanía nacional. Esta opción reconstruirá, en caso de ser exitosa, un movimiento nacional no aquejado por los viejos rencores que signaron nuestro pasado y sintetizará nuevamente a la totalidad del campo popular encolumnándolo en pos de un proyecto de crecimiento con justicia social.

(1)Durante la guerra fría, el marxismo leninismo se convirtió en un pobre fantasma del capitalismo autoritario. ¿Cuál es la diferencia práctica entre un capitalismo conducido por una oligarquía "democrática", apropiadora de plusvalía, y un socialismo conducido por una élite "democrática" apropiadora de privilegios? Así como el falso socialismo del Este fracasó en el examen sobre "libertad", el capitalismo del Oeste está fracasando en su examen de "justicia".

(2)El marxismo debe entenderse solamente como un método para comprender y analizar la realidad y la historia. Analizando la realidad y la historia puede evaluarse el camino que la sociedad probablemente transitará. Sin embargo lo probable no siempre es lo certero. La política no es una ciencia exacta, y por consiguiente el error es una variable a tener en cuenta permanentemente. No existen conclusiones definitivas. Existen caminos de acción que, validados por prácticas anteriores, pueden parecer los más indicados en una coyuntura concreta. No obstante, debe mantenerse la visión abierta a los potenciales nuevos condicionantes: la historia, pese a las frases hechas, jamás se repite. Si los actores son nuevos, sus personalidades son distintas y la tragedia siempre es diferente."

(3)Dejando de lado, por supuesto, la cuestión del inevitable triunfo histórico en un tiempo no mensurable, que -francamente- me importa un carajo.

(4) Desde luego esta opinión no será compartida por los organismos de derechos humanos. Es comprensible. La posición subjetiva de un combatiente no puede -no debe- ser la misma de un objetivo analizador de hechos, como sin duda será distinta de un familiar de desaparecidos. Es sustancialmente distinto comprender que justificar. Aunque a veces puedan parecer cosas similares.

(5) De alguna forma, los Montoneros fuimos cómplices en esto. No sólo veíamos que se avecinaba el golpe militar, para lo cual no se necesitaba una gran perspicacia, sino que realmente lo esperábamos como una alternativa para

que "el pueblo distinguiera claramente el enemigo". Creímos en ese momento que la obligatoria polarización política que se produciría permitiría profundizar la guerra y comprometer activamente al conjunto del campo popular contra los militares. Es evidente que no fue así.

(6) 192 intendentes peronistas; 310 intendentes radicales; 109 intendentes demócratas progresistas; 75 intendentes conservadores; 16 intendentes demócrata cristianos.

José Romero Feris, Leopoldo Bravo, Jorge Aja Espil, Tomás de Anchorena, Juan Aguirre Lanari, Oscar Camilión, fueron algunos de los "Embajadores" del régimen.

Alejandro Estrada, Jaime Smart, Manuel Solanet, Mario Cadenas Madariaga, Osvaldo Cornide, Horacio García Belsunce, entre otros, constituyeron los "equipos" civiles de economistas, empresarios e industriales que, voluntaria y entusiastamente, aportaron sus patrióticos esfuerzos a la Junta Militar.

(7)Aclaremos aquí que para mí el "país" no es el territorio, el Estado, sino la gente que lo habita. Estoy verdaderamente harto de escuchar a grandes economistas hablando de medidas ventajosas para ese "país" abstracto, que pomposamente denominan "Nación" o "República", y que representan más hambre y más miseria para la mayoría de sus habitantes. Parece que para ellos, mientras las cuentas cierren, el país florece, aunque se marchiten los que plantan las semillas.

Cortito y al pie

"...nuestra ira de halcones, nuestra gloria,
nuestro propio Sueño de amor, locura y muerte."

Si bien este libro contiene evaluaciones críticas hacia la organización, es imprescindible aclarar que no reniego de mi historia.

Considero mi obligación y la de todos los compañeros sobrevivientes, asumir como propias la totalidad de las acciones realizadas por la OPM Montoneros, **desde la integración a la misma hasta la efectiva y definitiva desvinculación**. De otra forma, caeríamos en el error que señala el Vasco, de adjudicarnos los aciertos y descargar en los demás compañeros los errores. Por tanto, soy corresponsable tanto de los atentados a Cardozo y Villar, como del pase a la clandestinidad, y de todos los actos -correctos o no- realizados por la OPM, al menos entre 1973 y 1978, ya que si

bien obviamente no he participado en todos esos hechos directamente, hubiera participado sin dudar en cualquiera de ellos si me lo hubieran ordenado.

Nuestra generación, como tal, ya no existe. La derrota nos ha obligado a recorrer tan distintos caminos que sería imposible integrarnos generacionalmente a un nuevo proyecto común. Sin embargo, sé positivamente que muchos seguimos pensando que la utopía que vivimos no solo nos modificó, sino que representó "ese" momento vital, único, irreproducible, en el que nos sentimos creadores de algo nuevo, puro, solidario, indescriptiblemente hermoso y brillante. Un futuro tan amplio, tan grande, que no lográbamos concebirlo plenamente.

Ojalá ese sentimiento perdido pero no olvidado nos impulse en el futuro, a algunos de nosotros, a "colgarnos" del péndulo histórico que mencionaba, para aportar en la medida de nuestras realidades ya veteranas, una particular visión de los caminos posibles.

Separándose lúcidamente de la tortura y la cárcel sufridas, un compañero afirmó hace tiempo: "nunca más voy a ser totalmente feliz".

Y es que eso éramos. Aparte del miedo, el dolor y la pérdida.

Enrique Gil Ibarra 1970 - 2001



DICHOSO EL ARBOL